

PROCESOS INTERNOS DEL PARTIDO LIBERAL, LIDERAZGOS Y CARACTERÍSTICAS DE SUS ADMINISTRACIONES EN EL PODER (1980-2011)

En la actualidad, el Partido Liberal se asume como una agrupación de carácter progresista, preocupada por el bien común, cuyos principales logros históricos de gobierno son la extensión de las libertades y derechos ciudadanos existentes en Canadá, la implementación de un sistema médico universal reconocido en todo el mundo, el uso de una bandera nacional propia y diferente de la británica, el activismo internacional como garante de la paz por medio de la ONU, el bilingüismo en documentos y actos oficiales de gobierno, el multiculturalismo por la aceptación de inmigrantes de todo el mundo, la unidad nacional y la responsabilidad fiscal.¹

La página oficial del Partido Liberal subraya una serie de logros alcanzados a lo largo de las administraciones liberales y marca los contrastes que los distinguen de sus rivales políticos conservadores; además, enumera los triunfos y características partidistas de la siguiente forma:

Reformistas como Louis Joseph Papineau² y William Lyon Mackenzie lucharon por reformas democráticas tempranas en el corazón de nuestro sistema responsable de gobierno. Wilfrid Laurier construyó la nación de este a oeste. Canadá alcanzó la mayoría de edad con Mackenzie King a través de los avances industriales en tiempos de guerra. Lester Pearson logró poner en marcha el sistema de cuidado de salud universal que ha otorgado a Canadá prestigio mundial. Pierre Trudeau hizo de Canadá una sociedad más justa. Jean Chrétien fortaleció la unidad nacional. Paul Martin dejó a Canadá con la economía más fuerte del mundo (Liberal Party of Canada, s.f.).

El Partido Liberal busca identificar los principales logros alcanzados por sus distintas administraciones para proyectarlos y crear una plataforma identitaria entre sus seguidores y posibles votantes, lo cual les permite generar esquemas discursivos que, si bien provienen de las cúpulas del propio partido, pretenden hacerlos

¹ Los valores señalados fueron recabados de la página oficial del Partido Liberal: (Liberal Party of Canada, s.f.).

² Louis Joseph Papineau (1786-1871) fue un político del Alto Canadá (hoy Ontario) que se caracterizó por sus ideas de carácter liberal y su insistencia en crear una única nación en el territorio que hoy comprende Canadá. Fue seguidor de las ideas de Thomas Jefferson e insistió desde los inicios del país en la necesidad de disminuir los lazos políticos y económicos con Gran Bretaña. Este personaje es, sin duda, uno de los más reconocidos precursores del actual Partido Liberal.

extensivos y que los asimilen tanto las nuevas generaciones de liberales canadienses como también los activistas y voluntarios partidistas provinciales.

Después de haber hecho una revisión de las administraciones liberales desde el siglo XIX y hasta buena parte del siglo XX en el apartado anterior, podemos ahora identificar el origen de las principales plataformas políticas de este partido, entre las que sobresalen:

- a) Defensa y promoción de los derechos y libertades ciudadanas.
- b) Garantía del sistema de cuidado de salud universal.
- c) Mantenimiento de la paz internacional.
- d) Salvaguarda de la bandera canadiense.
- e) Promoción del multiculturalismo, del sistema bilingüe y de la unidad nacional.
- f) Responsabilidad fiscal.

La oferta principal del Partido Liberal a los ciudadanos canadienses gira en torno a:

- Mantener una buena salud económica y fiscal.
- Desarrollar sustentabilidad ambiental.
- Garantizar un sistema integral de salud a los ciudadanos más jóvenes.
- Otorgar certidumbre a las Primeras Naciones canadienses mediante el cumplimiento del Acuerdo de Kelowna.³

El Partido Liberal perfila sus valores por medio de estrategias de propaganda mediáticas, con el firme objetivo de hacerlas llegar a una población acostumbrada a generosos programas de beneficio social. El dilema radica precisamente en cómo hacer llegar el mensaje a una población que, en general, ha gozado niveles de vida y cobertura social similares, ya sea bajo gobiernos liberales o conservadores.

En lo que respecta a las estrategias internas que lleva a cabo el Partido Liberal para elegir a sus liderazgos, es oportuno decir que las pugnas y divisiones al interior, si bien han sido intensas y polémicas, a diferencia de sus contrapartes conservadores, no han causado la desaparición formal del partido ni desbandadas ideológicas para crear nuevas agrupaciones políticas. Cabe agregar que los procesos de liderazgo liberal suelen gestarse con el tiempo gracias al trabajo, ya sea parlamentario o bien del ejercicio público de sus protagonistas, quienes logran reunir a su alrededor grupos de apoyo en varias provincias.

³ El Acuerdo de Kelowna fue aprobado en diciembre de 2005 por el gobierno liberal de Paul Martin. Incluyó a diversas agrupaciones originarias de los primeros pueblos canadienses y, en él, se estipuló impulsar mayores mecanismos de educación, empleo y condiciones de vida justa.

En el periodo en el que se centra este libro, se analizarán los procesos internos que hicieron posible la elección de los liderazgos del Partido Liberal en 1984: John Turner; en 1990: Jean Chrétien; en 2003: Paul Martin; en 2006: Stéphane Dion, y en 2009: Michael Ignatieff.

También se identificarán las características de los líderes liberales que ocuparon el cargo de primeros ministros durante el periodo que comprende el libro (1980-2011), ya sea por elección o sucesión, como es el caso particular de John Napier Turner, a quien en lo sucesivo nos referiremos únicamente como John Turner.

Para hacer posible este seguimiento, nos ceñiremos al siguiente orden cronológico:

1980-1984	Pierre-Elliot Trudeau
1984	John Turner
1993-2003	Jean Chrétien
2003-2006	Paul Martin

EL ÚLTIMO PERIODO DE PIERRE-ELLIOT TRUDEAU (1980-1984)

El liderazgo partidista de Pierre-Elliot Trudeau inició a partir de su victoria en las elecciones internas de abril de 1968, momento a partir del cual se desató el conocido efecto de la “Trudeumanía”, pues los niveles de aprobación hacia su gestión se vieron incrementados (Cross, 2002: 75) gracias, sobre todo, a una serie de acciones que impulsaron el multiculturalismo y el bilingüismo como parte de una amplia iniciativa política de cohesión nacional.

El liderazgo de Trudeau es considerado como uno de los más extensos y de mayor influencia en Canadá, pues una vez anunciado, en junio de 1984 su retiro de la vida política estando aún en funciones, su gestión alcanzó a acumular dieciséis años, pues comprendió cuatro victorias electorales federales (1968, 1972, 1974 y 1980) y una derrota electoral (1979), cifras que le permitieron cumplir cinco periodos como primer ministro, el primero de ellos por designación, después de la renuncia en funciones de Lester B. Pearson.⁴

El liderazgo partidista de Trudeau durante los años ochenta se circunscribe casi en su totalidad a las funciones de primer ministro, toda vez que desde ahí encaminaría las directrices tanto del gobierno como del Partido Liberal, gracias,

⁴ Cabe recordar que la primera administración de Pierre-Elliot Trudeau fue por sucesión, después de la renuncia del primer ministro en funciones. Este primer periodo comprende de abril a junio de 1968.

sobre todo, al carácter presidencialista que suele distinguir al sistema parlamentario canadiense, en el sentido de que “Nada puede ser más claro o terminante. Canadá tiene una larga historia de primeros ministros quienes han dominado, e incluso algunas veces ignorado, el gabinete que ellos mismos encabezan” (Rhodes *et al.*, 2009: 80). Esto provoca que los primeros ministros en Canadá suelen tener, la mayoría de las veces, una fuerza incontestable tanto dentro como fuera de sus partidos.

Sin embargo, aquejado por problemas de salud y previendo su retiro de la vida pública, Trudeau fue perfilando como su posible sucesor en el cargo a Jean Chrétien, quien fungiera como ministro de Justicia (1980-1982) y ministro de Energía, Minas y Recursos Naturales (1982-1984). Mientras tanto, al interior del propio Partido Liberal, la figura de John Turner fue ganando cada vez más adeptos, ya que se le consideraba un político ajeno al propio Trudeau, cuestión que generaba identificación entre los liberales más jóvenes, quienes veían en Trudeau a un líder experimentado y, al mismo tiempo, a un guía ya muy desgastado después de ejercer su liderazgo partidista por más de tres lustros. En su quinta y última administración, que comprende el periodo 1980-1984, es preciso señalar que se dio después de una victoria absoluta en las trigésimas segundas elecciones federales, de febrero de 1980, que otorgaron una mayoría al Partido Liberal, con ciento cuarenta y siete asientos en la Cámara de los Comunes,⁵ lo cual reforzó la idea de que “el Partido Liberal de Canadá era en realidad el Partido Liberal de Pierre Trudeau” (Clarkson, 2005: 105).

El resultado de 1980 dio la oportunidad a Trudeau de afianzar una serie de programas que por falta de tiempo no había logrado concretar en sus administraciones anteriores. Sin embargo, el primer gran reto de su última administración fue el referéndum de Quebec en mayo de 1980. Es oportuno señalar que la encomienda federal para fortalecer el “NO” entre la población quebequense sería encargada por Trudeau a su ministro de Justicia, Jean Chrétien, quien sería el responsable de evitar una eventual escisión de Canadá.

Una vez que los resultados del referéndum de 1980 fueron favorables a la federación al ganar el “NO”, con un 59.6 por ciento (Brooks, 2012: 54), el gobierno de Trudeau se concentró en llevar a cabo las reformas constitucionales necesarias para solucionar los pendientes del federalismo canadiense. Luego de meses de negociación y, con la aprobación de nueve de los diez ministros provinciales, se llevó a cabo una trascendente reforma constitucional que fue posible pese a la negativa de Quebec para sumarse a ella, toda vez que —tal y como se señaló en su oportunidad— los quebequenses insistían en mantener la unanimidad como condición fundamental para lograr cualquier tipo de enmienda futura de carácter constitu-

⁵ Las cifras oficiales que se presentan en este segundo capítulo sobre los resultados electorales federales de Canadá, pueden consultarse en Parliament of Canada, 2011.

cional. En este sentido, la Suprema Corte de Canadá rechazó la moción quebequense y otorgó su aprobación a las enmiendas propuestas por el gobierno de Trudeau.

Después de este nuevo triunfo político, la administración liberal de Trudeau encaminó sus estrategias para poner en marcha un plan energético nacional (PEN), por medio del cual se buscaría garantizar el suministro, explotación y exploración de petróleo y gas natural, así como de nuevas fuentes de energía. De esta forma, el PEN puede considerarse como un esfuerzo del gobierno de Trudeau para reestructurar una industria estratégica controlada por capitales extranjeros, con el fin de incrementar la participación del gobierno federal en la propiedad y control de la industria. Esto provocó que “firmas transnacionales estadounidenses y sus subsidiarias canadienses protestaran porque sus propiedades habían sido expropiadas. Éstas encontraron aliados en el gobierno y entre ciudadanos de la rica y petrolera provincia de Alberta, quienes vieron en la PEN una escandalosa estrategia de Ottawa para excederse en sus atribuciones y robar sus riquezas” (Clarkson y Wood, 2010: 66).

Ante esta situación, políticos, ciudadanos y empresarios de la provincia de Alberta se erigieron como fuertes críticos al PEN por considerarlo una excesiva intervención del gobierno liberal federal en asuntos y recursos de competencia exclusiva de Alberta. En el resto del país, el PEN tenía la simpatía y el apoyo político y social, incluidos los de la izquierda canadiense (Clarkson y Wood, 2010). Como es de esperarse, esta situación ayudó a reforzar aún más el carácter fuertemente conservador de los habitantes de Alberta, lo que acentuó más sus diferencias con el resto de las provincias.

Es oportuno señalar que

Alberta fue poblada básicamente por inmigrantes originarios de Estados Unidos y granjeros de Ucrania, [quienes desarrollaron] una mentalidad individualista, hostil a la intervención del Estado y a todo lo que oliera a socialismo. Además, la prosperidad que el descubrimiento y explotación de yacimientos de petróleo trajo consigo contribuyó a fomentar una cultura conservadora, individualista y antisolidaria. Muchos albertianos redefinen su provincia como la Texas del norte: rancheros, petróleo y mentalidad de derecha (Verea C. y Núñez G., 1999: 64).

Aunado a lo anterior, debemos reconocer que Alberta, gracias a sus cuantiosos recursos naturales energéticos, se colocó como el principal proveedor de contribuciones provinciales, en comparación con el resto del país, situación que generó mayores sangrías económicas para la provincia, así como renovadas molestias hacia la federación.

En medio de la polémica que significó la puesta en marcha del PEN, el gobierno liberal de Trudeau se vio envuelto en una intensa actividad parlamentaria, sobre

todo por los ataques provenientes del Partido Conservador Progresista, quienes veían en su plan energético un complot socialista para expandir el papel del Estado y afectar, de esta manera, a la libre empresa. Así, el PEN se convirtió en el tema central de la agenda parlamentaria, una vez que fue evidente que sus rivales *tories* buscarían fomentar en las provincias del este el malestar popular que reinaba en Alberta.

De esta forma se fueron acumulando diversas circunstancias contrarias al interés del gobierno de Trudeau, como la crisis económica de principios de los años ochenta o el gradual debilitamiento del PEN como consecuencia de la caída en los precios del petróleo durante el mismo lapso. Estos dos acontecimientos se sumaron al hecho de que el movimiento conservador canadiense se sentía reforzado por los resultados electorales de sus homólogos en otras partes del mundo, de manera particular en Inglaterra con la primera ministra Margaret Thatcher, y en Estados Unidos con el presidente Ronald Reagan, ya que ambos

[...] pregonaban el retorno de los valores tradicionales conservadores asociados con la responsabilidad individual y la iniciativa, la libre empresa, la protección de la propiedad privada, la importancia de la competencia, el papel clave del sector privado y la necesidad de disminuir el tamaño e influencia del sector público para recuperar el control sobre las finanzas públicas, al tiempo que se incrementaban los intereses empresariales (Johnson, 2011: 87).

Por lo tanto, se fueron acumulando elementos tanto exógenos como endógenos en contra de Trudeau, quien tuvo que enfrentar, además, una fuerte disidencia interna por parte de los liberales que no se identificaban con su causa keynesiana. Por eso comenzaron a perfilarse varios nombres para sucederlo en el cargo.

Ante tal escenario partidista, los liberales en Canadá terminaron polarizándose alrededor de dos figuras: por un lado, John Turner, exministro de Finanzas (1972-1975) y conocido por ser un abierto opositor a las políticas económicas keynesianas puestas en práctica por el primer ministro; y, por el otro lado se encontraban quienes apoyaban al —hasta ese momento aún en funciones— ministro de Energía, Minas y Recursos Naturales, Jean Chrétien, quien fue considerado uno de los políticos más afines y cercanos al primer ministro, así como a su estilo de gobierno.

Ante las fuertes presiones a nivel interno y externo, Pierre-Elliot Trudeau no tuvo más opción que hacer pública su renuncia al cargo de primer ministro en febrero de 1984, con lo que cerró un capítulo de gran impulso a las políticas sociales en Canadá, por lo que en algún momento de su larga administración llegó a afirmar: “Ya no podemos depender del sistema libre mercado. Lo que necesitamos son reglas, incluso si éstas significan que al final a ti o a mí nos llamen comunistas o socialistas” (Milke, 2006: 225). Tras su anuncio, Trudeau sólo esperó el resultado de los comicios internos del Partido Liberal para retirarse de la vida política en activo.

LA CORTA ADMINISTRACIÓN DE JOHN TURNER (1984)
Y SU LIDERAZGO DESDE LA OPOSICIÓN (1984-1990)

Una vez hecho oficial el anuncio de retiro de Trudeau, inició la carrera formal para sucederlo, no sólo como líder del Partido Liberal, sino también como primer ministro en funciones. Las élites liberales convocaron a una convención nacional a mediados de junio de 1984 para que los delegados provinciales eligieran al nuevo líder. Pese a existir otras opciones para dirigir al partido, las candidaturas de John Turner y Jean Chrétien terminaron por hacer del proceso interno una carrera entre dos aspirantes.

Después de la primera ronda de votaciones internas, Turner obtuvo ventaja, pero no logró alcanzar el 50 por ciento más uno necesario para ser declarado vencedor. Se requirió una segunda ronda, para que Turner lograra el 54 por ciento, contra un 40 por ciento de su opositor Chrétien (Parliament of Canada, s.f.b).

Lo anterior significó que Turner asumía la primera magistratura del país en junio de 1984, con el apoyo de su partido. Sin embargo, pese a que contaba con la aceptación de la mayoría de los liberales, mostró abiertamente una actitud hostil hacia su antecesor, pues “[...parecía que] el nuevo equipo que entraba a las oficinas de gobierno llegaba barriendo a todo un partido de oposición, en vez de mostrar que se trataba del mismo equipo político que sólo había cambiado de líderes” (Clarkson, 2005: 116). Esto no hacía otra cosa que manifestar la abierta animadversión que profesaba Turner hacia Trudeau desde mediados de los años setenta, sobre todo, a partir de que el primero decidió renunciar al gabinete de Trudeau por diferencias con el entonces primer ministro.

La administración de Turner puso en práctica una política de adelgazamiento de ministerios, con la intención de que la población pudiera apreciar que su gobierno no toleraría gastos innecesarios. Por este motivo, se amputaron dos órganos que se habían considerado centrales durante la gestión de Trudeau: el Ministerio de Desarrollo Social y el Ministerio de Economía y Desarrollo Regional, que habían fungido como agencias centrales de coordinación del gobierno liberal al destinar y dirigir programas y recursos a la mayoría de los departamentos gubernamentales federales (Clarkson, 2005: 117).

Tales cambios requerían una profunda reorganización en la alta burocracia liberal, lo cual se iba a tomar algunos meses para concretarse. Sin embargo, en un movimiento que exhibió la poca experiencia política de Turner, él decidió adelantar la trigésima tercera elección federal, al convocarla para el día 4 de septiembre de 1984, decisión que sorprendió incluso a sus contrincantes *tories*.⁶ Este súbito

⁶ Debe señalarse que en el momento en que John Turner se postuló como candidato para dirigir el Partido Liberal, él mismo no formaba parte del gobierno desde hacía ocho años, ni tampoco poseía

movimiento de Turner sólo puede entenderse como parte de su afán por autolegitimarse como primer ministro. Al respecto, debe hacerse hincapié en que cuando lo hizo no cumplía ni dos semanas como primer ministro y que aún tenía un margen de ocho meses para convocar a un nuevo proceso electoral.

Esta convocatoria adelantada se daba en momentos en que la oposición conservadora se encontraba mejor posicionada entre la población canadiense, pues los *tories* acababan de elegir a su nuevo líder Brian Mulroney quien, además de su carisma, se distinguía por las enormes coincidencias ideológicas que compartía con las visiones difundidas desde los centros de pensamiento (*think tanks*) de Estados Unidos. Por consiguiente, el tradicional discurso liberal de mantener los apoyos sociales y extenderlos hacia los más necesitados en Canadá dejó de ser un elemento atractivo para una sociedad que observaba cómo el vecino estadounidense daba un giro radical a sus políticas económicas, en donde el mantenimiento e impulso al modelo de Estado de bienestar era desplazado por uno nuevo, de carácter más neoliberal y anticomunista, con Ronald Reagan al frente. Esto generó entre amplios sectores de la sociedad canadiense el ánimo de dar un cambio de curso al tradicional estilo de gobierno liberal, después de prácticamente veintidós años de administraciones consecutivas (salvo el breve periodo de nueve meses de Joe Clark).

Así, el 5 de julio de 1984, se pusieron en marcha las campañas electorales, y de inmediato John Turner se enfrentó al grave problema de no poder utilizar el capital político de Trudeau, debido, sobre todo, a la animadversión profesada por el propio Turner hacia su gestión. “Y aún más, los despidos en su gabinete de muchos ministros de la era Trudeau, así como sus apuros para hacer nombramientos clientelares en su gobierno significaban que [Turner] tendría dificultades también para posicionarse como un nuevo rostro y no un forastero” (Jeffrey, 2010: 24) ante los ojos de los liberales. Estos elementos mostraron al nuevo líder liberal como un candidato desconocido en realidad para la mayoría de los votantes, por lo que se preveía un resultado adverso para su causa.

Además de las dificultades internas en su campaña, Turner tuvo que ser protagonista de uno de los episodios más bochornosos en los debates televisivos, cuando su rival *tory* (Brian Mulroney) lo increpó y le exigió pedir disculpas al pueblo canadiense por llevar a cabo algunos nombramientos clientelares en su gabinete, pues éstos exponían claramente las viejas prácticas liberales en el uso y reparto del poder. Ante esta acusación, un nervioso y tembloroso Turner se limitó a repetir ante las cámaras y millones de telespectadores: “No tuve opción... no tuve opción”, mientras Mulroney lo reprendía afirmando: “Ésa no es una confesión de un líder,

asiento alguno en la Cámara de los Comunes, situación que expone su limitada experiencia política cuando convocó a elecciones adelantadas tras sólo diez días al frente del gobierno.

señor, usted tuvo opción, tuvo la opción de decir no” (CBC, 1984). Con este episodio, Turner vio desvanecer la oportunidad de extender su corta gestión como primer ministro (Johnston, 2011: 13), una de las más cortas en la historia canadiense, con sólo diez días efectivos de gobierno.

Como consecuencia de tales desatinos políticos, la trigésima tercera elección federal de 1984 se tradujo en una derrota contundente para el Partido Liberal, al obtener sólo cuarenta asientos en la Cámara de los Comunes. A la luz de este resultado, John Turner comenzó una etapa partidista de renovación con el objetivo de mostrar un rostro distinto frente a los electores, quienes —a su juicio—, se habían cansado de ver a los mismos políticos hacer el mismo discurso desde hacía mucho tiempo. No obstante, una vez asimilada su derrota, Turner decidió abrazar el tradicional discurso que enaltecía los logros que en materia social se habían alcanzado en Canadá durante las administraciones liberales, pese a que sus colaboradores más cercanos insistían en tono de broma que “[Turner] era más *tory* que Brian Mulroney” (Jeffrey, 2010: 15).

En su gestión como líder de la oposición en el Parlamento canadiense, Turner encabezó a una diezmada oposición de setenta y un diputados (cuarenta liberales, treinta neodemócratas y un independiente), para desde ahí ofrecer resistencia frente a la propensión del gobierno conservador para planear políticas de recortes sociales. De hecho, y sin ser su intención, Turner fue identificado como el representante político que promovía y defendía los planes de protección social a nivel nacional.

Empero, a nivel interno, Turner buscó redirigir los objetivos políticos de su partido organizando una serie de conferencias nacionales en las ciudades de Montreal (octubre de 1987), Halifax (diciembre de 1987) y Vancouver (febrero de 1988), en las cuales —bajo la dirección de Paul Martin— el reducido equipo de Turner buscaría definir una agenda partidista de cara al siglo *xxi* con el apoyo de intelectuales, académicos, políticos y miembros adherentes del partido. Contrariamente a sus objetivos, durante el desarrollo de las conferencias surgieron una serie de desavenencias entre Turner y las élites liberales, pues el líder liberal insistía en centrar los objetivos del partido en temas de economía y competitividad empresarial, mientras que las directrices liberales insistían en reforzar los viejos programas sociales, mejorar los planes de pensión, combatir la contaminación ambiental, estrechar lazos con nuevos inmigrantes, con mujeres y canadienses de bajos salarios (Jeffrey, 2010: 51). Esta situación, paradójicamente, no hizo otra cosa que aislar al propio Turner, alejándolo de los viejos miembros de sus élites, debilitando así su liderazgo.

Mientras esto sucedía al interior del Partido Liberal, el gobierno conservador comenzaba una etapa de incrementos tributarios, con el fin de allegarse nuevos recursos para cumplir sus metas de gestión. Al mismo tiempo, la administración *tory* dejó de otorgar apoyo financiero a varios programas federales, como el seguro de

desempleo, además de que disminuía recursos para pensiones por vejez y apoyo a la niñez (Liberal Party of Canada, 2012). Estas decisiones provocaron malestar en sectores de la sociedad canadiense que veían cómo se evaporaban los tradicionales beneficios sociales prevalecientes durante décadas.

Ahora, si bien el malestar entre ciertos sectores contestatarios más politizados y de izquierda de la sociedad se hacía manifiesta en cada recorte presupuestal federal, lo cierto era que el gobierno conservador seguía gozando de considerable apoyo entre la ciudadanía del oeste, de las Praderas e incluso de Ontario, gracias a una muy dinámica campaña mediática que se veía fortalecida por las noticias provenientes de Europa, que manifestaban un debilitamiento de la Unión Soviética y su gradual repliegue del escenario internacional, lo cual fortalecía las tesis neoconservadoras estadounidenses adoptadas por el gobierno conservador canadiense de ese momento.

Debe hacerse hincapié en que, si bien dichos temas ocuparon un lugar importante durante la gestión de John Turner como líder liberal y de la oposición en el Parlamento, lo que en particular atrajo la atención nacional, aglutinando y polarizando a la opinión pública, fue la negociación y posible puesta en marcha del Acuerdo de Libre Comercio con Estados Unidos (ALC). Este asunto resultó por demás polémico, ya que tradicionalmente Canadá había rechazado tal posibilidad por considerarla una potencial amenaza a la cultura, la economía y a la propia sociedad canadiense en su conjunto.

En términos concretos, John Turner vio en el ALC el tema que necesitaba para aglutinar en torno suyo no sólo a importantes sectores de la opinión pública, sino también a las élites de su propio partido, sobre todo después de las desavenencias que había tenido con los miembros del *caucus* liberal por el apoyo de éste al Acuerdo de Lago Meech⁷ presentado por el gobierno conservador de Brian Mulroney. Sin embargo, los liberales lograron coincidir en su oposición al libre comercio con la Unión Americana, lo que permitió la creación de una agenda opositora con buena aceptación a nivel nacional.

Así, el llamado a elecciones que hizo el primer ministro *tory* en octubre de 1988 dio la oportunidad a Turner para contender por segunda ocasión en busca de la primera magistratura del país, pero en esta ocasión en circunstancias más favorables, pues contaba con el apoyo de amplios sectores de la población canadiense porque ésta, de entrada, rechazaba la posibilidad de conformar un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos.

⁷ Debe de recordarse que este acuerdo, desarrollado en 1987, pretendía establecer una serie de reformas constitucionales, muchas de ellas dirigidas a dar respuestas específicas a las demandas quebecuenses relacionadas con su reconocimiento como sociedad distinta. Es importante señalar que, en su momento, Pierre-Elliot Trudeau se erigió como un duro crítico de este proyecto conservador, por lo que se enfrentó a Turner, quien apoyaba el acuerdo.

Mas una serie de desaciertos durante la campaña fue limitando las posibilidades de Turner para alcanzar una victoria electoral; tal fue el caso del proyecto de cuidados infantiles que se preparó para su difusión nacional durante dos años. Así, cuando John Turner lo presentó ante los medios no supo contestar preguntas de los reporteros respecto a su funcionamiento básico, ni el número de niños potencialmente beneficiados; dejó de manifiesto su desconocimiento en cuanto a los tiempos calculados para llevar a efecto el plan, y al mecanismo fiscal para allegarse de recursos para cumplirlo. Lo más grave de esta presentación pública fue que el proyecto de cuidados infantiles se había convertido en el eje central de las propuestas liberales durante la elección de 1988 y, peor aún, la actitud de Turner ante los cuestionamientos fue la de un político nuevamente sorprendido, sin saber qué contestar.

De tal forma, “uno de los *spots* más brillantes de los liberales respecto a su plataforma electoral, el proyecto de cuidados infantiles, se convirtió en una campaña de pesadilla para el líder del partido, John Turner, quien no supo explicar cómo debía trabajar el proyecto o cuál era su costo” (Jeffrey, 2010: 144). Esta pifia de campaña resultó muy negativa, pues de nueva cuenta se mostraba ante la opinión pública como un político que no sabía improvisar y se veía nervioso y tembloroso ante situaciones fuera de su control, al igual que en el debate cuatro años antes con su famosa y lacónica respuesta “No tuve opción... no tuve opción”.

Desde luego que este tipo de acontecimientos fueron bien aprovechados por el Partido Conservador Progresista, quienes insistían en defender su proyecto de libre comercio con Estados Unidos, al tiempo que señalaban a Turner como un personaje político que no generaba confianza debido a sus errores durante la campaña. Esta situación no permitió al líder liberal superar a los *tories* en las encuestas nacionales, lo que provocó malestar al interior de su partido: los rumores de su destitución iban y venían en plena campaña.

Los debates entre los candidatos que se llevaron a cabo los días 24 y 25 de octubre dieron a Turner su última oportunidad para separarse de los neodemócratas y, al mismo tiempo, acercarse un poco más a los conservadores, quienes seguían manteniéndose a la cabeza en las encuestas.

Durante los debates en francés (24 de octubre) e inglés (25 de octubre), el tema central fue el ALC que, si bien ya había sido firmado en enero de 1988 por el primer ministro Brian Mulroney y el presidente Ronald Reagan, y se había acordado su puesta en marcha para el primer minuto del 1° de enero de 1989, lo cierto era que un resultado favorable para los liberales podía suspender la ejecución del acuerdo comercial desde el Senado, en donde el Partido Liberal contaba con la mayoría.

En tales circunstancias, John Turner concentró sus intervenciones en denunciar el carácter amenazante del ALC, tanto para la economía como para la cultura y la soberanía canadiense, recriminando a Mulroney en lo que fue considerado como una

revancha por lo sucedido en el debate cuatro años antes: “Hemos construido un país en el este, en el oeste y al norte. Y lo hicimos con una infraestructura que deliberadamente estaba diseñada para resistir las presiones de Estados Unidos; durante ciento veinte años lo logramos, pero usted, de un simple plumazo en un papel, ha decidido revertirla” (CBC 1988b).

A pesar del buen desenvolvimiento de Turner en los debates, los problemas de organización, así como la falta de cohesión al interior de su partido, no permitieron a los liberales ganar las elecciones, lo que redundó en una nueva victoria conservadora. Estos resultados de 1988, si bien otorgaron menos asientos a los *tories* respecto a la elección anterior (ciento sesenta y nueve contra los doscientos once obtenidos cuatro años antes), fueron suficientes para concretar un nuevo gobierno de mayoría para la causa conservadora.

Una vez hechos oficiales los resultados de 1988, se hizo más que obvia la salida obligada de John Turner de la dirección del Partido Liberal, pues durante su gestión como líder, su agrupación sufrió dos derrotas electorales consecutivas (1984 y 1988). En cierta medida, puede considerarse que las elecciones de 1988 fueron una especie de referéndum para continuar o no con el modelo económico y comercial impulsado por los conservadores, al tiempo que significaron una consulta para medir el nivel de aceptación nacional de los líderes partidistas. Su resultado no fue sólo una derrota para el Partido Liberal, sino también un rechazo hacia John Turner y su liderazgo, pues se hizo evidente que en realidad nunca pudo asentarse como una figura con alcances nacionales y suficiente credibilidad, ya que ni siquiera su propio partido había logrado unificarse en torno a su figura durante la campaña electoral federal.

En suma, puede afirmarse que el liderazgo de John Turner no gozó de un apoyo unificado dentro de su partido, sobre todo porque continuaba existiendo una fracción considerable e influyente que se identificaba con el estilo federalista de Trudeau. Estos mismos elementos partidistas encontraron en la figura de Jean Chrétien al político idóneo para retomar la personalidad del partido, pues había un gran malestar entre las élites liberales por las decisiones que Turner había tomado durante su gestión, lo cual se profundizó cuando anunció públicamente su adhesión a la propuesta del gobierno conservador del Acuerdo de Lago Meech de 1987, al mismo tiempo cuando Pierre-Elliot Trudeau salía de su retiro de la vida pública para declarar que el acuerdo amenazaba potencialmente con establecer un estatus especial para Quebec, lo cual significaba una amenaza a la unidad y al federalismo canadiense.⁸

⁸ Para mayor información acerca del posicionamiento de Pierre-Elliot Trudeau al respecto, véase su entrevista en CBC, 1987.

Como es natural, esta postura entre ambas figuras liberales no hizo otra cosa que ahondar aún más las diferencias entre los dos grupos al interior del partido, pues, por un lado, se colocaron quienes apoyaban a John Turner y su postura más coincidente con las medidas político-económicas adoptadas por el gobierno conservador en el poder y, por el otro lado, se mantenían los defensores del viejo modelo federalista canadiense, así como quienes insistían en una mayor intervención estatal en asuntos económicos, con Trudeau y Chrétien como figuras emblemáticas.

Por lo tanto, y como consecuencia de su derrota electoral, al igual que por la disidencia al interior de su propio partido, John Turner hizo pública su intención de renunciar a su cargo en mayo de 1989, es decir, seis meses después de las elecciones. Esto se hizo efectivo a partir de febrero del año siguiente, gracias a lo cual tuvo la oportunidad de mantenerse como líder liberal y de la oposición por quince meses más. Aunque debe señalarse que este periodo, de diciembre de 1988 a febrero de 1990, si bien significó para Turner una extensión de sus labores partidistas y legislativas, en realidad solamente sirvió para exponerlo como una figura política debilitada y totalmente al margen del proceso interno de su relevo. Esta percepción se reforzó una vez que su mismo grupo político, ahora encabezado por Paul Martin, decidió alejarse de Turner para ganar nuevos adeptos, ya que, desde luego, no era atractiva la figura de un líder que había sido derrotado en dos elecciones federales consecutivas previas.

Así, en cuanto el plazo se cumplió, John Turner abandonó su cargo como líder liberal, y tomó su lugar de manera interina el abogado originario de Ontario, Herb Gray, quien había fungido previamente como diputado del Parlamento en varios ejercicios legislativos. Gray ocupó el asiento como líder de la oposición de febrero a diciembre de 1990 durante la xxxiv Legislatura.

Ya consolidada la posición de Herb Gray como líder interino, fue cuando el *caucus* del Partido Liberal convocó a una convención nacional que se celebró en la ciudad de Calgary, en junio de 1990. Una vez instauradas las bases del siguiente proceso interno, se organizaron una serie de foros en varias ciudades, para que los aspirantes tuvieran la oportunidad de exponer sus plataformas y proyectos. Al respecto, es oportuno señalar que durante las elecciones internas de Calgary no solamente se elegiría al nuevo líder y al presidente del partido, sino también se asumirían una serie de estatutos nuevos con carácter constitutivo interno, de cara al siglo XXI, lo cual significaba que, en las elecciones internas de 1990, los liberales se jugaban la dirección ideológica, política y social que el partido habría de seguir al menos durante los siguientes diez o quince años.

De esta manera, y sin una despedida formal, John Turner se esfumaría de la política canadiense sin legado alguno, olvidado y desconocido, incluso por sus camaradas ideológicos dentro del Partido Liberal.

LA LLEGADA DE JEAN CHRÉTIEN AL FRENTE DEL PARTIDO LIBERAL (1990)
Y SU LARGA ADMINISTRACIÓN COMO PRIMER MINISTRO (1993-2003)

A raíz de la convocatoria para la convención de Calgary, terminaron siendo cinco los candidatos que pugnarían por alcanzar el cargo de líder del Partido Liberal. Los dos que aventajaban al resto eran Jean Chrétien y Paul Martin.⁹ El primero era un connotado liberal exparlamentarista, exministro de Estado y hombre muy cercano a las bases ideológicas de Pierre-Elliot Trudeau, con quien compartía su visión de una dinámica participación del Estado en la economía. El otro candidato, Martin, era “hijo de un ministro social reformista de Windsor durante el periodo del famoso Mackenzie King [...] fue el preferido de la comunidad de negocios de Montreal y Toronto gracias a la bendición de su mentor, Paul Desmarais” (Clarkson, 2005: 161), [director ejecutivo] de Power Corporation of Canada, compañía transnacional de origen canadiense con presencia en América del Norte y Europa en los ramos de las telecomunicaciones y servicios financieros.¹⁰

Paul Martin era bien conocido por sus estrechos vínculos con la comunidad financiera canadiense y de Norteamérica en general, además de que se le consideraba muy cercano ideológicamente al líder anterior, John Turner. El escenario interno dejaba en la punta dos alternativas bien conocidas: por un lado Jean Chrétien, que defendía el viejo modelo burocrático liberal que se había manejado con éxito durante varias décadas y, por otro, Martin, quien pugnaba por privilegiar el modelo de gobierno neoliberal, con las consecuencias económicas y sociales que representaba.

No obstante la marcada diferencia entre ambos contendientes en materia económica y social, llama la atención que el gran tema de debate entre los dos políticos en las elecciones internas de junio de 1990 haya sido el Acuerdo de Lago Meech. En este sentido, si bien Chrétien no se había declarado abiertamente en contra del Acuerdo de Lago Meech (como sí lo había hecho en su oportunidad su mentor Pierre-Elliot Trudeau), tampoco manifestó su adhesión al mismo.

Esto contrastaba con la posición abierta de Paul Martin, quien se sumó de manera pública al lado de John Turner en favor de la propuesta para sacar adelante el acuerdo; desde la perspectiva de Martin, sería el mecanismo más adecuado para terminar de una vez por todas con los anhelos separatistas de Quebec, pues lograría alcanzar su ansiado estatus de sociedad especial: “En el apasionado debate político que generó el Acuerdo de Lago Meech, Martin y Turner salieron a apoyar la decisión de firmar [...] en tanto que los trudeauistas se pusieron absolutamente en

⁹ Junto a Chrétien y Martin también buscaban dirigir al Partido Liberal en dicho proceso interno Sheila Maureen Copps, Thomas William Wappel y John Nunziata.

¹⁰ Para mayor información acerca de esta compañía véase Power Corporation of Canada 1925.

contra de un nuevo marco de relaciones entre Quebec y el resto de Canadá, pues les parecía la caja de Pandora de las reclamaciones particularistas, con el consiguiente riesgo de estallido de la federación” (Ortiz de Zárate, 2004b).

Resulta muy interesante conocer cómo, pese a las diferencias del orden económico entre ambos contendientes, el tema de Lago Meech se posicionó como el elemento discordante entre Chrétien y Martin. Lo más sobresaliente de esto es el hecho de que quienes apoyaban a Chrétien defendían, por ende, el modelo creado por los Padres de la federación canadiense, al tiempo que reforzaban la idea de que el Partido Liberal era el que había conformado al país geográficamente y políticamente. Por ello, rechazar el Acuerdo de Lago Meech era lo más natural para conservar los esquemas heredados.

Por otra parte, los adeptos a Martin defendían nuevas formas de estructurar la federación, pues accedían a experimentar con un nuevo proyecto como lo era el de Lago Meech y aceptaban nuevas dinámicas económicas y acción de gobierno en lo que podía interpretarse como un intento de arrebatar el monopolio del ejercicio neoliberal a sus rivales conservadores.

Así, llegó el día de las elecciones internas, el 23 de junio de 1990 y, después de sólo una ronda de votaciones, el vencedor fue Jean Chrétien, quien obtuvo el 56.9 por ciento de los 4658 votos de los delegados, frente a un 25.2 por ciento de Paul Martin, lo que se tradujo en una diferencia de más de mil cuatrocientos votos de delegados (Parliament of Canada, s.f.b).

Puede suponerse que estos resultados fueron una manifestación de rechazo no solamente a la figura de Martin, sino sobre todo a la propuesta de Lago Meech, pues había sido lanzada desde el gobierno conservador de Brian Mulroney, lo que provocó la irrupción al escenario político de un Pierre-Elliot Trudeau ya en retiro, quien acusaba a los creadores del acuerdo de ser los causantes de un peligro para toda la federación.

Además, la abierta cercanía y coincidencias de Paul Martin con John Turner tampoco resultaron del todo favorables para la causa del primero, pues su principal aliado en el partido era, en realidad, un político perdedor en dos contiendas electorales consecutivas, algo poco común en la historia liberal. Por ello, la paradójica postura de Martin, al apoyar en su discurso el sistema de bienestar social y también a los recortes que se le debían hacer, se ganó la animadversión de amplios sectores al interior de su partido, quienes lo consideraron un liberal muy conservador, característica muy semejante a la de Turner en su momento.

En lo que respecta a Jean Chrétien, una vez que se consolidó como cabeza de su partido, se dedicó a criticar duramente el Acuerdo de Lago Meech ante la molestia e incomodidad de su contrincante interno Paul Martin, quien lo acusaba de “haber mantenido durante la campaña una actitud ambigua al respecto, para no enajenarse

en bloque el voto de los liberales convencionales que sí apoyaban el acuerdo, sobre todo los *quebequeses*” (Ortiz de Zárate, 2004b). Lo anterior puede interpretarse fundamentalmente como una manifestación del agudo sentido de Chrétien para manejar los tiempos políticos, cualidad que no compartían Turner y Martin.

Posteriormente, el 21 de diciembre de 1990, tal y como se tenía previsto, el nuevo líder liberal Jean Chrétien asumió el cargo como cabeza de la oposición durante la xxxiv Legislatura y estableció de inmediato una nueva estrategia opositora y de organización partidista al poner especial atención en la necesidad de fortalecer la unidad nacional y resolver los pendientes con Quebec. Con esta perspectiva, los liberales se propusieron crear comisiones internas para hacer al partido más equitativo y accesible a la gente, para estimular la participación de nuevos y jóvenes liberales.

Al mismo tiempo, Chrétien buscaría crear nuevos mecanismos de mejora en las finanzas del partido, para colocarlo en condiciones más favorables de cara a futuras contiendas electorales, sobre todo porque sus rivales *tories* tienden a recaudar una mayor cantidad de recursos privados para sus campañas gracias a las generosas aportaciones del sector empresarial de las Praderas y del oeste.

Una vez asumido su cargo como líder de la oposición en la Cámara de los Comunes, Jean Chrétien diseñó una estrategia política de denuncia constante en contra del ALC; en sus arengas a sus correligionarios y opositores, insistía en la necesidad de renegociar apartados del acuerdo comercial que no habían terminado de ser del todo favorables para algunos sectores productivos canadienses, en particular el sector agrícola. Mediante este discurso, los liberales hicieron llegar a la ciudadanía el mensaje de que el Partido Liberal no se encontraba conforme con el acuerdo puesto en marcha con Estados Unidos. Así pues, poco a poco Chrétien y su partido fueron ganando adeptos entre sectores de la sociedad canadiense que no compartían la visión conservadora de estrechar aún más sus vínculos económicos y comerciales con el gobierno de Washington.

Otro de los posicionamientos más emblemáticos de Jean Chrétien como líder de la oposición en la Cámara de los Comunes fue respecto al impuesto sobre bienes y servicios (IBS), puesto en marcha en enero de 1991 por el gobierno de mayoría conservadora. Este nuevo impuesto del 5 por ciento se aplicaría a todos los servicios, exceptuando combustibles, renta residencial y servicios médicos. Con el IBS, Chrétien encontró otro cauce para hacer llegar su mensaje a la población diciendo que lo eliminaría en caso de llegar a ocupar el cargo de primer ministro. Así, fue poniendo en marcha una serie de estrategias simultáneas con la meta de llevar de nueva cuenta al Partido Liberal al poder: por ejemplo, la creación de comisiones internas para organizar las estructuras partidistas y la agresividad parlamentaria al interior de la Cámara de los Comunes para criticar las políticas y decisiones del

gobierno conservador. Así generó las condiciones necesarias para crear un plan que, a mediano plazo, lograra repositionar a los liberales en el Parlamento y recuperaran la primera magistratura del país.

Las condiciones internacionales del trienio 1989-1991, que comenzaron con la caída del muro de Berlín y terminaron con la desarticulación de la Unión Soviética, fueron elementos que obligaban a replantear el papel de Canadá en la nueva era unipolar globalizada, y las formas en que el Partido Liberal debía insertarse en ella. Por esta razón, Chrétien y el *caucus* del partido convocaron a una serie de debates públicos cuyo objetivo principal era atraer a expertos académicos, investigadores científicos, líderes de organizaciones no gubernamentales y de grupos empresariales, con el fin de generar discusiones públicas respecto al rumbo que debía seguir Canadá en los ámbitos económicos, políticos, de ciencia, tecnología y salud en los años siguientes.

Una vez que se pusieron en marcha este tipo de convocatorias provinciales y regionales, el Partido Liberal se encontró en posibilidades de elaborar planes previos a la elección, para lo cual conformó comités provinciales y nacionales cuyo objetivo fundamental sería encarar de manera organizada futuras campañas políticas. Como resultado de estos foros y debates de 1993, en poco tiempo se dio a conocer en todo Canadá un documento que establecía de manera clara la estrategia liberal a seguir: *Creando oportunidades: el plan del Partido Liberal para Canadá*, el cual sería conocido simplemente como *Red Book* (o libro rojo).¹¹ Mediante este documento, el Partido Liberal buscaba, de manera sencilla —gracias al uso de gráficas, esquemas y explicaciones simples—, que todos los canadienses tuvieran claridad en cuanto a qué esperar de un futuro gobierno liberal. La fórmula era básicamente exponer que los liberales eran políticos competentes y que el partido era fiscalmente responsable. El libro rojo planteó dos objetivos a seguir en el corto y largo plazo: el primero se centraba en invertir seis mil millones de dólares en un programa de infraestructura de vivienda, junto con las municipalidades y los gobiernos provinciales, para estimular el consumo y la confianza entre los hombres de negocios. El de largo plazo preveía disminuir el déficit mediante la reducción de programas oficiales de gobierno, hacer más sencillo el cobro del impuesto GST, mejorar la educación y los programas de capacitación en el empleo, proveer capital a la mediana y pequeña empresa, estimular la participación de la mujer en la economía, ampliar las redes tecnológicas, así como convertir la industria militar canadiense en una industria

¹¹ Posteriormente, en 1997 se elaboró un nuevo libro rojo que agregaría nuevas metas al original, por lo que se considera una nueva edición del dado a conocer en 1993, pero con propuestas específicas, como se verá más adelante. Para mayor un análisis de los trece puntos véase: (Liberal Party of Canada, 1997).

con fines pacíficos. En suma, los objetivos del libro rojo fueron establecer una plataforma económica basada en la prudencia fiscal para disminuir el déficit en tres años (Clarkson, 2005:170). Con ello, los liberales encabezados por Chrétien prepararon el terreno para las siguientes elecciones, aguardando el momento de la convocatoria, ya que su condición minoritaria en el Parlamento les imposibilitaba tomar cualquier iniciativa.

Fue entonces cuando las fallidas negociaciones para alcanzar una nueva reforma constitucional (o *patriation*), por medio del Acuerdo de Charlottetown, dieron la oportunidad a los liberales de aventajar a los conservadores en las encuestas de opinión previas al proceso electoral programado para octubre de 1993, una vez transcurridos prácticamente cinco años de gobierno *tory*. En términos políticos, el fracaso de la negociación de Charlottetown, aunado a la serie de medidas impopulares de Brian Mulroney, fueron elementos que ofrecieron al Partido Liberal una oportunidad inmejorable para retomar el poder.

Sin embargo, llama la atención que Jean Chrétien no se manifestara contrario al Acuerdo de Charlottetown, como sí lo hizo en su oportunidad con el Acuerdo de Lago Meech: “Chrétien y buena parte de los liberales —a excepción de Trudeau y sus incondicionales— apoyaron el Acuerdo de Charlottetown” (Ortiz de Zárate, 2004a). Lo más significativo de esto es que tal diferencia suponía un rompimiento silencioso de Chrétien con su mentor Trudeau, pero tal diferencia logró superarse sin escándalos mediáticos que amenazaran la posición liberal en las elecciones venideras.

Después de la renuncia del primer ministro conservador en funciones en junio de 1993, Jean Chrétien se limitó a esperar el llamado para las siguientes elecciones federales, el cual se concretó de manera anticipada en septiembre del mismo año, con lo que se determinó que la trigésima quinta elección federal se celebraría el 25 de octubre.

Ya iniciadas las campañas, Chrétien se concentró en seguir los lineamientos establecidos en el libro rojo, comprometiéndose a no provocar déficits presupuestarios que afectaran a los ciudadanos. Así desarticuló el discurso conservador que acusaba a los liberales de ser malos administradores cuando gobernaban.

En esta dinámica electoral, los debates televisivos del 3 y 4 de octubre fueron muy importantes para la causa de Chrétien, pues al encontrarse con posibilidades reales de ganar, era evidente que los demás líderes lo buscarían para atacarlo. Durante el debate en francés, Chrétien se enfrascó en un intenso intercambio de argumentos con el líder del Bloque Quebequense (BQ), Lucien Bouchard, y logró salir airoso con frases como: “Yo estoy orgulloso de ser quebequense, estoy orgulloso de ser francófono y estoy orgulloso de ser canadiense” (Jeffrey, 2010: 233). En el debate en inglés, Chrétien tuvo la oportunidad de mostrarse frente al electorado como un

líder confiable, además de que se comprometió públicamente a no convocar a nuevas reformas constitucionales durante su permanencia en el gobierno, condición que buscaba poner fin a la controversia de Quebec respecto de la federación. Quizá lo más positivo para Chrétien fue que, si bien durante los debates él mismo no se erigió como el gran vencedor, salió ileso (Jeffrey, 2010).

Durante la segunda parte de la campaña, el verdadero reto para Chrétien y el Partido Liberal fue ganar espacios electorales a sus contrincantes en varias zonas del país, ya que el ascenso de partidos regionales como el Bloque Quebequense o el conservador Partido Reformista en Alberta, Saskatchewan y Columbia Británica, era una variable que se sumaba a un muy complejo y competido escenario electoral en el cual los mismos liberales debían combatir y vencer también a los viejos *tories* de Ontario y la costa atlántica, así como a los neodemócratas en sus bastiones del oeste. Fue por este motivo que el libro rojo, en términos electorales, se convirtió en el arma principal del Partido Liberal para confrontar y derrotar a sus contendientes región por región en todo el país.

Al final, los resultados electorales del 25 de octubre de 1993 dieron un triunfo contundente al Partido Liberal, que obtuvo ciento setenta y siete asientos de doscientos noventa y cinco posibles, lo que representaba no solamente un gobierno de mayoría, sino también la adhesión del 41.3 por ciento del voto ciudadano a sus plataformas políticas (Parliament of Canada, 2011). Esta victoria liberal significó una derrota contundente para el gobernante Partido Conservador Progresista, pues éste logró obtener únicamente dos asientos en la Cámara de los Comunes.

Es oportuno señalar que esta derrota, sin precedentes en la historia política de Canadá, fue resultado de una escisión al interior del propio bloque conservador del país, ya que el Partido Reformista¹² —también de derecha— obtuvo en las mismas elecciones cincuenta y dos asientos en la Cámara de los Comunes, lo que representaba el 18.7 por ciento del voto de la ciudadanía.

Cabe mencionar que esta primera victoria electoral de Chrétien fue una muestra del trabajo y planeación coordinada de su partido para volver al poder, el cual tenía un fuerte compromiso con sus electores debido a las altas expectativas que se habían alcanzado como producto de la exitosa difusión del libro rojo. En cuanto Chrétien asumió la primera magistratura del país, en noviembre de 1993, de inmediato decidió armar una estrategia nacional de disminución de la deuda pública por medio de recortes a las transferencias provinciales, vía la federación. El encargado de desarrollar esta estrategia fue el nuevo ministro de Finanzas, Paul Martin, conocido por su posición ortodoxa y conservadora en temas económicos.

¹² En el siguiente capítulo abordaremos las características, lineamientos, plataformas y liderazgo del Partido Reformista.

Es importante señalar que con la adhesión de Martin al gobierno de Chrétien, el primer ministro buscó mantener la unidad partidista, sobre todo después de las divergencias surgidas entre ambos durante la contienda interna tres años antes.

Mientras Chrétien llevaba adelante su proyecto político y económico, la obtención de la mayoría por parte del Bloque Quebequense en las elecciones provinciales de 1994 y el posterior asenso del nacionalista Jacques Parizeau al cargo de primer ministro provincial fueron acontecimientos que colocaron de nueva cuenta al federalismo y a la unidad canadiense como temas de debate nacional.

Debido a los sendos fracasos de los acuerdos de Lago Meech y de Charlottetown —que pretendían otorgar a Quebec un trato especial y diferenciado respecto al resto de las provincias canadienses—, el sentimiento nacionalista de amplios sectores quebequenses vio en Jacques Parizeau la oportunidad de poner en marcha un nuevo referéndum de soberanía para la provincia, en octubre de 1995. Así, en cuanto Parizeau ocupó el cargo de primer ministro provincial, inició una campaña tendiente a convencer a los votantes acerca de la necesidad de concretar una renovación de las relaciones entre la federación y Quebec, cuyos términos, que eran poco claros, dejaban ver ya la posibilidad, en el corto plazo, de una separación e independencia definitiva de la provincia.

Así, buena parte de la primera gestión como primer ministro de Jean Chrétien se concentró en mantener la unidad de la federación frente a los intentos separatistas y nacionalistas de Quebec. Todo este proceso fue tan arduo y difícil que el “SÍ” terminó siendo derrotado por un margen mínimo, pues obtuvo un 48.5 por ciento frente al 49.6 por ciento del “NO” (Brooks, 2012: 214). Esta mínima victoria, fue posible gracias a una estrategia implementada desde el gobierno federal que se concentró en destinar cuantiosos recursos a fin de hacer llegar mensajes masivos a la población quebequense, alertándolos acerca de lo inconveniente y perjudicial que resultaría para todos en el país una eventual separación. Como una muestra de este despliegue de recursos federales, debe señalarse cómo a tan sólo tres días del referéndum, el gobierno federal organizó una concentración masiva en Montreal en donde más de ciento cincuenta mil canadienses provenientes de todas las provincias del país manifestaban su preocupación y tristeza ante la posible separación de Quebec (Farnsworth, 1995).

Una vez superado este nuevo intento quebequense de secesión, el gobierno de Chrétien decidió terminar con el asunto mediante la elaboración de una serie de mociones que terminaron otorgando a Quebec el estatus de una sociedad distinta de habla francesa, con tradiciones políticas y legales heredadas de su propia historia. Por lo tanto, en términos prácticos, Jean Chrétien concedió lo que en esencia se buscaba en los acuerdos de Lago Meech y Charlottetown, pero sin un proceso desgastante de reforma constitucional de por medio, ya que al contar con una

mayoría parlamentaria liberal, no fue necesario someter dicha propuesta a consensos ni discusiones provinciales.

De manera paralela, y ante la amenaza que había representado el referéndum de 1995, el primer ministro Chrétien implementó la Ley de Claridad (*Clarity Act*),¹³ con la cual se buscaría confinar futuros intentos secesionistas quebequeses por medio de una serie de restricciones que obligaban a que todo proceso de referéndum tuviera necesariamente que pasar por la aprobación de la Cámara de los Comunes, la cual a su vez se erigiría como el único organismo encargado de revisar y otorgar validez a cualquier intento secesionista. Con esto puede afirmarse que la primera administración de Jean Chrétien prácticamente concentró sus esfuerzos en dos ámbitos. Por un lado, buscaría cumplir las promesas del libro rojo concernientes a incrementar beneficios sociales, sin crear, por ello, deuda pública. Por el otro, tuvo que conjugar esfuerzos con todos los partidos políticos para mantener la federación y la unidad nacional ante los retos que representó el referéndum de Quebec en 1995.

Mientras esto sucedía, el gobierno de Chrétien comenzó a elaborar una segunda parte del libro rojo con el título: *Securing Our Future Together* (Garantizando nuestro futuro juntos). Este documento establecía una serie de compromisos que los electores identificarían de manera más clara, para encontrarse así en posibilidades de exigir su cumplimiento como sociedad organizada. Sobresalían temas como equidad de género y diversidad, estabilidad económica, creación de empleos, medio ambiente, apoyos sociales, cuidado de la salud, pueblos indígenas, entre otros muchos.

Una vez dada a conocer esta segunda versión del libro rojo, Jean Chrétien adelantó la convocatoria para celebrar la trigésima sexta elección federal, en el mes de junio de 1997, con la clara intención de diezmar a la oposición conservadora en la Cámara de los Comunes, porque la derecha canadiense se encontraba hundida en divisiones entre sus dos agrupaciones (el Partido Conservador Progresista y el Partido Reformista), quienes no lograban ponerse de acuerdo en sus plataformas políticas, ni frente a sus electores. Esto, si bien dejaba en posición desfavorable a la derecha canadiense, no sucedía lo mismo con la izquierda y el Partido Neodemócrata, ya que este sector, liderado por Alexa McDonough, seguía manteniéndose como el principal crítico de las políticas económicas del gobierno liberal, al exigir mayores recursos al gasto social.

Con estos elementos alrededor dieron inicio las campañas federales rumbo a las elecciones programadas para el día 2 de junio de 1997. Durante el proceso, la plataforma liberal se ciñó a lo contenido en sus dos libros rojos y a su exitosa campaña

¹³ La Ley de Claridad fue oficializada en diciembre de 1999 para su posterior aprobación por la Cámara de los Comunes y el Senado de Canadá. Para mayor información *cfr.* Brooks 2012: 157-160.

para vencer a los nacionalistas quebequenses al defender la federación. Por su parte, los contendientes conservadores de Chrétien cuestionaron el adelanto de la convocatoria, pues se desarrollaba justo en un momento de crisis económica y desempleo en el país. La izquierda canadiense insistía en criticar los recortes que en materia social había puesto en marcha el gobierno liberal desde el inicio de su administración, con tal de cumplir sus metas macroeconómicas.

Cabe señalar que, si bien durante los primeros días de campaña todo parecía anunciar una victoria holgada de los liberales, poco a poco los partidos opositores fueron ganando espacios mediáticos y de aceptación entre electores incómodos, sobre todo, por la forma vertical en que Jean Chrétien tomaba sus decisiones desde un gobierno con mayoría parlamentaria. Aunado a lo anterior, los liderazgos conservadores de Preston Manning y Jean Charest fueron ganando adeptos entre el electorado, al igual que la nueva líder del Partido Neodemócrata, Alexa McDonough.

En definitiva, Jean Chrétien y su partido vieron cómo en muy poco tiempo la campaña de 1997 se convertía en un ejercicio de supervivencia para su mayoría parlamentaria, ya que los conservadores reformistas en el oeste vieron incrementada su intención de voto, al igual que los conservadores *tories* en la costa del Atlántico. Al mismo tiempo, los neodemócratas asentaban sus bases de votantes en las Praderas y en el este del país, mientras que el Bloque Quebequense reafirmaba su posición como partido provincial. De esta forma, el Partido Liberal se encontró de pronto ante unas elecciones que en nada garantizaban su continuidad como gobierno mayoritario.

Tomando en consideración todos estos elementos, los resultados de la trigésima sexta elección, si bien disminuyeron la presencia liberal en el Parlamento al pasar de ciento setenta y siete a ciento cincuenta y cinco diputados en la Cámara de los Comunes, Jean Chrétien siguió manteniendo un gobierno mayoritario pero sólo por cuatro asientos.¹⁴ Así, el proceso electoral de 1997 demostraría al primer ministro Chrétien que los liderazgos de sus contendientes se circunscribían a cotos electorales locales, los cuales —había quedado ya muy claro— eran muy difíciles de arrebatar en el corto plazo.

Para ilustrar esta idea, debe destacarse, por ejemplo, que Preston Manning y su Partido Reformista habían ganado en el oeste, en las provincias de Alberta y Columbia Británica, mientras que el Bloque Quebequense había hecho lo propio en Quebec. En cuanto al Partido Conservador Progresista y su líder Jean Charest, habían conquistado Nueva Brunswick, al tiempo que el Partido Neodemócrata, de la mano de su líder Alexa McDonough, se asentaba cómodamente en Nueva Esco-

¹⁴ Debe señalarse que en las elecciones federales de 1997, el número de diputados para la Cámara de los Comunes se incrementó al pasar de doscientos noventa y cinco a trescientos un miembros.

cia. Sin embargo, los numerosos asientos parlamentarios obtenidos por los liberales en la provincia de Ontario (ciento uno) habían hecho posible mantener el gobierno para Chrétien, condición que ubicaba también al Partido Liberal como una agrupación de carácter local, pero de una entidad provincial (Ontario) demográficamente más extensa que las otras. Tales condiciones hicieron que las elecciones federales de 1997 dejaran en claro que los ciudadanos canadienses votaban básicamente por el partido que mejor representaba sus intereses regionales, y no tanto los intereses nacionales (Clarkson, 2005: 203).

Si bien lo anterior era un elemento que se debía considerar para siguientes procesos electorales de carácter federal, los números en las elecciones de 1997 reflejaban un retroceso para Jean Chrétien, y quizá podría considerarse como una de sus más grandes pifias políticas pues, pese a haber alcanzado un nuevo ciclo como primer ministro con un gobierno de mayoría, el hecho de adelantar elecciones para consolidar y ampliar sus posiciones parlamentarias —y no lograr su meta— era una paradójica y amarga victoria electoral.

De esta forma, las elecciones de 1997 dejaron al Partido Liberal con veintidós asientos menos que en la legislatura previa, disminución que sólo compartió el Bloque Quebequense al reducir diez asientos en su representación parlamentaria, debido a su resultado adverso en el referéndum de Quebec dos años antes. En cuanto al bloque conservador, el Partido Reformista incrementó en ocho asientos su presencia en la Cámara de los Comunes, al tiempo que el Partido Conservador Progresista sumaba dieciocho curules a su causa. Finalmente, en lo que respecta a la izquierda canadiense representada por el Partido Neodemócrata, éste agregaría doce asientos más a su bancada parlamentaria.

El inicio del segundo mandato de Jean Chrétien como primer ministro se encontró dominado por una búsqueda de presupuestos más equilibrados, con el fin de volver a destinar mayores recursos a sectores sociales, pues las políticas en este sentido se habían convertido en uno de los puntos más criticados por la izquierda canadiense durante su primera gestión. Para lograr su meta, Chrétien encargó a su ministro de Finanzas, Paul Martin, el desarrollo de un plan que lograra pagar la deuda pública y crear superávit presupuestarios. Los primeros frutos de sus proyectos económicos llegaron en 1998, justo cuando el gobierno de Chrétien se encontró en posibilidades de otorgar mayores recursos a las provincias. De esta forma, menos de un año después de su pírrica victoria electoral, Jean Chrétien cumplió lo prometido en los libros rojos de 1993 y 1997, en el sentido de aumentar a mediano plazo recursos económicos federales para su redistribución provincial en el cuidado de la salud.

Durante el mismo año (1998), el Partido Liberal llevó a cabo la convención bianual en Ottawa, de la cual Chrétien saldría fortalecido al obtener la aprobación absoluta de su partido, ya que había sido objeto de ataques después del resultado

electoral del año previo. En buena medida, esta aceptación y sometimiento al liderazgo de Chrétien obedeció a los excelentes resultados que en materia económica estaba brindando su gobierno a través del Ministerio de Finanzas y su titular Paul Martin. Por lo tanto, y como resultado de unas finanzas sanas, la administración de Chrétien fue superando la disidencia interna, de modo que se encontró en posibilidades de organizar nuevas partidas presupuestales federales, destinándolas para ampliar los servicios de atención social en todas las provincias y territorios del país, sin menoscabo de regiones en particular. Al mismo tiempo, y ante las demandas del sector conservador dentro de la Cámara de los Comunes, Chrétien decidió redistribuir recursos para liquidar la deuda pública. Con esta estrategia, el gobierno liberal logró equilibrar las demandas de sus opositores —tanto de izquierda como de derecha—, debilitando así los discursos divergentes de sus antagonistas políticos.

En 1999, la situación económica en el país seguía mostrando mejoras notables al disminuir las tasas de desempleo a niveles récord y aumentar los ingresos familiares. Esto permitió a Canadá ostentar durante los años de Jean Chrétien como primer ministro los primeros lugares dentro del *ranking* de desarrollo humano elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, United Nations Development Programme —UNDP—); incluso en la actualidad, y desde los años ochenta, Canadá ha logrado mantenerse dentro de los primeros diez países calificados en dicho programa,¹⁵ aunque ha venido descendiendo de forma gradual en los últimos años.

Tal escenario económico favorable permitió a Chrétien llevar a cabo una serie de estrategias políticas de gran alcance mediático, como el otorgamiento del territorio de Nunavut a las tribus inuit en abril de 1999, con lo que geográficamente la división política de Canadá quedó conformada tal y como se conoce en la actualidad. Ahora, si bien ya formaba parte de los territorios del Ártico y del noroeste canadiense, la oficialización de Nunavut otorgó a los pueblos de la región la capacidad de autogobierno y administración de recursos, con representación oficial ante la Cámara de los Comunes y el Senado.

En lo que respecta a la participación canadiense en asuntos de carácter internacional sobresalen, sin duda alguna, las operaciones militares de Canadá en Kosovo bajo el amparo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en 1999. Este hecho dejó constancia del carácter colaborador multilateral que asumió la administración liberal de Chrétien en cuanto a sus socios y aliados. Así, y sólo después de un consenso entre los aliados atlánticos encabezados por Estados Unidos, la OTAN llevó a cabo, de marzo a junio de 1999, una serie de bombardeos sobre

¹⁵ Para un seguimiento pormenorizado de todos los aspectos a considerar por el PNUD en el caso de Canadá durante el periodo de 1980 a 2010 véase United Nations Development Programme (UNDP), s.f.

blancos serbios en la ex-Yugoslavia, acciones en las que participaron aeronaves canadienses F-18 con base en el norte de Italia, y a las que se les incluyó en docenas de misiones en territorio kosovar (Morton, 1999: 291). Esto fortaleció la imagen de Chrétien ante los electores canadienses, al mostrarse como un líder responsable frente a sus obligaciones y compromisos internacionales con Occidente, pero manteniendo al mismo tiempo buenas relaciones con China y Cuba.¹⁶ Tal situación colocó al gobierno del primer ministro en una posición de privilegio a nivel interno, y con una opinión muy favorable en el exterior. En este contexto, Chrétien fue consciente de la cómoda ventaja que gozaba frente a sus contrincantes políticos, y calculó que sería una buena oportunidad para desarticular finalmente los intentos aliancistas de la derecha conservadora canadiense, que se encontraba apenas consolidando una nueva agrupación política con miras a alcanzar presencia nacional en futuras contiendas.

Por esta razón, y aprovechando la falta de experiencia de los liderazgos conservadores opositores en la Cámara de los Comunes, Jean Chrétien decidió de nueva cuenta adelantar las elecciones federales, en un intento por desarticular los esfuerzos de unidad conservadora. Para asegurar el éxito de esta estrategia, el ministro de Finanzas, Martin, realizó recortes tributarios que buscaban dar la puntilla a sus detractores de la oposición. En este contexto, el líder liberal llamó a elecciones anticipadas el día 22 de octubre, convocando de esta forma a la trigésima séptima elección federal, misma que culminaría con los comicios programados para el día 27 de noviembre de 2000.

El asunto más significativo de esta convocatoria anticipada radica en que, paradójicamente, preparaba el terreno para la salida de Chrétien, ya que se vio al primer ministro como un político oportunista y soberbio pues, no obstante de que su gobierno gozaba de amplios niveles de aceptación popular, decidió convocar a los ciudadanos para salir a votar en aras de un afán personal de mermar y desarticular a un bloque conservador que se encontraba en franco proceso de reestructuración interna.

Esta molestia entre algunos sectores canadienses se reflejó a través de diversos medios de información, los cuales criticaron la estrategia de Chrétien afirmando que lo único que estaba haciendo era preparar involuntariamente el camino para su retiro y eventual sustitución anticipada en favor de su viejo contrincante al interior del partido: el ministro de Finanzas, Paul Martin. El diario canadiense *National Post* señaló: “¿Por qué estamos yendo a las votaciones tan pronto? [...] el señor Chrétien ha mostrado instinto de supervivencia, pues sabe que un voto apresurado puede sorprender a la oposición que no estará preparada, mientras [...] se le avecina un golpe de Estado [al interior de su partido] por el propio señor Martin” Blais,

¹⁶ Cabe señalar que durante su gestión de diez años, Chrétien llevó a cabo seis visitas oficiales a China, y en abril de 1998 realizó una gira oficial por Cuba, desafiando así el embargo estadounidense hacia la isla.

et. al., 2004. De igual forma, *The Globe and Mail* afirmó que el llamado adelantado a elecciones de Chrétien era, sobre todo, una manifestación de su “[...] amor al poder, insistiendo y encaminándose, más que para un tercer periodo, a su relevo por un nuevo líder” Blais, *et. al.*, 2004.

Este tipo de afirmaciones obedecía a que el propio Martin iba tomando la figura del natural sucesor de Chrétien, en buena medida gracias al prestigio que había alcanzado durante su gestión como ministro de Finanzas ya que, si bien el gobierno de Chrétien era reconocido por su administración efectiva y responsable, el verdadero cerebro y operador de su proyecto financiero era precisamente Martin, quien veía que cada vez más liberales iban sumándose a favor de su causa. Aunado a lo anterior, la decisión unilateral de Chrétien por adelantar elecciones sin consultar a las élites del partido ponía en evidencia una vez más el carácter vertical de las disposiciones del primer ministro.

En tales circunstancias se dio a conocer que “Al interior del *caucus*, se percibió a Chrétien como más autócrata que sus predecesores. Considerando que Pierre-Elliot Trudeau respetó a todos los diputados que disentían de él incluso en asuntos fundamentales, como su querido Capítulo de Derechos y Libertades, Chrétien, por su parte, castigaba severamente las deslealtades, aunque fueran triviales” (Clarkson, 2005: 218). Por este tipo de situaciones, el liderazgo de Jean Chrétien fue erosionándose desde el interior de su propia agrupación política en el momento menos oportuno, como lo era precisamente la campaña electoral.

Empero, más allá de la molestia de algunos sectores del partido, los liberales contaban con una maquinaria electoral bien aceiteada, con resultados tangibles y promesas cumplidas frente a los votantes, condición que perfiló a Chrétien y sus huestes a obtener una cómoda ventaja frente a sus contrincantes políticos. Estas características convirtieron a la elección del 2000 en una batalla electoral que libraría un poderoso Partido Liberal, que se erigía frente a sus rivales como el gran favorito, pero con severas fisuras internas.

En lo que corresponde a las fuerzas políticas opositoras, puede señalarse que el bloque conservador seguía sin ser capaz de lograr acuerdos de unificación, toda vez que los conservadores del oeste seguían aglutinándose alrededor de su nueva agrupación: la Alianza Reformista Conservadora Canadiense —conocida simplemente como Alianza Canadiense—, mientras que los conservadores de la costa atlántica continuaban siendo fieles a los principios *tories* del viejo Partido Conservador Progresista.

Por otro lado, el Partido Neodemócrata se encontraba con un liderazgo ya muy desgastado de Alexa McDonough, quien se empeñaba en mantener un discurso político bastante menguado, sobre todo debido a la extensa difusión mediática que habían recibido las políticas sociales durante la administración liberal. Por último, el único partido que no veía amenazada su posición en la Cámara Baja para las

elecciones de 2000 era el Bloque Quebequense, que bajo el mando de Gilles Duceppe se sabía seguro de mantener su bastión en la provincia de mayoría francófona que representaba.

Con dichas circunstancias alrededor, las campañas dieron inicio y mostraron, tal y como se esperaba, a un Partido Liberal muy fuerte, con plataformas concretas y resultados que ofrecer ante la opinión pública. Por su parte, la oposición conservadora desarrolló una campaña de supervivencia con el claro objetivo de no perder representación en la Cámara de los Comunes. Los resultados del 27 de noviembre de 2000 dieron una contundente victoria al Partido Liberal, que obtuvo ciento setenta y dos asientos en la legislatura, es decir, diecisiete curules más respecto al periodo anterior, mientras que la oposición en su conjunto (aliancistas, quebequenses, neodemócratas y *tories*) aglutinaban los ciento veintinueve asientos restantes.

Esta tercera victoria electoral liberal da lugar a distintas reflexiones: efectivamente, el Partido Liberal, si bien había logrado un contundente triunfo de nueva cuenta, Chrétien había fracasado en su intento por desarticular a los conservadores del oeste, pues la nueva agrupación de éstos (la Alianza Canadiense) había logrado inclusive ganar seis asientos más que su organismo partidista antecesor (el Partido Reformista), al pasar de sesenta a sesenta y seis diputados, lo cual provocó agudas críticas a Chrétien al interior de su partido, pues el ejercicio de elecciones adelantadas había servido para que la Alianza Conservadora hiciera llegar su mensaje con mayor rapidez a todas las provincias. Por esta razón fueron elevándose aún más las voces de liberales que pedían un cambio de liderazgo, no obstante los buenos resultados electorales de los últimos años.

La XXXVII Legislatura inició con un Jean Chrétien encabezando un gobierno con una economía estable, y gozando de amplios márgenes de aprobación popular al tiempo en que el país gozaba de un prestigio internacional sin precedentes, y de unas relaciones económicas y comerciales muy estrechas y activas con Estados Unidos. Por esta razón, los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11-s) generaron una desaceleración en las exportaciones de Canadá, hecho que se reflejó de inmediato en la economía del país. A raíz de los atentados, Chrétien se vio obligado a manifestar una mayor voluntad de colaboración con el gobierno de Washington en materia de seguridad, situación que se hace evidente por medio de medidas como la puesta en marcha del Comando Norte (NorthCom),¹⁷ el cual opera dentro de marcos preexistentes del antiguo Norad.

En relación con operaciones de carácter multilateral, el envío de dos mil quinientos soldados a Afganistán es muestra del compromiso que asumió la administración

¹⁷ El NorthCom fue puesto en marcha el 1° de octubre de 2002, y su principal objetivo fue salvaguardar el territorio estadounidense desde una perspectiva integral que incluya a Canadá, México, Cuba y el Caribe. Para mayor información véase U.S. Northern Command, s.f.

de Chrétien respecto a la política de combate al terrorismo. Este envío de personal militar al lado de Estados Unidos reafirmó la posición canadiense de colaboración plena, siempre y cuando se encontrara circunscrita a los parámetros multilaterales de Naciones Unidas.

En el ámbito interno, la administración de Chrétien elaboró una serie de estrategias antiterroristas con cinco objetivos principales:

1. Prevenir que el terrorismo ingrese a Canadá.
2. Proteger a los canadienses de actos terroristas.
3. Elaborar herramientas para identificar, perseguir y castigar a los terroristas.
4. Asegurar la frontera Canadá-Estados Unidos manteniéndola abierta a los viajeros legítimos.
5. Trabajar al lado de la comunidad internacional para atrapar a los responsables de los atentados y analizar las causas del terrorismo.¹⁸

En el año 2002, mientras el tema de la seguridad continuaba concentrando la atención en el escenario internacional, en el interno Jean Chrétien tuvo que enfrentar una serie de problemáticas y escándalos públicos con colaboradores cercanos, situación que terminó afectando su propia imagen como mandatario frente a los ciudadanos, pero también frente a miembros de su propio partido.

Las dificultades para Chrétien dieron comienzo a mediados de 2001, cuando se ventiló ante la opinión pública que su ministro de Obras y Servicios Públicos, Alfonso Gagliano, había llevado a cabo una serie de contratos federales con una compañía de publicidad, Groupaction, dirigida por su propio hijo. Cuando se le requirieron los contratos para analizar la forma en que fueron establecidos, se puso en evidencia que algunos de ellos estaban extraviados o duplicados. Por este motivo, y justo cuando el escándalo parecía incrementarse, Jean Chrétien decidió nombrar a Gagliano embajador canadiense en Dinamarca, en junio de 2002 (CBC 2002c). Esta decisión no sólo causó airados reclamos entre la oposición, sino también entre miembros del Partido Liberal.

Más adelante, el nuevo ministro de Obras y Servicios Públicos, Don Boudria, denunció las irregularidades de su antecesor, indignado por tales hechos y por sus omisiones en la actividad pública. Sin embargo, poco tiempo después trascendió que el propio Boudria había pasado unas vacaciones de fin de semana con su familia en un lujoso complejo turístico en Quebec, propiedad del empresario fundador del Grupo Everest (CBC 2004), quien acababa de recibir millonarios contratos publi-

¹⁸ Para un análisis a profundidad de éstos y otros temas de políticas y seguridad antiterrorista en Canadá, véase mypolice.ca s.f..

citarios. Este escándalo obligó a Boudria a dimitir del cargo, en mayo de 2002, lo que dio a entender a la opinión pública que el propio Boudria atacaba a su antecesor precisamente como parte de una estrategia para ocultar que en realidad él estaba haciendo algo parecido con otro contratista.

Un caso muy similar ocurrió también con la renuncia del ministro de Defensa, Art Eggleton, quien fuera acusado de tráfico de influencias al darse a conocer que benefició con un contrato federal a una exnovia, quien había recibido un pago por 36500 dólares por un estudio de catorce cuartillas que trataba acerca del desorden por estrés postraumático entre miembros de las fuerzas armadas canadienses (CBC 2002b). Lo más dramático es que ambas renunciaciones se dieron el mismo día, es decir, el 26 de mayo de 2002, situación que significó un duro golpe para Chrétien y su política de gobierno transparente.

Justo cuando todo esto ocurría, las fuerzas disidentes al interior del Partido Liberal apoyaron una campaña encubierta a favor del ministro de Finanzas (Paul Martin), quien daba inicio a una gira nacional de promoción personal, con el fin de posicionar su imagen y recaudar fondos. Con esta actitud, Martin desafiaba abiertamente los llamados del primer ministro Chrétien a los miembros de su gabinete, en el sentido de detener todo tipo de campañas personales, so pena de ser removidos de sus cargos. Sin embargo, era claro que Martin y sus huestes ya llevaban tiempo en una precampaña interna, de modo que el ministro de Finanzas desatendió a su líder, con lo que provocó su despido del gabinete el 1° de junio de 2002 (CBC 2002a). Este hecho in situ causó una aguda crisis al interior del gobierno de Chrétien.

Una vez hecha oficial su salida del gobierno, Paul Martin convocó a una rueda de prensa en la cual dejaría en claro que él no se retiraría de la política, y que continuaría ocupando su asiento en la Cámara de los Comunes; con ello enviaba un claro mensaje al sector financiero, en el sentido de que seguiría adelante en su búsqueda por el liderazgo partidista y la primera magistratura del país.

Cuando todo esto ocurría, un nuevo escándalo se sumó a los que ya llevaba el gobierno de Chrétien cuando el fiscal general de Estado, Lawrence MacAulay, fue acusado (en agosto de 2002) de otorgar a discreción contratos federales de servicios a varias compañías, sin llevar a cabo procesos de licitación internos.¹⁹ Todo esto se tornó aún peor cuando se dio a conocer ante la opinión pública que muchos de estos contratos habían sido otorgados a familiares y amigos (CBC.ca, 2005c) por sumas de más de cien mil dólares cada uno (Maclean's, 2010). En octubre de 2002, en medio de señalamientos en contra de Chrétien, se dio a conocer que "Un colegio comunitario de la Isla del Príncipe Eduardo, dirigido por el hermano de

¹⁹ La administración pública canadiense establece que, en situaciones normales, todo contrato mayor a veinticinco mil dólares debe ser licitado de manera pública.

Lawrence MacAulay, fiscal general, había estado recibiendo subvención del gobierno federal por 6.5 millones de dólares para investigar y desarrollar cursos de entrenamiento por Internet para la policía de Norteamérica y oficiales de correccionales” (McIntosh, 2002). Como consecuencia, el fiscal general MacAulay presentó su renuncia, y puso a Chrétien en una situación muy delicada frente a sus opositores y detractores, ya que en tan sólo cinco meses, tres prominentes funcionarios de altísimo nivel de su gobierno habían sido sorprendidos en tráfico de influencias y conflicto de intereses, además del caso de Gagliano y su exilio político a Dinamarca, junto con el cese de Martin como ministro de Finanzas, todos fueron elementos que dejaron al gobierno de Chrétien con las horas contadas.

Al mismo tiempo, al interior del Partido Liberal fueron levantándose las voces en contra de Jean Chrétien, cuestionando su decisión de cesar de su cargo a Paul Martin. La imagen pública del primer ministro caía irremediabilmente debido a los escándalos entre sus colaboradores cercanos. Hay que agregar también el desgaste natural del ejercicio del poder, tras nueve años consecutivos de acción de gobierno. Tales circunstancias dejaron al primer ministro sin el apoyo suficiente para continuar su mandato conferido en las urnas.

Así, el 21 de agosto de 2002 Jean Chrétien anunció su dimisión al cargo como primer ministro, la cual sería efectiva después de la convención nacional liberal programada para el mes de noviembre de 2003. Con este anuncio, Chrétien dejaba claro que ya no contendería por un cuarto periodo de gobierno, lo que significaba la llegada de un nuevo líder para dirigir a su partido y al país. Paul Martin elogió la decisión y se perfiló como el natural sucesor de su viejo rival partidista, no obstante que John Manley, nuevo ministro de Finanzas, había expresado también su intención de contender en las elecciones internas de noviembre.

Las acciones de gobierno de Jean Chrétien, a partir de su anuncio de dimisión, se limitaron a organizar su salida y a ejercer una estricta vigilancia en las licitaciones para adquirir servicios de todos los ministerios, pues estaba consciente de que en las siguientes elecciones federales ése sería el tema favorito de sus contrincantes conservadores, quienes se encontraban finalmente a punto aglutinar una nueva y sólida agrupación partidista con alcances nacionales.

En el ámbito internacional, el último año de la administración de Chrétien se caracterizó por los roces constantes con el gobierno de George W. Bush respecto al tema de la invasión a Irak, ya que Chrétien fue claro en su decisión de no apoyar ninguna acción militar multilateral si ésta no contaba con el aval del Consejo de Seguridad de la ONU. Estas fricciones entre Ottawa y Washington terminaron por impactar a la administración de Chrétien a nivel interno, pues los conservadores canadienses, fieles a su tradición política, insistieron en estrechar sin reserva sus vínculos militares con Estados Unidos.

También en la política interna, en su último tramo de gobierno Chrétien buscó a toda costa mantener el equilibrio económico y político mediante un esfuerzo conjunto de todo el aparato de gobierno, con la meta de entregar resultados positivos en el corto plazo.

Por lo tanto, una vez resueltos los mayores pendientes de gobierno, dio inicio de manera formal la sucesión interna de Chrétien. Se organizaron una serie de debates entre los principales aspirantes, Paul Martin y John Manley, correligionarios, por cierto, de la fracción conservadora del Partido Liberal, la cual se identificaba más con las políticas de disciplina fiscal y recortes presupuestales federales. Durante los debates se hizo evidente que la labor como ministro de Finanzas de Paul Martin y las bases partidistas construidas desde su primera candidatura interna en 1990²⁰ le concedían una amplia primacía sobre Manley, quien, consciente de la ventaja de su oponente, decidió retirarse de la contienda interna en julio de 2003 y sumarse a las filas de su rival.

Por su parte, Jean Chrétien se limitó sólo a esperar el plazo de la convención del 14 de noviembre de 2003 para hacer oficial un resultado interno por todos sabido de antemano, dejando tras de sí diez años de gobierno con cuentas favorables en lo económico, pero muy desgastado en su imagen pública y política, sobre todo a raíz de los escándalos de corrupción y tráfico de influencias en su gabinete.

ASCENSO Y CAÍDA DE PAUL MARTIN COMO LÍDER LIBERAL Y PRIMER MINISTRO (2003-2006)

El ascenso de Paul Martin como líder del partido finalmente se concretó el 14 de noviembre de 2003, después de las elecciones internas durante la convención nacional desarrollada en Toronto. Los resultados arrojaron una victoria contundente del 93.8 por ciento de los votos a su favor, contra 6.1 por ciento de su única rival, Sheila Maureen (Copps s.f.b.), militante del sector más orientado hacia la izquierda. Esta elección interna tendría una particularidad especial: el ganador heredaría no solamente el cargo de primer ministro, sino también un gobierno con amplia mayoría parlamentaria a su favor y con más de diez años de experiencia ininterrumpida en el ejercicio del poder, lo cual hacía muy factible su inmediata reelección en los siguientes comicios federales.

De tal forma, el 12 de diciembre de 2003, Paul Martin asumió de facto el cargo de primer ministro, y comenzó a planear de inmediato una serie de cambios en el gabinete, con el objetivo de colocar a sus colaboradores más cercanos en

²⁰ Debe recordarse que en las elecciones internas del Partido Liberal de 1990, Paul Martin fue derrotado en una primera ronda por Jean Chrétien.

puestos clave. Martin buscó cerrar las heridas del proceso interno previo, pues propuso a John Manley como embajador canadiense en Estados Unidos, pero declinó la oferta y se retiró de la vida pública; similar situación se dio con Sheila Coops, quien desestimó los ofrecimientos del nuevo líder para ocupar importantes cargos federales.

Una vez rechazadas sus ofertas, Paul Martin se concentró en llevar a cabo una purga política generalizada en las cabezas de los ministerios, situación que dio la impresión ante la opinión pública de que Martin buscaba borrar a toda costa la influencia de Chrétien en su gabinete; quedaba constancia de que Martin expresaba una profunda obsesión anti-Chrétien (Clarkson, 2005: 243), la cual sería constante y reiterada en sus futuras acciones de gobierno. Martin señala en sus memorias: “Yo ya había retirado a muchos de los ministros más fuertes del gobierno liberal previo, de modo que la mitad del gabinete eran nuevos en esos puestos. Ése fue un momento grandioso” (Martin, 2009: 255).

Según esta lógica, la primera acción oficial de Paul Martin como primer ministro fue cancelar todos los contratos de patrocinio firmados por el gobierno anterior, con el fin de enviar una señal a los electores de que el suyo sería un gobierno más honesto, en el cual no cabrían especulaciones de corrupción ni conflicto de intereses. Fue por esto que la administración de Martin, en un intento por cancelar todos los asuntos problemáticos alrededor del programa de patrocinios, decidió dividir el estratégico Departamento de Recursos Humanos de Canadá en dos nuevos departamentos independientes uno del otro: el Departamento de Recursos Humanos y Desarrollo de Habilidades, y el Departamento de Desarrollo Social (Jeffrey, 2010: 447), con el objetivo de descentralizar la toma de decisiones y los recursos de un departamento que, ciertamente, se había visto muy involucrado en los escándalos durante la administración de Chrétien.

Al mismo tiempo, el ala más conservadora del partido comenzó a hacer muy evidente su predominio en ministerios muy estratégicos; comenzaban a sobresalir personajes con abiertas inclinaciones a favor de los negocios y no tanto del bienestar social. Esta condición en el nuevo gobierno le generó de inmediato abiertas críticas provenientes de los círculos identificados con la izquierda del país, entre ellos, del exlíder del Partido Neodemócrata, Ed Broadbent, quien señaló:

No son sólo los temas. Todo ese salón de la centroizquierda ha sido vaciado, incluso abandonado por los liberales [...] Ningún primer ministro liberal, desde King o Pearson, hasta Trudeau o Chrétien, había decidido que podría gobernar sin el ala de la izquierda para mantenerles los pies en la tierra. Martin evidentemente planea hacerlo, tarde o temprano; él deberá estar preparado a pagar el precio por la amputación de la izquierda en su partido (Jeffrey, 2010: 447).

Lo anterior manifestaba el deseo desmedido de Martin por marcar diferencias de su antecesor, con la intención de adquirir una personalidad de gobierno propio e incluso divergente de las formas políticas de Chrétien. Sin embargo, en los hechos, el nuevo primer ministro no podría olvidarse de aquél, pues a medida que avanzaban las semanas, nuevas evidencias salían a la luz pública haciendo del escándalo de patrocinios un asunto de dimensiones potencialmente catastróficas para la causa liberal. Precisamente fue en esta dinámica que en enero de 2004 la auditora general Sheila Fraser decidió trasladarse a Dinamarca para entrevistarse con el embajador canadiense Alfonso Gagliano, a fin de hacerle una serie de preguntas relacionadas con su participación en el supuesto desvío de varios millones de dólares, para hacer pagos ilegales a varias agencias y compañías de publicidad durante el periodo 1997-2001. A su regreso, la auditora general elaboró un reporte que dio a conocer ante la Cámara de los Comunes, el 10 de febrero, en el cual señaló sus conclusiones: “Considero que este caso es un ejemplo flagrante de mal uso de recursos públicos, el cual es escandaloso. En realidad, estoy horrorizada de lo que me he encontrado”.²¹ Como resultado de estas afirmaciones, Paul Martin decidió destituir de manera súbita (el mismo 10 de febrero) a Gagliano como embajador en Dinamarca, solicitándole, además, su presencia inmediata en Ottawa para entrevistarse con él.

A partir de ese momento, quedó claro que el escándalo amenazaba con tomar nuevas y mayores dimensiones, por lo que Martin convocó al día siguiente, es decir, el 11 de febrero de 2004, la creación de una comisión investigadora del programa de patrocinios y actividades de publicidad conocida como Comisión Gomery.²² Con esta decisión, Martin buscaba ir más allá en las investigaciones de los patrocinios llevada a cabo por la propia auditora general, al otorgar poderes extraordinarios a esta nueva comisión externa.

Al respecto, Martin justificó su proceder de la siguiente manera: “Yo personalmente considero que un gobierno con dudas acerca de su ética —para bien o para mal— es un gobierno paralizado. No se puede invocar a la política o al apoyo público a menos que la gente esté preparada para depositar su confianza en ti. Es por eso que decidí crear una investigación judicial que fuera encabezada por el señor John Gomery; quise dejar en claro que nosotros no teníamos nada que esconder bajo el tapete” (Martin, 2009: 279).

Sin embargo, pese a las intenciones de Martin, los primeros resultados de las investigaciones dejaron en claro que el nivel de corrupción y complicidades parecía formar parte ya de una dinámica muy enquistada en el gobierno liberal. Incluso, la presión fue incrementándose a tal grado, que el propio Martin tendría que ofrecer su

²¹ Para una revisión pormenorizada de dicho reporte cfr CBC 2004b.

²² La comisión recibió este nombre debido a que la encabezaría el jurista quebequense retirado John H. Gomery.

renuncia, si es que se comprobaba que él mismo había estado involucrado en alguna de las licitaciones fraudulentas a favor de las agencias de publicidad implicadas.

Esta situación adversa para su nueva administración fue generando espacios políticos muy negativos a Martin quien, consciente de su situación y la de su partido, decidió no convocar a elecciones para ratificar su mandato, lo cual es una práctica común para primeros ministros en el caso de Martin, que heredan el cargo de un correligionario. Incluso, dicha práctica se considera una sana tradición de buena voluntad en Canadá, pues permite al nuevo primer ministro en funciones legitimar su papel como jefe de gobierno.

Por lo tanto, una vez reiterada la negativa de Martin para convocar a un proceso electoral, las críticas de la oposición se incrementaron, por considerar que tal estrategia buscaba de manera premeditada dejar pasar el tiempo para que los impactos del escándalo disminuyeran en los espacios mediáticos, apostando de este modo al olvido o la indiferencia por parte de los electores.

Al mismo tiempo en que la oposición fustigaba al primer ministro para que diera conocer una fecha de elecciones, el gobierno de Martin realizó una serie de despidos selectivos entre funcionarios públicos involucrados en el escándalo de patrocinios, como fue el caso de Gagliano como embajador en Dinamarca o, más aún, el de Jean Pelletier, exsecretario principal de Jean Chrétien y director general de la paraestatal Via Rail, quien fue cesado de su cargo sin pruebas contundentes en su contra (Clarkson, 2005: 244). Este caso en particular generó, además, una fricción diplomática con Francia, una vez que el presidente galo, Jacques Chirac, manifestara su molestia al primer ministro canadiense por el trato otorgado a Pelletier, debido a que Chirac le profesaba una amistad cercana desde que ambos fungieron como alcaldes de París y Quebec, respectivamente (Martin, 2009: 283).

Las investigaciones de la auditora general y de la Comisión Gomery seguían su curso. Nuevos elementos fueron emergiendo gradualmente que involucraban a más protagonistas en el escándalo, como fue el caso de la participación de la Real Policía Montada de Canadá en algunos de los programas de patrocinio y actividades de publicidad en cuestión; lo más contradictorio de este asunto fue que, en un principio, la propia Policía Montada había sido llamada por la auditora general Sheila Fraser para coadyuvar en sus investigaciones, pues les solicitó el resguardo de material asegurado.

Conforme nuevas evidencias salían a la luz y los actores involucrados negaban su participación en actos ilícitos, Jean Chrétien decidió tomar una posición mediática más activa, al señalar que el asunto de los patrocinios era más que nada un problema de carácter administrativo (CBC 2004g), para restarle importancia al tema. Con esta actitud, Chrétien desafiaba la posición del primer ministro Martin, quien se mostraba a cada oportunidad como un político indignado por lo sucedido, con miembros de su propia agrupación partidista en los supuestos actos de corrupción.

En este complejo escenario dominado por las duras críticas de la oposición y también por la posición firme de Chrétien en contra de las investigaciones, Paul Martin pidió a todas las partes aguardar los resultados de las investigaciones de la Comisión Gomery y de la auditora general, en un intento por disminuir la presión en su contra, pues a cada oportunidad el primer ministro siempre expresó ante la prensa que él nunca había tenido conocimiento del posible desvío de recursos, conflictos de interés o prácticas corruptas durante el tiempo en que se desempeñara como ministro de Finanzas. Todo esto supuso que el gobierno liberal de Martin tendría que destinar una considerable parte de sus esfuerzos para probar su honestidad, sobre todo frente a una ciudadanía que comenzaba a dudar acerca de su inocencia, pues resultaba poco probable que Martin, como titular de un ministerio, no tuviera conocimiento alguno del desvío de cientos de miles de dólares hacia proyectos políticos discrecionales.

Finalmente, justo en momentos cuando el gobierno liberal enfrentaba las mayores críticas a su gestión (mayo de 2004), la Comisión Gomery anunció que el primer reporte preliminar quedaría listo hasta finales del año 2005. Esta revelación hizo ya muy difícil la extensión de la administración de Martin sin un llamado a elecciones de por medio. Por este motivo, el primer ministro decidió convocar a la trigésima octava elección federal, para que se celebrase el 28 de junio de 2004. Este llamado daba oportunidad a los liberales de beneficiarse con un intervalo de varios meses, lo cual les permitiría llevar a cabo una campaña electoral lo menos influenciada posible por los resultados de la investigación. De esta forma, y de acuerdo con la tradición política canadiense, el día 23 de mayo de 2004 se anunció la disolución formal del Parlamento, con lo que inició una campaña electoral de treinta y seis días de duración para contender por los trescientos ocho asientos en la Cámara de los Comunes.

Una vez iniciadas las campañas, el Partido Conservador, unificado desde finales del año 2003 y encabezado por su nuevo líder Stephen Harper, concentró sus ataques al Partido Liberal sobre el tema de la corrupción y la opacidad en las cuentas públicas. Por su parte, el Partido Neodemócrata también estrenaba dirigencia en la persona de Jack Layton, conocido socialdemócrata y crítico agudo de las políticas conservadoras de las administraciones liberales de Jean Chrétien y Paul Martin. El Bloque Quebequense circunscribiría su área de influencia de manera exclusiva en la provincia de Quebec esgrimiendo un discurso soberanista y crítico de la federación, con la esperanza de atraer los votos de liberales quebequenses decepcionados por los recientes escándalos liberales.

En este esquema opositor, el gobernante Partido Liberal buscó a toda costa mantener el tema de los escándalos de patrocinios y publicidad fuera del debate electoral, argumentando que la Comisión Gomery y la auditora general eran los únicos organismos encargados de la investigación y de emitir juicios y resultados al respecto.

Esta estrategia otorgó buenos dividendos a Martin, pues efectivamente, ante la opinión pública, el tema de los patrocinios se había convertido ya en un asunto molesto y reiterativo, que no tenía caso ventilar hasta que los organismos responsables de la investigación emitieran sus resultados oficiales. Por consiguiente, la campaña reorientó sus temas a rubros como salud, reformas económicas, soberanía quebequense y la posible participación de Canadá en la guerra de Irak. De hecho, fue este último asunto el que mayor atención atrajo durante el debate en inglés del día 15 de junio, justo cuando Harper y Martin se encontraban muy parejos, según las encuestas del momento.

Sin embargo, y de manera contraria a la expectativa generada con antelación, los debates del 14 y 15 de junio no arrojaron a un candidato vencedor, ni menos a un candidato derrotado. Tal situación estimularía la incertidumbre, pues a unos días de las elecciones existía virtualmente un empate técnico entre liberales y conservadores, según la información que presentaron varias casas encuestadoras como SES, Ipsos, Compas y Ekos, las cuales mostraban cifras con intenciones de voto del 30 al 34 por ciento para liberales y conservadores. Tal información, si bien no ofrecía claridad en cuanto al ganador, al menos hacía previsible que ningún contendiente alcanzaría la mayoría parlamentaria en esas elecciones.²³

Finalmente, y tras un cierre maratónico que incluyó viajes relámpago y mensajes masivos por todo el país, los liberales lograron recuperar terreno según lo que manifestaban las encuestas de opinión. Así, los resultados de la trigésima octava jornada electoral del 28 de junio de 2004 dieron la victoria al Partido Liberal, con ciento treinta y cinco asientos, condición que al mismo tiempo significaba el final de los gobiernos liberales de mayoría. En este sentido y como dato curioso, puede señalarse que los resultados electorales de 2004 establecieron un gobierno de minoría en Ottawa, después de una larga ausencia de veinticuatro años, justo cuando en 1980, los conservadores, liderados en ese entonces por Joe Clark, encabezarían lo que fue uno de los más fugaces y breves gobiernos minoritarios en la historia de Canadá.

Al mismo tiempo cuando los liberales perdían su mayoría parlamentaria, Paul Martin veía cómo su partido cedía espacios considerables en las provincias del oeste y las Praderas (Columbia Británica, Alberta, Saskatchewan y Manitoba), ya que acumulaban un 46 por ciento de la preferencia electoral hacia el Partido Conservador, frente a un 26.3 por ciento del Partido Liberal. Estos números significaban que la provincia de Ontario quedaba como el único bastión liberal, toda vez que Quebec concentró sus preferencias a favor del Bloque Quebequense. Las demográficamente pequeñas provincias del este (Isla del Príncipe Eduardo, Nueva

²³ Los datos provenientes de casas encuestadoras, así como las cifras que aquí se presentan señalando encuestas relativas a las elecciones federales de 2004, 2006, 2008, 2009 y 2011, se pueden consultar y comparar en lo sucesivo en Heard, s.f.c.

Brunswick y Nueva Escocia) continuaron apoyando al Partido Liberal con poco más del 40 por ciento de su preferencia electoral, pero su limitada densidad demográfica hacía poco trascendente dicho apoyo. Por su parte, los neodemócratas sobrevivían en algunos de sus bastiones de Columbia Británica, las Praderas, Ontario y en la costa atlántica.²⁴

En resumen, las elecciones federales de 2004 dejaron a Paul Martin al frente de un frágil gobierno de minoría que entraría en funciones a partir de octubre de ese año, con una situación política adversa, ya que la mayoría opositora estaba en posibilidades de solicitar la remoción del primer ministro en cualquier momento. Los más de tres meses que transcurrieron entre los resultados de la elección del 28 de junio y el día de inicio de la XXXVIII Legislatura (4 de octubre) no dieron tregua a Paul Martin ni al Partido Liberal en lo relacionado con el escándalo de los patrocinios, porque fueron surgiendo de manera incontrolable nuevas acusaciones y señalamientos, lo cual llevó incluso a que el presidente y director ejecutivo de Correos de Canadá, André Ouellet, presentara su renuncia después de que la auditora general diera a conocer su participación en los patrocinios (CBC 2004a). La renuncia fue considerada como la primera manifestación de la mayoría opositora al interior del Parlamento, pues esta mayoría fue quien la provocó, una vez que no encontraron veracidad en los argumentos de Ouellet.

Posteriormente, una vez expuestos los resultados de la investigación de Sheila Fraser como auditora general, se solicitaron también las renunciaciones del presidente de desarrollo de negocios del Banco de Canadá, Michel Vennat (Canada.com, 2006) y la del presidente de Via Rail, Marc LeFrançois (CBC 2004h). Conforme iban apareciendo nuevas evidencias de complicidad y encubrimiento por parte de otros funcionarios liberales en distintos niveles y ministerios, se hacía más difícil pensar que el propio Martin no se hubiera enterado del asunto en algún momento durante su gestión como ministro de Finanzas, situación que mermó de forma gradual su imagen pública.

Cabe señalar que a fines de 2004, el gobierno de Martin se concentró de nueva cuenta en preparar sus alegatos y deslindar su responsabilidad en los resultados de las investigaciones, situación que no le permitió enfrentar en igualdad de circunstancias las críticas de sus opositores en la Cámara de los Comunes, pues consideró que sería mejor presentar las pruebas y declaratorias en su momento, ante la comisión investigadora. Con esta estrategia, Martin buscaba no desgastar las pruebas a su favor si las sometía al escrutinio público antes de tiempo. El periodo comprendido entre octubre de 2004 y enero de 2005 puede considerarse como

²⁴ Porcentajes electorales obtenidos mediante el análisis de cifras y cuadros de Three Hundred Eight.com (2008b).

una etapa de repliegue y defensa del Partido Liberal ante las agudas acusaciones de sus opositores en el Parlamento.

En medio de todos esos ataques y señalamientos, la fracción liberal de la XXXVIII Legislatura presentó, en febrero de 2005, la iniciativa de proyecto C-38, que buscaba legalizar los matrimonios entre personas del mismo género. No obstante que ambas cámaras aprobaron la propuesta hasta mediados de año, es un hecho que esto sirvió para distraer la atención del escándalo mediático de los patrocinios, pues si bien el matrimonio entre personas del mismo sexo generaba debates acalorados, los escándalos de corrupción y el desvío de recursos públicos hacían palidecer cualquier tema que se observara al mismo tiempo.

El momento climático de las investigaciones fue la comparecencia de Jean Chrétien y Paul Martin en febrero de 2005, quienes acudieron a rendir su declaración ante la Comisión Gomery, debido a lo contradictorio que resultaban algunos testimonios de los indiciados dentro de la investigación, lo cual representó un duro golpe para el primer ministro, pues no quedaba clara su inocencia en los escándalos. Lo más trascendente de esta comparecencia fue que la presencia de Martin significó la segunda ocasión en la historia de Canadá en que un primer ministro en funciones tenía que acudir a declarar ante una comisión de investigación pública.²⁵

El primero en presentarse el día 8 de febrero fue Jean Chrétien, quien insistió en que él de manera personal no estaba enterado de cómo operaba el programa. Sin embargo, “fue muy agresivo en su defensa del programa de patrocinios, calificándolo como necesario y correcto en la lucha en contra del separatismo de Quebec, dejando en claro que estaba convencido de que el interrogatorio era un error” (Jeffrey, 2010: 571). Incluso durante su comparecencia, Chrétien se dio tiempo para contraatacar al titular de la Comisión, el abogado John Gomery y a sus ayudantes, acusándolos de estar predisuestos en su contra y del Partido Liberal. En este sentido y para reforzar sus dichos, Chrétien afirmó que Bernard Roy, abogado de la Comisión, era amigo personal y testigo de bodas del exprimer ministro conservador Brian Mulroney (CBC 2005a).

Chrétien salió muy bien librado, ya que el juez Gomery no logró en ningún momento obtener declaración espectacular alguna por parte del exprimer ministro, y la intervención de Chrétien sirvió para poner de manifiesto su experiencia política, pues de indiciado pasó a ser la parte acusadora, ya que logró poner en entredicho, incluso, el carácter imparcial del propio Gomery y sus colaboradores: como anécdota, se registró, en plena comparecencia, que Chrétien obsequió una pelota de golf —con sus iniciales escritas— a los abogados de la Comisión, señalando que había

²⁵ El primer caso fue el del conservador John A. Macdonald, quien acudió a comparecer en 1873 por acusaciones de desvío de recursos públicos.

mandado imprimir trescientas con el auspicio del programa de patrocinios federales Save Canada, para obsequiarlas a golfistas de Quebec. Con ello Chrétien jugó con la alegoría de que gracias a sus bolas —impresas a través del programa de patrocinios— se había salvado al país (*The Hammer*, 2005).

Dos días después (el 10 de febrero), Paul Martin acudió a testificar ante la Comisión Gomery. El objetivo principal de Martin fue aclarar no sólo que no participó en los desvíos federales hacia el programa de patrocinios, sino también su total desconocimiento de los mismos durante su gestión como ministro de Finanzas. Esto último resultaba más complicado pues, durante el proceso de las investigaciones, se vio que, si bien Martin no estaba involucrado, era muy poco probable que no supiera del todo cómo funcionaban los esquemas de pago de los programas de patrocinios, sobre todo, si se tomaba en consideración que sus ansias por alcanzar la primera magistratura podrían haberlo comprometido poco a poco con diversos grupos al interior del Partido Liberal, necesarios para alcanzar consensos y apoyos en contra de Chrétien. Al respecto, debe recordarse que incluso fue este intenso activismo por parte de Martin el motivo que obligó en su momento a Chrétien a separarlo de su gobierno como ministro de Finanzas. Todo esto generó la impresión ante la opinión pública de que Paul Martin, en su búsqueda por alcanzar el liderazgo de su partido, pudo haber pasado por alto dichas prácticas, con tal de gozar del apoyo de connotados liberales aún en funciones.

Durante su intervención ante la Comisión, Martin intentó dejar en claro que su labor como ministro de Finanzas era asignar recursos a los distintos departamentos federales, pero la forma en que finalmente dichos recursos eran destinados correspondía de manera exclusiva a cada departamento. Con esta estrategia el primer ministro intentaría desligarse, a través del ejercicio institucional de la federación canadiense, de cualquier responsabilidad concerniente al desvío de recursos para el programa de patrocinios federales.

A diferencia de Chrétien, Paul Martin siguió una táctica de desvinculación absoluta del programa de patrocinios, afirmando en todo momento su desconocimiento de dicho presupuesto utilizado a discrecionalidad del primer ministro. Incluso durante el interrogatorio, Martin “[...] declararía que él había estado siempre fuera del círculo de responsables de enfrentar el asunto de Quebec, con lo que confirmaba la impresión de que Chrétien no confiaba en el juicio de su ministro de Finanzas para temas concernientes a la unidad nacional” (Jeffrey, 2010: 572). De esta manera, el abierto intento de Martin por desmarcarse de su antecesor implícitamente dejaba ver que el objetivo del primer ministro era responsabilizar a la administración anterior del estado de las cosas.

Respecto al impacto de su propia comparecencia, en sus memorias Martin señala lo siguiente:

No tenía nada que ocultar, y teniendo mis palabras la atención pública por horas, podría incluso forzar algo a los medios para concentrarse en los hechos en los cuales ellos [los medios] habían estado sorprendentemente reacios a dar seguimiento [...] Por un día, al menos, los medios tuvieron que cubrir la historia que yo en vano había tratado durante mucho tiempo comunicar a la Cámara de los Comunes (Martin, 2009: 284).

Estas revelaciones manifiestan el carácter desesperanzador que sobrecogía al propio Martin de cara al asunto y la forma en que fue cubierto por los medios masivos de comunicación canadienses.

Al final, esta nueva divergencia entre Martin y Chrétien dejaba la impresión de que, si bien Martin podía ser inocente de no participar en la transferencia ilegal de recursos federales al programa de patrocinios, no convencía respecto a su total ignorancia del asunto. De esta forma, y una vez marcadas las diferencias con sus coreligionarios del grupo de Chrétien, Paul Martin y sus asesores diseñaron un plan con el que buscaron convencer a los canadienses de la existencia de dos grupos antagonistas al interior del Partido Liberal: uno de éstos sería nuevo y fresco, con él a la cabeza, mientras que el otro (el de Chrétien) sería el viejo y corrupto, y era el responsable del escándalo de patrocinios (Martin, 2009). Precisamente Martin hizo esto pese a que dicha estrategia podría debilitar más que fortalecer a los liberales ante una contienda electoral que parecía inminente, dada su condición de gobierno minoritario.

Después de su testimonio, Paul Martin propuso sacar adelante su gestión. Sin embargo, las filtraciones de la Comisión Gomery ante la opinión pública hacían ya muy difícil su labor como líder la Cámara de los Comunes, pues los partidos de oposición insistían en adelantar elecciones para reagrupar al Parlamento y encarar la crisis política que se vivía en el país. Por este motivo, y ante el nivel de presión que se ejercía en su contra, Martin pidió esperar el resultado final del informe Gomery, y prometió convocar a elecciones federales una vez transcurridos treinta días de dicho informe.

La propuesta de Martin parecía tranquilizar el nivel de los debates entre el gobierno liberal y la mayoría opositora. Sin embargo, la propuesta del gobierno de George W. Bush de crear un escudo antimisiles con Canadá provocó de nueva cuenta un ánimo de confrontación entre los diputados canadienses, sobre todo por las posiciones a favor y en contra. Al respecto, la postura de Paul Martin fue muy clara, pues rechazó la posibilidad de crear un escudo antimisiles al afirmar: “Nosotros vamos a continuar trabajando con nuestros socios y vecinos del sur en la defensa común de Norteamérica. Sin embargo, [un sistema de] misiles balísticos de defensa es algo en lo que no concentraremos nuestros esfuerzos” (Struck, 2005). Esta postura enfrentó de nueva cuenta a liberales y conservadores en el Parlamento, pues los *tories* apoyaban la conformación de dicho plan militar, insistiendo en que el nivel de colaboración de Canadá con Estados Unidos debía estrecharse aún más, sobre todo después del 11-s.

Lo más trascendente de este evento político fue que la dirigencia del Partido Conservador aprovechó el tema del escudo antimisiles para generar un nuevo debate nacional, pues estaban conscientes de que existía una porción considerable de la población que buscaba involucrar más a Canadá con Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo, lo cual mostraba cómo el avance de la opinión conservadora iba creciendo escándalo tras escándalo y decisión tras decisión del gobierno minoritario liberal, ya que incluso provincias como Terranova y Labrador, así como también la rica y petrolera provincia de Alberta, apoyaban el escudo antimisiles con un 66 por ciento y un 54 por ciento, respectivamente (CBC News, 2004f).

En el nivel interno, la administración de Paul Martin buscó paliar, mediante propuestas locales modestas, el hecho de que su gobierno era de minoría, con limitados márgenes de acción política. Esta condición se acentuó justo cuando se dio a conocer que la Comisión Gomery entregaría su primer reporte a la Cámara de los Comunes el 1° de noviembre de 2005. A partir de este anuncio, la expectativa se incrementó por todo el país, pues finalmente se conocerían con mayor precisión los alcances del escándalo, tras más de cuatro años de investigación desde los primeros informes de la auditoría general para al caso Gagliano.

La primera entrega arrojó resultados contundentes de participación, colusión, encubrimiento, tráfico de influencias, desvío de recursos por alrededor de doscientos cincuenta mil dólares dentro del programa de patrocinios. Estos desvíos habrían sido llevados a cabo por funcionarios liberales, con la intención de destinarlos al Partido Liberal en Quebec, a fin de fortalecer la posición federal de unidad al momento del referéndum de 1995, todo esto durante la gestión de Jean Chrétien. Ahora, si bien este reporte señalaba que el entonces primer ministro Chrétien no estaba involucrado de manera directa en las transacciones o desvío de recursos, algunos de sus subordinados sí habían incurrido en prácticas descuidadas o ilegales.

Así, el reporte Gomery, bajo el título “¿Quién es responsable? Reporte Fase 1”, detalló en catorce puntos²⁶ la participación de altos funcionarios gubernamentales en la mala administración del programa de patrocinios. El documento resaltó que todo el proceso se encontraba plagado de irregularidades que comenzaban con supervisiones muy laxas por parte de directivos de alto nivel de varias agencias gubernamentales. Esta situación permitía la falta de transparencia y opacidad en las licitaciones y contrataciones; la actitud displicente por parte de directivos reprimió las intenciones de denuncias por parte de empleados federales subalternos quienes, ante el temor de perder sus empleos, prefirieron quedarse callados.

De manera paralela, se comprobaron pagos excedidos a agencias de publicidad conforme a las horas trabajadas, así como comisiones infladas en sus presupuestos

²⁶ Para una revisión completa del primer reporte Gomery, cfr CBC, 2006f.

reales. Quedaba claro que el programa de patrocinios de agencias de publicidad había sido utilizado en varias ocasiones con propósitos diferentes a la unidad nacional o promoción federal, debido a los objetivos poco claros y a los criterios confusos con los que se manejaba. Aunado a lo anterior, se comprobó que varias agencias de publicidad habían donado dinero a causas políticas federales en Quebec, a cambio de recibir amplios contratos de patrocinios a nivel federal.

Por si lo anterior no fuera suficiente, la Comisión señaló también que existían varios funcionarios liberales que estaban dados de alta en diversas nóminas de las agencias de publicidad en cuestión. Estas prácticas fueron generando una cultura de derecho a recibir beneficios entre los funcionarios involucrados con los patrocinios de publicidad en varios organismos gubernamentales, beneficios que, debe señalarse, iban desde lo económico hasta los favores políticos. El primer informe finalizaba con la afirmación de que la reiterada negativa a colaborar por parte de altos funcionarios de la oficina del primer ministro —argumentando su desconocimiento del problema—, era un asunto que entorpecía el curso de la investigación y atrasaba otros resultados.

En cuanto al primer ministro, el primer reporte Gomery exoneró del todo a Paul Martin, desvinculándolo de actos fraudulentos al afirmar:

El Departamento de Finanzas y su ministro no tienen relación alguna con otros departamentos, más allá del contexto financiero en el que se maneja [el presupuesto] a través de los mecanismos fiscales [...] El señor Martin, en su papel de ministro de Finanzas, no estuvo involucrado en la supervisión y gasto de recursos provenientes de la Oficina del Primer Ministro o de la Oficina de Servicios de Trabajo y Gobierno de Canadá, por lo que tiene derecho, al igual que otros ministros del *caucus* [liberal] de Quebec, a ser exonerado de cualquier responsabilidad por descuido u omisión (Martin, 2009: 286).

No obstante esta exoneración, quedaba muy claro ante la opinión pública que el asunto de los patrocinios en Quebec excedía por mucho lo contemplado originalmente por el propio primer ministro al momento de solicitar una comisión de investigación externa, toda vez que el nivel de colusión, complicidad y corrupción entre funcionarios liberales en toda la provincia fueron hechos que dejaron a la opinión pública canadiense totalmente sorprendida por el complejo nivel de corrupción que se descubrió.

Esta animadversión pública hacia los liberales provocó que el primer ministro Martin tratara de montar una estrategia dilatoria respecto a su promesa de convocar a elecciones una vez transcurrido un mes del reporte de la comisión. Para lograr esto, Paul Martin buscó una alianza de facto con el Partido Neodemócrata y su líder Jack Layton, en un intento por lograr una mayoría parlamentaria que al menos le garantizara mantenerse en el poder, pues entre conservadores y Bloque Quebe-

quense no se alcanzaban a sumar la mitad más uno, que como se sabe es la condición necesaria en Canadá para solicitar desde la oposición, en la Cámara de los Comunes, un llamado a elecciones anticipadas.

En este sentido, Jack Layton consciente de la posición debilitada del primer ministro liberal, le propuso garantizar la no privatización de sectores de salud a mediano y largo plazo, además de establecer un compromiso público en el cual el gobierno liberal incrementaría inversiones al gasto social (Jeffrey, 2010: 579).

Sin embargo, pese al apremio del gobierno liberal, Paul Martin no manifestó seriamente su compromiso por cumplir las propuestas neodemócratas en materia social, situación que llevó a Jack Layton a rechazar públicamente cualquier tipo de alianza parlamentaria con el Partido Liberal. Este hecho, de facto, dejó a Martin al frente de un gobierno con las horas contadas.

Una vez rota la posibilidad de una alianza liberal con los neodemócratas, y ante la evidente reticencia de Martin por convocar a elecciones —tal y como él mismo lo había prometido ante la oposición en la Cámara de los Comunes—, la mayoría parlamentaria aprobó (el 28 de noviembre de 2005) una resolución que expresaba su pérdida de confianza hacia el primer ministro. De acuerdo con lo anterior, la gobernadora general, Michaëlle Jean, una vez recibida la renuncia de Paul Martin, haría oficial la disolución parlamentaria, con lo cual se convocó a la trigésima novena elección federal, programada para el día 23 de enero de 2006.

Lo que más debe llamar la atención de esta convocatoria en particular fue que la propia mayoría opositora había sido la encargada de solicitar la disolución del Parlamento,²⁷ cuando por lo general es el propio gobierno en turno el encargado de hacer llegar tal formalidad al representante de la Corona británica en Canadá, es decir, al gobernador o gobernadora general en turno.

A partir de la convocatoria electoral, las campañas para elegir a la XXXIX Legislatura se encontraron plagadas de acusaciones y señalamientos en contra del Partido Liberal, debido a los primeros resultados de la Comisión Gomery. Con este ambiente político al comenzar las campañas, el Partido Liberal y el Partido Conservador se encontraban prácticamente con la misma intención de voto, según varias casas encuestadoras, como es el caso de Ipsos.²⁸ De este modo, el Partido Liberal concentró sus esfuerzos en advertir a los votantes acerca de los posibles retrocesos que en materia social se avecinaban en el país, en caso de que el Partido Conservador ganara la mayoría parlamentaria en la Cámara Baja.

²⁷ Debe mencionarse que en particular esta campaña electoral tuvo una duración atípica de ocho semanas (cincuenta y seis días), debido a las interrupciones laborales con motivo de las fiestas de Navidad y fin de año.

²⁸ En lo sucesivo, cuando se señale la casa encuestadora Ipsos y sus proyecciones para las elecciones federales de los años 1993, 1997, 2000, 2004, 2006 y 2008, sus datos podrán consultarse y verificarse en Wright, 1993-2008.

Como parte de su estrategia, Paul Martin decidió enfocar la primera parte de su campaña en Quebec; ofrecía nuevos acercamientos y soluciones a viejas problemáticas, ofertas que, debe señalarse, eran fórmulas recicladas de campañas electorales anteriores. Fue precisamente por esta razón que el Partido Conservador y su líder Stephen Harper concentraron sus esfuerzos en Quebec, con el objetivo de confrontar a los liberales en su propio terreno. Así, la estrategia *tory* criticó la forma en que los liberales concebían el federalismo para Quebec, y ofrecieron, por su parte, una visión más descentralizada del federalismo canadiense, hecho que en sí mismo daba un mayor margen de maniobra a todos los gobiernos provinciales. Los *tories* criticaron duramente al Partido Liberal calificándolo de paternalista y arrogante, y al Bloque Quebequense lo acusaban de ser miope, inconveniente y estéril (Jeffrey, 2010: 592).

Cuando los liberales se encontraban defendiendo sus bastiones electorales en Quebec, se filtró a la opinión pública que Jean Chrétien había puesto en marcha una demanda legal contra la Comisión Gomery, acusándola de ser perversa, caprichosa, contraria a la evidencia e incurrir en el error. Esto posicionó de nueva cuenta el tema de los patrocinios como un asunto central de las campañas electorales y volvió a confrontar al primer ministro Martin con Chrétien, sobre todo porque aquél había aceptado dócilmente el resultado preliminar de las investigaciones (Jeffrey, 2010: 589).

Otro asunto que debilitó la posición liberal durante las campañas fue la balacera entre bandas rivales en el centro de Toronto, a finales de diciembre de 2005, que provocó la muerte de una adolescente por el fuego cruzado. Este desafortunado suceso generó nuevas críticas al gobierno liberal, y representó una oportunidad para que los *tories* pusieran como tema de campaña la necesidad de reforzar la seguridad interna del país, buscando así ganar adeptos entre ciudadanos molestos de Ontario.

Sin embargo, el golpe más duro a la campaña de Paul Martin se dio el 29 de diciembre, cuando se dio a conocer que la Real Policía Montada de Canadá investigaba presuntos actos indebidos del ministro de Finanzas, Ralph Goodale, quien al parecer había filtrado información privilegiada en favor de algunas empresas privadas con el fin de beneficiarlas en sus aportaciones tributarias durante 2004. La revelación de estos datos causó molestia en las filas liberales porque consideraban que se trataba de una artimaña política deliberada que buscaba, sobre todo, perjudicar a sus candidatos de cara a las elecciones. No obstante, las autoridades judiciales responsables pensaron que era necesario dar a conocer la información revelada ante la opinión pública, y decidieron no emitir acusación alguna en contra de la Policía Montada (Jeffrey, 2010: 593-594).

Una vez sucedidos estos hechos, Paul Martin optó por elaborar una serie de propuestas millonarias de apoyo a la niñez, con el fin de revertir las claras tenden-

cias en su contra. No obstante, el problema era que todas estas propuestas habían sido ya una promesa sin cumplir de los gobiernos liberales en los últimos diez años, situación que había generado fuertes críticas de parte de los neodemócratas hacia las administraciones liberales.

Con todas las tendencias en su contra, Martin decidió concentrar sus esfuerzos durante los debates televisados de los días 9 y 10 de enero de 2006, en atraer la atención de los votantes hacia su generoso programa de apoyo a la niñez. Mas la oposición no tuvo problemas en debatir toda propuesta de Martin, esgrimiendo sobre todo la deshonestidad liberal y la necesidad de cambiar la conformación de la Cámara de los Comunes por un nuevo gobierno.²⁹

Sin duda los constantes escándalos liberales desde que Martin asumió la primera magistratura del país fueron el común denominador de sus poco más de dos años en el poder, pues era evidente que a partir del último escándalo que involucraba al ministro de Finanzas, las elecciones de 2006 eran ya causa perdida para el bando liberal. Al respecto, el propio Martin señala: “La vacía y maligna sugerencia de que Ralph [Goodale], el ministro de Finanzas, podía haber cometido algo impropio destruyó nuestros intentos de distanciarnos nosotros mismos de los escándalos del gobierno anterior. Después de todo, estas acusaciones venían de la [Policía] Montada” (Martin, 2009: 447).

Aunque posteriormente se demostraría que Ralph Goodale era inocente, el efecto resultó devastador para el Partido Liberal, pues las elecciones del 23 de enero de 2006 dieron la victoria al Partido Conservador, aunque encabezando un gobierno de minoría. Si bien fue una derrota liberal, debe señalarse que este revés electoral no fue tan catastrófico como podía suponerse ya que, a pesar de que perdían el gobierno, los liberales aún mantenían ciento tres asientos en la Cámara de los Comunes, frente a ciento veinticuatro que obtuvieron los conservadores. Por su parte, los neodemócratas, al obtener veintinueve asientos, hacían posible la creación de una alianza parlamentaria opositora para debilitar a los *tories* en el poder, o aún más, un gobierno de coalición al lado de los liberales, pues entre ambos partidos alcanzaron ciento treinta y dos asientos.³⁰ Sin embargo, tal y como ha sido la tradición política de las élites canadienses, la posibilidad de conformar un gobierno de coalición no llegó nunca a concretarse, sobre todo después de que Paul Martin anunciara su renuncia al liderazgo liberal, la misma noche en que se dieron a conocer los resultados electorales adversos.

Uno de los motivos más claros que ayudan a explicar la derrota liberal de 2006 radica en que, como consecuencia de los escándalos, la aceptación y fiabilidad del

²⁹ Para mayor información acerca del debate y sus temas, cfr Basen, 2006.

³⁰ Las cifras y porcentajes señalados en esta elección han sido obtenidos y pueden ser corroborados en Three Hundred Eight.com (2008b).

Partido Liberal en Quebec sufrió un duro revés, pues tradicionalmente esta provincia había otorgado porcentajes de votación bastante generosos para los liberales, que habían oscilado del 33 al 42 por ciento de 1993 a 2004. Tales porcentajes se reflejaban de manera directa en el número de asientos que los liberales habían alcanzado en la Cámara de los Comunes para diputados provenientes de esa provincia; en cambio, en el 2006, los cincuenta y un asientos obtenidos por el Bloque Quebequense frente a los trece que lograron los liberales fueron una clara manifestación del hartazgo y reprobación de los quebequenses hacia el Partido Liberal, que con todas las evidencias en su contra había quedado expuesto como un grupo de tramposos y ventajosos frente a los soberanistas quebequenses quienes, con reducidos recursos en comparación, habían obtenido casi el mismo número de votos en el referéndum de 1995.

Al final, la renuncia de Martin puso fin a una larga carrera política que durante años preparó el terreno para su llegada a la primera magistratura, pero una vez en ella no logró afianzar su posición más allá de dos años y dos meses. En este sentido, cabe recordar que la añeja enemistad con Jean Chrétien fue el rasgo característico de su carrera política, tanto desde su derrota en las elecciones internas de 1990, como durante la revuelta al interior del Partido Liberal que él mismo encabezó y que terminó provocando la renuncia del primer ministro Chrétien, justo cuando éste encabezaba un gobierno de mayoría. De la misma manera, quedó constancia de cómo la animadversión que se profesaban ambas figuras políticas como líderes de dos grupos distintos al interior de un mismo partido fue el factor que —junto a la poca habilidad política de Martin, en su afán de desmarcarse individualmente del escándalo de corrupción en patrocinios de publicidad— permitió que, de manera gradual, toda su agrupación fuera debilitándose poco a poco frente a los votantes, al grado de hacer posible el ascenso conservador al poder después de doce años de ausencia.

Ahora, si bien Paul Martin ya había entregado su renuncia en cuanto a dirigir al Partido Liberal, el 23 de enero de 2006, éste aún debía aguardar dos semanas más para transmitir el cargo a su sucesor en la Cámara de los Comunes. Pero esas dos semanas no significaron un respiro para Martin, pues el 1° de febrero, es decir, sólo cinco días antes de transmitir el cargo, fue dada a conocer la segunda parte del Reporte Gomery.

En su segunda parte, el reporte se concentró en ofrecer una serie de recomendaciones, entre las cuales sobresalía la indicación de no suspender este tipo de patrocinios, ya que de ellos dependía el financiamiento gubernamental para organizaciones sociales. No obstante, a juicio de John Gomery, la existencia de estos programas debía quedar establecida de manera clara mediante documentos internos para evitar la discrecionalidad en la asignación de recursos públicos y su politización. Para procurarlo, el reporte exhortó al gobierno federal a realizar auditorías y revisiones periódicas a todos los programas de patrocinios federales, con el objetivo de hacer que

se mantuvieran libres de influencia partidista alguna. Este segundo reporte concentra dieciocho recomendaciones que concluyen en su parte final con una declaratoria que establece que dicha Comisión no había sido creada sólo para ubicar y señalar a los responsables, sino, sobre todo, para proveer remedios ante una problemática sistémica que se había desarrollado alrededor del programa de patrocinios federales.

A partir de lo anterior, los trabajos de la Comisión concluirían confirmando lo siguiente:

- Participación partidista en la administración del programa de patrocinios.
- Supervisión insuficiente por parte de altos funcionarios.
- Acciones deliberadas para evitar el cumplimiento de la ley federal.
- Una cultura de displicencia corruptora alrededor de todos aquellos involucrados en el programa de patrocinios federales.
- El rechazo de ministros, altos funcionarios de la Oficina del Primer Ministro y servidores públicos a reconocer cualquier responsabilidad suya por el mal manejo que había ocurrido (O'Neal, *et. al.*, 2006).

Una vez revelado el segundo reporte, Paul Martin no tuvo más remedio que esperar unos cuantos días no sólo para dejar el cargo de primer ministro, sino también para abandonar por completo la escena política del país, de modo contrario a la dinámica que protagonizaba su antecesor Jean Chrétien.

La salida de Martin del poder cierra una etapa de décadas de dominio y hegemonía liberal en la escena política canadiense. En este sentido, es oportuno reconocer que fue precisamente el carácter autócrata y poco democrático, tanto de Jean Chrétien como de Paul Martin, los elementos que terminaron erosionando a su partido de manera constante (Clarkson, 2005: 274-276).

LIDERAZGOS DESDE LA OPOSICIÓN: EL INESPERADO LIDERAZGO DE STÉPHANE DION (2006-2008) Y LA POSIBILIDAD DE UN GOBIERNO DE COALICIÓN

Tras hacerse oficial la dimisión de Paul Martin al frente del Partido Liberal, comenzaron a moverse los candidatos y las propuestas para encabezar esta agrupación política, ahora desde la oposición. Sin embargo, poco después de su anuncio, Martin reculó en su intención inicial de abandonar el liderazgo del partido, argumentando que lo haría sólo hasta que la nueva dirigencia fuera elegida después de la convención de finales de 2006. No obstante su anuncio, la presión interna por parte de grupos molestos con el estilo de Martin y la forma en que manejó todo el proce-

so del escándalo de patrocinios lo obligaron finalmente a entregar su renuncia a la dirigencia liberal en el mes de marzo, en medio del repudio dentro y fuera del partido.

El Partido Liberal decidió entregar, entonces, de manera provisional el liderato de la oposición en la Cámara de los Comunes a Bill Graham, político originario de la provincia de Ontario, quien fungiera, además, como ministro de Defensa de la anterior administración. Cabe señalar que, en la práctica, cuando los líderes de oposición son nombrados para cubrir de manera eventual a su titular dentro de la Cámara de los Comunes, se espera que ejerzan su liderazgo de manera discreta y sin grandes debates parlamentarios, en el entendido de que su posición es más protocolaria que operativa.

En seguimiento de lo anterior, la actuación de Bill Graham fue muy discreta a lo largo de los prácticamente ocho meses como líder de la oposición, pues sólo fueron dos los grandes temas de debate durante la primera parte de la XXXIX Legislatura, que inició sesiones tres meses después de los resultados electorales de principios de 2006. Los dos temas en cuestión fueron el reconocimiento de Quebec como nación y la prolongación de la presencia militar canadiense en Afganistán.

Al tiempo en que estos dos temas concentraron la atención parlamentaria y mediática, el Partido Liberal comenzó una intensa campaña con una amplia gama de candidatos, sin un liderazgo predominante ni grandes figuras catapultando a personajes específicos, tal y como había sucedido durante los procesos anteriores. La razón de encontrar un proceso interno más amplio y menos concentrado alrededor de uno o dos figuras obedeció al duro golpe recibido en las elecciones anteriores así como al escándalo de los patrocinios, pues éste redujo al mínimo la capacidad de liderazgo de los dos anteriores primeros ministros para influir en el proceso interno.

Tales condiciones fueron encaminando a una serie de personajes políticos con antecedentes diversos en un escenario liberal novedoso, ya que, al contrario de lo que había ocurrido en años recientes, alcanzar el cargo de líder del Partido Liberal no garantizaba que el personaje ocupara el cargo de primer ministro, al menos en el corto plazo.

En estas circunstancias fueron surgiendo nombres, de entre los que sobresalía, en primer lugar, Michael Ignatieff, historiador y politólogo que había abandonado Canadá desde finales de los años setenta para desempeñar labores académicas en las universidades de Cambridge, Oxford y Harvard. Ignatieff se repatrió en 2005 para ser investigador en la Universidad de Toronto, pero en realidad su retorno tenía como objetivo ocupar un asiento en el Parlamento, con miras a encabezar a los liberales en el corto plazo. Esta percepción se reforzaría justo cuando se dio a conocer que un grupo de connotados liberales, entre ellos Ian Davey y Alf Apps, habían convencido a Ignatieff para regresar a Canadá e involucrarse en la política a favor del Partido Liberal (Jeffrey, 2010: 607).

Otro candidato era Robert Keith Rae (Bob Rae), político originario de Ontario y exmilitante del Partido Neodemócrata, gracias al cual logró ocupar el cargo de primer ministro provincial de 1990 a 1995. A finales de la década de los noventa, debido sobre todo a diferencias con el liderazgo neodemócrata, Bob Rae renunció a su partido y se incorporó a las filas de la academia, donde llegó incluso a ocupar el cargo de rector de la Universidad Wilfried Laurier en Ontario. A principios de 2006, Rae decidió unirse al Partido Liberal para contender por el liderazgo interno, apoyado por el prestigio que lo acompañaba a lo largo de su carrera política dentro de la izquierda socialdemócrata canadiense.

Debe señalarse que las candidaturas de Bob Rae y Michael Ignatieff hicieron que de nueva cuenta el viejo conflicto entre Martin y Chrétien volviera a surgir al interior del Partido Liberal, ya que Bob Rae, al ser hermano de John Rae, quien fungiera como asesor durante muchos años de Jean Chrétien, hizo que su candidatura se identificara con el grupo de chretienistas liberales. Por su parte, Ignatieff, debido a sus posturas más dogmáticas y conservadoras, fue identificado de inmediato como el candidato de los grupos cercanos a Martin, situación que amenazó con polarizar nuevamente la elección interna, reviviendo así un enfrentamiento que se pensaba ya superado.

Otro de los nombres que se mencionó para la contienda entre candidatos fue el del quebequense Stéphane Dion, político de carrera que se desempeñara como ministro de Asuntos Intergubernamentales durante la gestión de Chrétien, y también como ministro de Medio Ambiente bajo la administración de Martin. Stéphane Dion era la opción con mayor experiencia en el servicio público, y cuya discreción mediática como funcionario durante dos administraciones de gobierno diferentes daba a entender que su estilo era más bien discreto pero efectivo. También se encontraba entre los principales aspirantes para dirigir al partido el originario de Ontario Gerard Kennedy, político liberal de bajo perfil, poco conocido a nivel nacional y con amplia experiencia pública y política en su provincia de origen.

Del mismo modo, también buscaban apoyo para lograr el liderazgo partidista los políticos Scott Brison, Martha Hall Findlay, Ken Dryden y Joe Volpe, pero éstos carecían de apoyo y reconocimiento público, lo que, aunado a los pocos recursos económicos de los que disponían, hacía muy difícil mantener su presencia en una campaña partidista a nivel nacional. No obstante lo anterior, estos cuatro aspirantes no declinaron en sus aspiraciones partidistas y continuaron sus campañas hasta el día de las votaciones, por lo que este proceso interno liberal fue una carrera entre ocho candidatos formales.

Es oportuno señalar que los delegados liberales escogidos para acudir a emitir su voto en las convenciones nacionales eran, por lo regular, representantes de localidades específicas, y a su vez habían sido electos por miembros activos del Partido

Liberal en sus comunidades. Estos mismos representantes, al momento de ser elegidos como delegados, tenían el compromiso moral de emitir su voto por determinado candidato, pero sólo en una primera ronda; de modo que cuando en una votación interna no se alcanzaba el 50 por ciento más uno necesario, estos delegados podrían emitir su voto por cualquier otro candidato sin rendir cuentas a las localidades que representaban.

En esta lógica, cuando en contiendas internas liberales no existen dos candidatos dominantes, lo más probable es que se sucedan varias rondas de votación en medio de un juego de negociaciones y alianzas súbitas, con resultados divergentes de una ronda a otra hasta que al final, en una última ronda, se alcanza la mayoría del 50 por ciento más uno para algún candidato en específico.

La campaña interna por el liderato del Partido Liberal dio inicio el 7 de abril de 2006, y quedó establecido que la convención nacional para elegir al nuevo líder se llevaría a cabo en la ciudad de Montreal, del 28 de noviembre al 2 de diciembre. Cabe señalar que dentro de los nuevos estatutos aprobados por la dirigencia liberal, sobresalían ciertas condiciones que todo candidato debía seguir de ahí en adelante, como por ejemplo, pagar cincuenta mil dólares canadienses al momento del registro, y otros setenta y cinco mil si el candidato llegaba a la recta final. También se estableció un gasto de campaña de 3.4 millones de dólares, mismos que no debían rebasar los cuatro millones en la recta final (CBC News, 2006c).

Enterados los candidatos de estos nuevos lineamientos partidistas, las campañas internas dieron inicio formal y desde el principio la figura de Michael Ignatieff fue la que mayor atención mediática atrajo. Esto obedeció en buena medida a que Ignatieff era la figura pública más reconocida —aún antes de su regreso a Canadá—, ya que fue conductor de varias series televisivas de mucho éxito en Canadá y Estados Unidos, las cuales habían sido producidas por la BBC de Inglaterra.

Sin embargo, este nivel de popularidad y reconocimiento mediático de Ignatieff fue precisamente lo que generó mayores comentarios negativos hacia su persona, sobre todo a través de la Canadian Broadcasting Canada (CBC), empresa de comunicaciones semipública, ya que el nivel de información negativa hacia Ignatieff fue del 28.1 por ciento, contra un 15.9 por ciento de información positiva. Esta situación terminó mermando su imagen pública, sobre todo porque en su oportunidad, el político se había manifestado a favor de la invasión estadounidense a Irak, contraviniendo de este modo la opinión generalizada de los liberales en Canadá. En este sentido, llama la atención que Stéphane Dion fue el candidato sobre el cual se emitió menos información negativa durante la campaña: sólo un 7 por ciento frente a un 28.2 por ciento de información positiva (Farnsworth, *et al.*, 2009: 297).

De igual modo, el hecho de que Ignatieff hubiese vivido en Inglaterra de 1978 a 2000 y en Estados Unidos del 2000 a 2005 continuó siendo el mayor punto de

crítica entre sus opositores, pues podía considerársele como un político improvisado sin conocimiento práctico de la realidad canadiense. No obstante lo anterior, la intención de voto por Michael Ignatieff fue incrementándose entre los delegados liberales del país, al grado de que se colocó a la cabeza entre las preferencias. Al respecto, una encuesta levantada en la provincia de Quebec durante el mes de octubre de 2006, mostró una tendencia nacional de preferencia en favor de Ignatieff, con un 29.9 por ciento frente a un 19.8 por ciento de Bob Rae, su más cercano perseguidor. Por su parte, Gerard Kennedy se posicionaba en el tercer lugar, con un 16.8 por ciento de intención de voto, seguido muy de cerca por Stéphane Dion, con un 16.5 por ciento. En lo que corresponde a los otros cuatro contendientes, no alcanzaron, entre todos, el 15 por ciento de la intención de voto entre delegados (Editors, 2006).

Las anteriores tendencias, si bien mostraban que una parte considerable de los delegados liberales iba inclinándose a favor del liderazgo de Michael Ignatieff, también hacían ver que no había una tendencia clara en los resultados finales, ya que era indispensable alcanzar el 50 por ciento más uno para asumir el liderazgo del partido. Ahí precisamente era donde radicaba la gran debilidad de la candidatura de Ignatieff, pues la mayoría de los delegados no se encontraban dispuestos a emitir un voto a su favor como segunda opción por las razones ya mencionadas. Esta situación se complicaba para Ignatieff, ya que siempre se le percibió como un candidato cómodamente abrazado por las élites del partido. Este hecho, según los estatutos electorales internos, podría inclinar la balanza en el último momento a favor de otro candidato, hasta ese momento rezagado.

Así las cosas, la última fase de campaña interna se concentró en discutir una propuesta de Ignatieff a favor de otorgar a Quebec el estatus constitucional nacional, lo que generó reacciones de oposición entre los demás contendientes, e incluso varios analistas afirmaron, en clara alusión a los antecedentes académicos de Ignatieff; “[...] que si la historia servía de guía, el reconocimiento de Quebec como nación dividiría al país” (Counterweights Editors, 2006).

Por lo tanto, quedaba claro que existían sectores tanto a nivel interno como externo —según especialistas políticos—, los cuales no veían en Michael Ignatieff al candidato idóneo para encabezar al Partido Liberal, ya que muchas de sus posturas en temas delicados sobre política interna obedecían en buena medida a su ausencia del país durante más de veinticinco años. Esta condición, al parecer, no le estaba resultando favorable al momento de abordar ciertos asuntos frente a la opinión pública canadiense.

Con todo este contexto general, Stéphane Dion, con una personalidad cauta y moderada, fue considerado por algunos analistas el candidato idóneo, debido a los discursos poco atinados de Ignatieff durante la campaña. Se afirmaba que, no

obstante había iniciado con una menor intención de voto, y tal vez incluso en el cuarto sitio de preferencias internas, “El Sr. Dion [era el más] precavido, creativo e intelectualmente apto. Así lo demostraba su recomendable gestión como funcionario público en gabinetes previos; Dion no había sucumbido a los trucos teatrales para atraer la atención [...] Si el ser tranquilo, disciplinado, es aún un valor para ser considerado un líder en Canadá, los delegados de la convención liberal podrían notar que precisamente Dion posee esas cualidades en abundancia” (Sheppard, 2006).

La Convención Nacional del Partido Liberal dio inicio en la ciudad de Montreal el 29 de noviembre de 2006, con el registro de delegados de todas las provincias y territorios del país, quienes se presentaban con la encomienda de elegir a su nuevo líder y así comenzar el camino de la reconstrucción liberal. Los primeros tres días se concentraron en escuchar discursos de los candidatos y comparar sus propuestas por última vez. De esta forma, ya cumplidas todas las exposiciones de los aspirantes, el 1° de diciembre se llevó a cabo la primera ronda de votación.

Una vez escrutados los votos de los 4815 delegados, y tal y como se preveía, ningún candidato logró obtener la mayoría, situación que obligaba a una segunda ronda. Los resultados de esta primera vuelta quedaron expresados de la siguiente forma:

Michael Ignatieff	29.3%
Bob Rae	20.3%
Stéphane Dion	17.8%
Gerard Kennedy	17.7%
Ken Dryden	4.9%
Scott Brison	4.0%
Joe Volpe	3.2%
Martha Hall Findlay	2.7%

Fuente: Parliament of Canada, s.f.b.

Después de esta primera ronda, Martha Hall Findlay declinó sus aspiraciones y pidió a sus seguidores que sumaran su apoyo en favor de Stéphane Dion, mientras que Joe Volpe y Scott Brison hicieron lo propio en favor de Bob Rae. De esta manera, los primeros cuatro candidatos mantenían intactas sus aspiraciones para una segunda ronda de votación, misma que se llevaría a cabo al día siguiente. Los resultados de esta segunda vuelta quedaron como a continuación se muestra:

Michael Ignatieff	31.8%
Bob Rae	24.1%
Stéphane Dion	20.8%
Gerard Kennedy	18.8%
Ken Dryden	04.7%

En esta segunda ronda se pudo apreciar que los apoyos de Martha Hall Findlay, Joe Volpe y Scott Brison en favor de Stéphane Dion y Bob Rae se habían traducido prácticamente en una transferencia de votos de sus seguidores hacia los mismos (Dion y Rae). Después de este resultado, Ken Dryden declinó sus aspiraciones y se sumó a la causa de Bob Rae, además de que sugirió hacer lo mismo a sus seguidores. En esta misma dinámica, pero de forma sorprendente, Gerard Kennedy, con alrededor del 18 por ciento de votos de los delegados, decidió hacerse a un lado de la contienda y se sumó de lleno a la causa de Stéphane Dion. Esta jugada dio un giro a toda la contienda interna, pues los resultados de la tercera ronda quedaron de la siguiente manera:

Stéphane Dion	37.0%
Michael Ignatieff	34.5%
Bob Rae	28.5 %

Después de esta tercera ronda, Bob Rae, como tercer lugar, tuvo que declinar sus aspiraciones de liderazgo pero, a diferencia de los otros contendientes derrotados, decidió no sumarse a ninguno de los dos candidatos punteros, para dejar al libre albedrío la decisión a sus seguidores. Esta jugada política por parte de Rae buscó, ante todo, mostrar su imparcialidad con el fin de no influir en el resultado final que se avecinaba, y al mismo tiempo, daba libertad a los delegados que habían votado por él en las tres rondas previas. De igual forma, con esta decisión Bob Rae no generaría resentimientos ni división entre el equipo y el candidato derrotado en la última vuelta.

La cuarta y última ronda dejó los siguientes resultados finales:

Stéphane Dion	54.7%
Michael Ignatieff	45.3%

Finalmente, esta convención en Montreal mostró que los seguidores de Ignatieff habían permanecido fieles a su líder, mientras que los de Rae lo apoyaron parcialmente en las rondas finales. Los otros dos candidatos fuertes, Stéphane Dion y Gerard Kennedy, cuyos apoyos obedecían, sobre todo, a la animadversión que despertaban las figuras de Ignatieff y Rae, llegaron al acuerdo de que el candidato que quedara abajo en la segunda ronda renunciaría a la contienda, comprometiéndose a apoyar al candidato sobreviviente.

Al respecto, Ken Dryden, uno de los candidatos involucrados en este proceso interno, señaló: “Casi todos los delegados [con la actitud] ‘El que sea menos Ignatieff’ y ‘El que sea menos Rae’ se movieron hacia Dion, y Dion ganó. Virtualmente nadie había visto venir esto. Los que estaban en sus casas y los que asistieron al centro de convenciones observaron petrificados: fue un ardid político y más que todo dramático; eso no era lo que los liberales necesitaban” (Dryden, 2010: 89).

Respecto a las dimisiones y las alianzas durante las votaciones, debe llamar la atención la actitud de imparcialidad asumida por Bob Rae en la última ronda, ya que los votos de sus seguidores terminarían definiendo al candidato ganador; dichos votos se dividieron prácticamente en el orden de dos a uno entre los dos candidatos finales. Esta jugada política de Rae permitió mantenerlo vigente como figura moral del Partido Liberal, al tiempo que logró conservar la unidad del partido legitimando el liderazgo de Dion frente a los seguidores de Ignatieff, quienes no tuvieron más remedio que resignarse con su derrota y aguardar una mejor oportunidad.

Lo más preocupante para las élites liberales fue que la repatriación de Michael Ignatieff no gozó de buena acogida por parte de la mayoría de los delegados, pues lo consideraban un individuo ajeno a los intereses y trayectoria del partido. Esta percepción se hizo evidente al momento en que los demás candidatos fueron declinando, y sus delegados fueron sumando sus votos a los demás candidatos sobrevivientes del proceso, menos a Ignatieff.

Otra razón que explica el inesperado triunfo de Stéphane Dion fue el rechazo de los delegados liberales a encumbrar a un par de figuras (Rae e Ignatieff) que eran hijos de prominentes políticos y familias acomodadas. Incluso,

Ellos [Rae e Ignatieff] habían sido amigos cercanos desde hacía muchos años [fueron compañeros de habitación en la Universidad de Toronto...] Ambos eran hijos de padres que habían ejercido el servicio público justo cuando éste en Canadá se tenía en alta estima. Los dos hombres habían nacido para vivir sus vidas tal y como lo hacían. Y ambos fueron a los lugares que quisieron ir porque eran unas estrellas. Ellos podían determinar sus propias vidas [...] Pero con las vueltas, giros y acuerdos de la convención de Montreal, cada uno de los dos se dio cuenta de que esa historia había llegado a su fin (Dryden, 2010: 92).

En este mismo sentido, la convención de Montreal en diciembre de 2006 puede considerarse como una rebelión de las bases liberales las cuales, cansadas de los liderazgos y las decisiones cupulares de su partido, decidieron escoger la opción menos cercana a las élites del poder liberal. Sin embargo, esta decisión no tardaría en ser enmendada por las propias cúpulas del Partido Liberal, amparadas en su poder e influencia.

Una vez consolidado el triunfo de Stéphane Dion, emprendió una campaña nacional para dar a conocer su imagen frente al electorado, amparado en la promoción de tres premisas: la economía, la justicia social y la protección del medio ambiente. Para lograrlo, Dion puso énfasis en su trayectoria y personalidad discreta, sobre todo después de haber desarrollado su actividad pública por más de diez años en el más alto nivel como ministro de gobierno de dos administraciones diferentes, y haciendo hincapié en que había cumplido sus encomiendas sin escándalos ni aspavientos.

Esta última característica fue precisamente la que había ganado la confianza de los delegados liberales, quienes, si bien en un principio no consideraban a Dion como su favorito, terminaron reconociendo la persistencia de su personalidad y currículum, condiciones que ayudaron a convencerlos para elegirlo y derrotar a Ignatieff. Por ello, ya instalado como líder de la oposición en la Cámara de los Comunes, Stéphane Dion pidió a Michael Ignatieff fungir como líder dentro de la fracción liberal en su Cámara Baja, para de esta forma mitigar el malestar entre los seguidores del académico de Harvard. A Bob Rae y Martha Hall Findley les encomendó el desarrollo de plataformas y valores internos hasta que ambos fueran designados como candidatos liberales para competir en elecciones extraordinarias en el año 2008, proceso que se conoce como *by-elections*.³¹

Entre las primeras acciones de Dion como líder de la oposición parlamentaria, sobresale su rechazo al presupuesto de 2007 presentado por el primer ministro conservador, pues argumentó que éste no era justo ni socialmente responsable. Incluso, en un intento por desacreditar este documento conservador, Dion encomendó a los diputados liberales llevar a cabo una gira durante la semana de pascua por todo el país, con el fin de explicar a los ciudadanos por qué la oposición había echado atrás la propuesta presupuestaria de la administración *tory*.

Esta encomienda de Stéphane Dion pretendía contrarrestar de manera agresiva la estrategia puesta en marcha por el gobierno del primer ministro conservador, ya que los recortes al gasto público parecían más bien una imposición de la administración conservadora para crear un ambiente de polémica y rechazo entre los

³¹ Véase Jeffrey (2010: 620). Estas elecciones extraordinarias se dan cuando el titular del asiento en la Cámara de los Comunes deja el cargo, ya sea por fallecimiento, renuncia, enfermedad o por encontrarse en medio de un procedimiento penal en su contra.

partidos de oposición, y así tener los argumentos necesarios para convocar a una elección federal adelantada con la meta de incrementar la presencia conservadora en la Cámara de los Comunes.

A partir de ese momento, el objetivo del nuevo líder liberal fue evitar que el gobierno *tory* argumentara una parálisis parlamentaria que le sirviera para solicitar una disolución de la Cámara de los Comunes, y así adelantar las elecciones. La postura de Dion en ese sentido fue clara para evitar una tercera elección federal en cuatro años; incluso afirmó terminantemente: “Los canadienses no quieren otra elección justo ahora” (CBC 2007a).

Ante dicha postura, el primer ministro *tory* comenzó a incrustar una serie de nuevos temas aún más polémicos al debate nacional, como por ejemplo, su intención de no cumplir los compromisos de Canadá con el Protocolo de Kioto, que buscaba reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. La razón esgrimida por el gobierno conservador fue que cumplir dichos acuerdos significaría afectar intereses de las Provincias de las Praderas, sobre todo de Alberta, que se caracterizan por ser conservadoras y también porque cuentan con los mayores recursos energéticos del país.

Otro asunto que generó nuevos espacios de disenso a nivel nacional y al interior de la Cámara de los Comunes fue el objetivo del gobierno conservador de extender la misión canadiense en Afganistán hasta después de 2009, pues era bien sabido que el Partido Liberal, y la oposición en general, no se encontraban a favor de continuar con la presencia de tropas canadienses para combatir al movimiento talibán en su propio territorio.

Mientras esto sucedía, Stéphane Dion insistió en su negativa de pedir una moción de censura al gobierno para adelantar las elecciones federales, situación que hacía pensar que en el liderazgo de Dion las decisiones finales del partido serían tomadas por él mismo (Jeffrey, 2010: 620). Fue precisamente por esta actitud de rechazo a adelantar las elecciones, que en el interior del Partido Liberal comenzaron a surgir voces de inconformidad con la dirigencia de Dion, pues consideraban que sus acciones no habían sido tan enérgicas en contra del gobierno *tory*, tal y como la situación lo ameritaba.

Esta falta de acciones firmes por parte del líder de la oposición provocó graves conflictos liberales en la provincia de Quebec, una vez que comenzaron a levantarse voces que cuestionaban el estilo de Dion. El nivel de confrontación interna en las filas del Partido Liberal en Quebec ocasionó fisuras internas que los llevarían a perder posiciones frente a los neodemócratas en las elecciones de Montreal, en septiembre de 2007 (CBC 2008f).

Aunado a lo anterior, la presión en contra de Stéphane Dion fue incrementándose a medida que se acercaba el conocido *Throne Speech* o Discurso del Trono (programado para el 16 de octubre de 2007). Mediante este ejercicio parlamenta-

rio, el primer ministro canadiense elabora, a través de sus ministerios, un informe del estado de la nación, así como una agenda legislativa inmediata que incluye el ejercicio presupuestario del año fiscal entrante. La reina de Inglaterra o su representante, en este caso el gobernador o gobernadora general, leen este informe en una sesión solemne en la Cámara de los Comunes. Se lleva a cabo en Canadá cada inicio de sesiones parlamentarias, y necesita, para llevarse a efecto, la aprobación de una mayoría simple de la Cámara de los Comunes,³² lo cual requiere forzosamente de alianzas partidistas, en el caso de gobiernos de minoría.

Es importante señalar que el Discurso del Trono forma parte de uno de los protocolos monárquicos canadienses de mayor importancia y tradición. Por lo tanto, el nivel de polémica y posiciones antagónicas imperantes durante la XXXIX Legislatura colocó al líder de la oposición Stéphane Dion ante la posibilidad de rechazar la propuesta fiscal incluida en el informe, lo que habría significado de manera inmediata una pérdida de confianza de la mayoría del Parlamento hacia el primer ministro, y se traduciría en una nueva convocatoria a elecciones federales por parte del gobernador general. Sin embargo, el líder liberal decidió aprobar el presupuesto fiscal y ratificar el Discurso del Trono, insistiendo ante los medios de comunicación que “[...] los canadienses no quieren otra elección ahora [...] Ellos quieren un Parlamento que haga su trabajo [...] Nosotros estamos determinados a hacer trabajo parlamentario” (CBC 2007a).

Al asumir esta postura, Stéphane Dion dio a entender que su estrategia se encontraba encaminada a crear espacios de discusión parlamentaria, con la meta de ir ganando posiciones entre los votantes. Sin embargo, tal estrategia era muy previsible y resultaba fácilmente contrarrestada por el Partido Conservador, pues bastaba volver a presentar propuestas polémicas que no fueran bien recibidas por el Partido Liberal. Esto colocaría de nueva cuenta a la Cámara de los Comunes en una situación de parálisis, provocada precisamente desde el gobierno conservador, con toda la intención de que se convocara a elecciones federales adelantadas, lo cual daría oportunidad al primer ministro conservador de fortalecer sus posiciones a nivel mediático, acusando a la oposición de bloquear sus planes de gobierno y dando pie así para solicitar una disolución del Parlamento.

Gracias a ello, el nivel de tensión al interior del Partido Liberal fue incrementándose de manera gradual pues, a diferencia de la postura de su líder Dion, había sectores del partido que insistían en que las elecciones federales adelantadas eran precisamente la estrategia que ya se había puesto en marcha desde el gobierno conservador, a fin de ganar mayores espacios parlamentarios. La apuesta era simple:

³² Para una revisión de los Discursos del Trono durante las cuarenta y un legislaturas, véase Parliament of Canada s.f.d.

Harper decía a los liberales: “Tú tienes una opción: Apoyarme o tirarme. Apoyarme, sin importar la propuesta parlamentaria que presente, sin importar que atroz y desmedida política de gobierno yo proponga; de hecho, cuanto más atroz y desmedida sea la propuesta que yo te haga es mejor, porque entonces tu corazón liberal no te permitirá apoyar mi propuesta; [de lo contrario] tendrás que romper tu propio corazón de liberal y apoyarme. Pero si votas en contra, fuerzas una elección que tú sabes perderás treinta y cinco días después. Ésta es tu opción... Yo voy a pasar mi propuesta de cualquier manera cuando gane... ¿Qué es lo que prefieres, perder o perder?” (Dryden, 2010: 100-101).

La actitud del primer ministro conservador se daba al mismo tiempo en que el Partido Liberal comenzaba a dividirse y a cuestionar de nueva cuenta la estrategia puesta en marcha por su líder en turno.

Sin embargo, llegó el tiempo de elecciones extraordinarias (*by-elections*), en la provincia de Ontario, en marzo de 2008. Estas elecciones especiales parecían dar renovados impulsos a la causa liberal, y al mismo tiempo, disminuirían sus pugnas internas, una vez que los excandidatos Bob Rae y Martha Hall Findlay obtuvieron cerradas victorias en los distritos de Toronto centro y en Willowdale para ocupar asientos vacantes de los diputados liberales Bill Graham y Jim Peterson en la Cámara de los Comunes.³³ Es oportuno señalar que, en estas mismas elecciones especiales, el Partido Liberal y su líder Stéphane Dion vieron favorecido a su partido también en Columbia Británica, justo cuando Joyce Murray retuvo el asiento liberal que dejara vacante Stephen Owen en Vancouver Quadra.

Después de estas victorias electorales, cuya difusión tuvo importantes alcances mediáticos en todo el país, Stéphane Dion decidió hacer público un ambicioso proyecto de implementación de nuevos impuestos a sectores contaminantes de la economía canadiense, conocido como *Green Shift* o Plan Verde. Éste incluía mayores tasas impositivas para las empresas que produjeran elevadas emisiones de dióxido de carbono y, al mismo tiempo, ofrecía una disminución a las empresas que implementaran programas verdes de reducción de contaminantes fósiles. Sobresalía en el proyecto el impuesto general a los combustibles de carbono, que consistía en aumentar las contribuciones fiscales de todas las empresas y compañías productoras de diésel, combustibles ligeros, pesados y para aviación, gas natural, queroseno y carbón. Esta medida buscaba disminuir las emisiones de gases de efecto invernadero de Canadá.

Cabe señalar que este programa calculaba que en un término de cuatro años las arcas públicas se verían beneficiadas por una suma de 15.3 billones de dólares (Weir, 2008), lo que a su vez debería redestinarse hacia sectores que estimularan la disminución de gases de efecto invernadero. Sin embargo, el grave problema de este pro-

³³ Para mayor información sobre este proceso electoral extraordinario véase Diebel, 2008.

yecto fue que sus detractores lo calificaron de ser poco efectivo, ya que no garantizaba una disminución considerable de contaminantes fósiles. Por esta razón, grupos de izquierda como Clima y Capitalismo calificaron la propuesta como “[...] un montón de ruido y furia que no significa nada” (Angus, 2008).

Al respecto, Ken Dryden señaló: “El Plan Verde era muy detallado y de poca envergadura; era diferente, se entendía fácil pero era muy difícil de explicar, era muy posible confundirse con él y muy fácil caricaturizarlo [...]” (Dryden, 2010: 106).

No obstante las críticas, Dion siguió adelante con su proyecto e instó al primer ministro conservador a discutirlo para su aprobación en la Cámara de los Comunes. El primer ministro fue el más ferviente crítico y enemigo del plan, al grado de que lo utilizó como bandera política con alcances nacionales. Así, alrededor del Plan Verde se manifestaron claramente dos posturas: por un lado se encontraban los que lo apoyaban, encabezados por el Partido Liberal y seguidos por algunos grupos ecologistas; al otro extremo se identificaban sus críticos, encabezados por el gobierno *tory* y el Partido Conservador, respaldados por la poderosísima industria energética canadiense, que incluía, desde luego, el apoyo irrestricto de la rica y poderosa provincia de Alberta, así como de otras provincias de mayoría conservadora del oeste.

En este sentido, el primer ministro conservador señaló que la propuesta de gravámenes fiscales a la industria de la energía era un plan poco serio. Su argumento se sostenía en una supuesta promesa rota por el propio Dion al no haber presentado propuestas tributarias a los combustibles de carbono durante la XXXIX Legislatura. Con este antecedente, el primer ministro *tory* afirmaba ante los medios de comunicación nacionales que Stéphane Dion era un político que no sabía cumplir su palabra, pues juntos habían acordado no incrementar impuestos. Asimismo, el jefe de gobierno canadiense advertía que en caso de que el líder liberal llegara a la primera magistratura, crearía impuestos a la gasolina y a todo lo demás (CTV News, 2008a). De esta forma, el primer ministro conservador fue tejiendo una imagen tergiversada de su oponente, hasta presentarlo como un hombre proclive a imponer por capricho nuevas tasas impositivas a los ciudadanos.

Fue así que el debate iniciado por Dion dio paso de manera informal a una carrera electoral que, por cierto, comenzó con la presentación oficial del plan de impuesto a los combustibles de carbono (en junio de 2008). A partir de ese momento, representantes tanto liberales como conservadores realizaron giras nacionales y de acercamiento a la ciudadanía con objeto de exponer la posición de cada uno de los partidos respecto al controversial proyecto del Plan Verde. El Partido Neodemócrata y el Bloque Quebequense decidieron no sumarse oficialmente al Plan Verde, ni tampoco erigirse como sus detractores por considerar ambas posibilidades como poco atractivas frente a sus electores potenciales. Esto dejó solo al Partido Liberal en su lucha por sacar adelante el proyecto ecológico-fiscal.

Conforme pasaron las semanas, el nivel de discusión entre liberales y conservadores fue elevándose de modo tal que ambas posturas concentraron el debate legislativo, pues no permitieron la aprobación ni discusión a fondo de nuevas propuestas. El primer ministro *tory* fue incrementando sus mensajes mediáticos en donde responsabilizaba al Partido Liberal de la poca acción parlamentaria, y con ello de la limitada capacidad del gobierno de minoría que él mismo encabezaba. Este mensaje fue ganando adeptos en todo el país, pues la idea de adelantar las elecciones federales para sacar adelante nuevas propuestas de gobierno fue cada vez más aceptada entre la población menos informada.

Todo esto significó que la estrategia de Stéphane Dion estaba fallando, pues la discusión para aprobar el Plan Verde no había tenido éxito en el Parlamento debido a la rotunda negativa por parte del Partido Conservador, ni tampoco lo había logrado a nivel mediático, toda vez que su mensaje no estaba llegando de manera apropiada a la gente. El resultado era una inmovilidad para los partidos Conservador y Liberal, según las proyecciones de varias casas encuestadoras, porque la intención de voto que obtenían mostraba que ambos partidos conservaban potencialmente los mismos asientos en la Cámara de los Comunes.

Estas condiciones imperaron en el escenario político hasta inicios de septiembre de 2008, justo cuando el primer ministro conservador —argumentando que se debería destrabar la parálisis parlamentaria del país— decidió solicitar la intervención de la gobernadora general Michaëlle Jean, para decretar la disolución del Parlamento y con ello llamar a elecciones anticipadas. Esto se dio cuando los ciudadanos ya casi no escuchaban el discurso de Dion a favor del Plan Verde, pues, cansados de tratar de entenderlo optaron por dejar de atenderlo, condición que beneficiaba al gobierno *tory*, el cual esgrimía una crítica simple y sencilla: “No a más impuestos”. Sin embargo,

[...] a pesar de que todo lo beneficiaba, Harper [el primer ministro] aún no había logrado favorecer a su partido en las encuestas dentro de márgenes que le permitieran alcanzar un gobierno de mayoría. La población aún no confiaba en él lo suficiente. Los electores todavía necesitaban ver en él algo que ya habían visto antes pero necesitaban apreciarlo de manera diferente; [en contraparte] el pueblo esperaba aún ver en Dion algo que no hubiese visto anteriormente. Los electores querían tiempo para decidir, pero Harper ya no les daría más tiempo. En septiembre convocó a una elección (Dryden, 2010: 106).

El anuncio de llamado anticipado a elecciones en 2008 sorprendió a la clase política canadiense, ya que no existía un voto de censura por parte de la oposición, ni tampoco la intención expresa de hacerlo por parte de su líder Stéphane Dion. Con esta acción, los conservadores harían exactamente lo mismo que tanto critica-

ron en su oportunidad, cuando en 1997 y 2000 Jean Chrétien buscó mermar a la oposición parlamentaria al adelantar sendos llamados electorales. Además, Dion hizo público que existía un acuerdo con el gobierno de Stephen Harper para no convocar a elecciones anticipadas antes de octubre de 2009. El líder liberal fue enfático al referirse al primer ministro en los siguientes términos: “No podemos confiar en este hombre; tan simple como eso” (CTV News, 2008b).

La razón principal de este malestar general entre la clase política y legalista canadienses se debió a que, según una ley aprobada e impulsada en 2007 por el propio gobierno en funciones, ningún primer ministro podría, en lo sucesivo, convocar a elecciones anticipadas sin tener en su contra de por medio un voto de censura parlamentario. De hecho, esta ley “[...] fue introducida y aprobada en 2007 por el ministro de Reforma Democrática, Rob Nicholson [...] quien afirmara] que tales acciones restringían la capacidad del primer ministro para llamar a elecciones, a menos que sucediera un voto de no confianza antes de octubre de 2009” (CBC News, 2009b). Sin embargo, abogados del gobierno conservador afirmaron que la misma ley no prohibía que el primer ministro solicitara a un tercero, en este caso a la gobernadora general, disolver el Parlamento si así lo consideraba necesario.

Cabe destacar que este llamado a elecciones vino junto con una campaña conservadora focalizada en contra de la figura del liberal Stéphane Dion y su proyecto de nuevos impuestos. De hecho, casi desde que Dion asumió el liderazgo liberal, el Partido Conservador inició una campaña en radio y televisión envileciendo su figura, criticando su acento francés y su aspecto físico con frases como “Stéphane Dion no es un líder”, “el truco fiscal de Dion” —refiriéndose a su proyecto fiscal incluido en el Plan Verde—; “Dion quiere imponer impuestos a todo”, “Dion es un fiasco”, “¿Qué clase de líder es Dion?”. Toda esta campaña negativa culminó con un *spot* cuyo eslogan coronaba una fotografía del líder liberal encogido de hombros y con un gesto perdido, en la cual podía leerse: “Stéphane Dion... no vale la pena el riesgo” (Flanagan, 2009a: 299-301).

Todo lo anterior daba muestra de que, a diferencia de los liberales, los conservadores habían comenzado la carrera electoral dos años antes, justo cuando se elevaban algunas voces al interior del Partido Liberal que pedían a Dion adelantar las elecciones. Esta insistencia al nuevo líder pretendía que, mediante su rechazo al Discurso del Trono (de enero de 2006), pudiera forzarse una elección anticipada para dar oportunidad a los liberales de retomar el poder. Sin embargo, Stéphane Dion no escuchó tales demandas, argumentando que la ciudadanía no quería otra elección anticipada, con lo cual provocó el inicio de nuevas riñas internas a causa de su postura moderada.

En estas circunstancias dio inicio un nuevo proceso de campañas electorales que concluirían con las elecciones federales del 14 de octubre de 2008. El ambiente

de las campañas fue muy intenso y lleno de acusaciones entre los protagonistas. Stéphane Dion concentró sus acciones en denunciar al primer ministro como un político mentiroso en el que no se podía confiar. Al respecto, el académico conservador Tom Flanagan señala: “[...] en el corto plazo siempre hay un precio que pagar por las promesas incumplidas [...] Pero, en cualquier caso, se debe aprender la lección de que las promesas rotas, sin importar qué tan necesarias hayan sido, pueden generar buenos dividendos políticos” (Flanagan, 2009a: 295).

Por otro lado, Dion tuvo también como estrategia una nueva campaña de defensa y promoción de su Plan Verde, no obstante dicho proyecto tenía meses de haber sido presentado a los ciudadanos. Esto causó la impresión de que el Partido Liberal se encontraba promoviendo un plan que era considerado como un tema fastidioso y enredado para los electores; y lo más grave de este asunto para la causa de Dion es que el plan se veía como el causante de más impuestos innecesarios que terminarían pagando todos los contribuyentes canadienses, gracias a la campaña negativa que había lanzado en su contra el Partido Conservador.

Fueron precisamente este tipo de percepciones las que provocaron un cambio de postura entre los protagonistas políticos, como sucedió con el líder del Partido Neodemócrata, Jack Layton, quien decidió criticar duramente el Plan Verde en plena campaña: “El plan de Dion está equivocado y no va a funcionar. Desafortunadamente, no obliga a los grandes emisores de contaminantes a pagar. Y quizá lo más desafortunado sea que no se tomaría nada de ese dinero recaudado para invertirlo en cosas que realmente la gente necesita” (Galloway, 2008). Este cambio de postura de Layton, quien al principio había decidido no manifestarse en contra del plan, era evidencia clara de que, no obstante los meses destinados por los liberales para promocionar el proyecto de su líder, en realidad lo que estaban logrando era empujar y forzar un plan muy impopular, poco claro y muy confuso, lo que lo hacía un proyecto con pocos aliados políticos para defenderlo.

En definitiva, la gran lección para el Partido Liberal fue constatar lo equivocado que puede resultar apostar una campaña electoral federal a un proyecto ecológico que colocaba a la ciudadanía, de manera indebida, ante un dilema moral porque los electores, si bien podían tener una opinión favorable respecto al Plan Verde, en general no se encontraban muy dispuestos a incrementar sus contribuciones fiscales para proteger el medio ambiente. De hecho, esta paradoja fue precisamente la que buscó capitalizar el Partido Conservador, al desviar la atención hacia los temas fiscales y no concentrarlo en discutir las propuestas del proyecto y sus beneficios en materia ambiental.

Si a lo anterior se agrega la postura de los electores y las provincias más conservadoras productoras de combustibles fósiles, puede suponerse el trabajo tan arduo que significó para Dion empujar dicha propuesta, sin contar la disidencia

interna que iba en aumento en su propio partido durante la campaña, de modo que entre las filas liberales, las elecciones inmediatas no parecían del todo favorables.

Estos temores se hicieron realidad una vez que los resultados de la cuadragésima elección federal otorgaron de nueva cuenta un gobierno de minoría al Partido Conservador con ciento cuarenta y tres diputados, cifra que constituía un incremento de diecinueve curules respecto de las elecciones pasadas. Por su parte, el Partido Liberal vio disminuida su presencia parlamentaria al pasar de ciento tres a setenta y siete diputados. El Bloque Quebequense quedó como tercera fuerza política con cuarenta y nueve representantes, mientras que el Partido Neodemócrata incrementó el número de sus diputados al pasar de veintinueve a treinta y siete (Parliament of Canada, 2011).

Estos números representaron una seria derrota para el Partido Liberal en general y un revés contundente al proyecto y estilo político de Stéphane Dion, ya que se ponía en evidencia que su estrategia para llegar al liderazgo del partido no podría funcionar para alcanzar la primera magistratura del país. Esta derrota fue especialmente dolorosa para los liberales, ya que, además de que obtuvieron el menor porcentaje del voto popular en la historia (26.2 por ciento), vieron disminuida su presencia parlamentaria, y los conservadores incrementaron la suya.

Es oportuno señalar que los resultados electorales de 2008 fueron también un duro golpe para el espíritu conservacionista canadiense, pues mientras el Partido Liberal presentaba una propuesta programada y establecida para reducir las emisiones de contaminantes, el Partido Conservador concentró su campaña electoral en propuestas de orden económico, aprovechando precisamente el ambiente de especulación predominante en Canadá, debido a la delicada situación financiera en el capitalismo global como producto de la crisis inmobiliaria originada en Estados Unidos en 2008, lo cual terminó favoreciendo a los conservadores canadienses y a su discurso de protección al empleo y rechazo a nuevos impuestos para los ciudadanos.

Como resultado de este revés electoral, Stéphane Dion aceptó que la derrota obedeció a su poca capacidad de reacción para enfrentar las campañas conservadoras en contra del Plan Verde y el impuesto a los combustibles de carbono. En este marco, Dion anunció su renuncia al cargo de líder de su partido, que se haría efectiva después de la convención nacional de mediados de 2009. En su primer discurso ante los medios después de su derrota, Dion expresó: “Sigo pensando que si nos hubiéramos preparado mejor para explicar a la gente por qué lucho por mi país, qué tipo de líder quería ser, qué tipo de ministro aspiraba a llegar a ser y qué tipo de política proponíamos, podríamos entonces haber ganado esta elección y así tener un mejor gobierno que el que hoy tenemos. [...] Ha sido un error continuar con el Plan Verde porque no estábamos bien preparados para explicar en qué consistía” (CBC 2008a).

Por lo tanto, una vez que Stéphane Dion hizo pública su idea de renunciar al liderazgo del partido, el *caucus* liberal determinó que la siguiente reunión bianual, proyectada para celebrarse en la ciudad de Vancouver, Columbia Británica (del 30 de abril al 3 de mayo de 2009), tomaría a partir de ese momento el carácter de convención nacional, cuya meta sería elegir a un nuevo liderazgo. Como era de esperarse, de inmediato comenzaron a surgir nombres para suceder a Dion, entre los que sobresalieron Bob Rae, Michael Ignatieff y Dominic LeBlanc. Durante el transcurso de las siguientes semanas irían adhiriéndose más y más activistas y delegados liberales a favor tanto de Michael Ignatieff como de Bob Rae. Ahora, si bien Stéphane Dion había hecho pública su decisión de retiro, trascendería posteriormente —entre finales octubre y principios de noviembre de 2008— que el propio Dion tenía la intención de evitar una elección interna, pero como no contaba con dinero suficiente ni con el apoyo de los grupos más influyentes en el partido, él mismo no podría seguir adelante con la estrategia de someter su liderazgo a una revisión interna, ejercicio que cancelaría eventualmente una elección adelantada para sucederlo (Campion-Smith y Whittington, 2008).

Esto, en definitiva, dejó en claro que, si bien Stéphane Dion había ya anunciado su retiro como líder liberal, tal anuncio se había dado bajo presión, debido a que no contaba con los recursos económicos suficientes para salvar su gestión. Aunado a ello, la carrera anticipada para sucederlo daba inicio en medio de la peor crisis de desorganización partidista, hecho que estimuló aún más la división y el encono entre los liberales (Dryden, 2010: 109).

Mientras todo esto sucedía, el Parlamento inició sus trabajos el 18 de noviembre de 2008, y de inmediato sorprendió la nueva propuesta de ajustes fiscales elaborada por el gobierno conservador en voz de su ministro de Finanzas, Jim Flaherty, quien presentaría un proyecto de reducción de impuestos que al principio fue bien recibido por la oposición en su conjunto, incluyendo a su aún líder Stéphane Dion. Este proyecto promovía una extensa gama de recortes tributarios en diversos bienes y servicios; sin embargo, dentro del paquete fiscal también se incluía un plan para prohibir las huelgas de funcionarios públicos y el fin de los subsidios trimestrales a los partidos políticos, los cuales otorga la federación después de cada ejercicio electoral. Al mismo tiempo, dicho plan limitaba la cantidad de recursos económicos que podían recibir los partidos políticos de parte de donadores particulares, restringiendo las contribuciones a mil cien dólares canadienses al año por cada individuo, lo cual ponía en grave riesgo la existencia de los partidos políticos en Canadá, excepto al Partido Conservador, ya que la eficiente maquinaria *tory* de donaciones particulares superaba por mucho a la del resto de sus contendientes políticos. Así pues, por ejemplo, a finales de 2008, mientras el Partido Liberal contaba con 30890 donantes, el Partido Conservador casi cuadruplicaba esta cifra, con 112 184 donantes (Dryden, 2010: 111-112).

En este sentido, la propuesta de Jim Flaherty establecía eliminar el subsidio de 1.95 dólares por cada voto recibido a los partidos políticos, siempre y cuando obtuvieran al menos el 2 por ciento de la votación. Dicho plan fue considerado por toda la oposición como un intento por limitar sus fondos, y una amenaza a la supervivencia misma de las nuevas agrupaciones partidistas y a la existencia de otras en el futuro.

Frente a este escenario, la oposición encabezada por Stéphane Dion decidió aceptar la propuesta de Jack Layton, líder del Partido Neodemócrata, para derribar —con el apoyo del Bloque Quebequense— al minoritario gobierno conservador mediante una moción de falta de confianza. Así, la oposición se encontraría en posibilidades de conformar un gobierno federal de coalición por primera vez en la historia de Canadá.

Para garantizar el cabal cumplimiento de este acuerdo, los tres líderes opositores dieron a conocer ante los medios del país (el 1° de diciembre de 2008), un documento por medio del cual comunicaban a la gobernadora general Michaëlle Jean su intención de conformar un gobierno de coalición, toda vez que la propuesta contaba con la mayoría parlamentaria. Este insólito gobierno coaligado dejaría en manos de los neodemócratas a seis de los veinticuatro ministerios federales, mientras que los diecisiete restantes, incluido el Ministerio de Finanzas, quedarían administrados por el Partido Liberal. Dicho acuerdo entre liberales y neodemócratas expiraría el 30 de junio de 2011, quedando el camino libre a partir de esa fecha para convocar a nuevas elecciones federales (CBC News, 2008).

Es importante señalar que el papel del Bloque Quebequense en este gobierno de coalición se limitaría a no impedir ninguna propuesta parlamentaria durante un lapso de dieciocho meses a partir de su firma. De manera paralela, Stéphane Dion se comprometía a traspasar el cargo de primer ministro al nuevo líder del Partido Liberal surgido de la convención de mayo de 2009. Este acuerdo relámpago generó, en un principio, un apoyo uniforme entre los tres candidatos a dirigir al partido: Bob Rae, Michael Ignatieff y Dominic LeBlanc.

El día 3 de diciembre de 2008, después de que el primer ministro conservador emitió un mensaje a la nación reafirmando su postura de mantenerse en el poder, Stéphane Dion hizo lo propio señalando las graves fallas de la actual administración en tiempos de crisis económica mundial, e intentó explicar y convencer a una ciudadanía poco enterada respecto de cómo funcionan las coaliciones en otras democracias parlamentarias. “Las coaliciones son normales y son una práctica común en muchas partes del mundo, con resultados exitosos. Funcionan con ingredientes muy simples: consenso, buena voluntad y cooperación. El consenso es un gran valor canadiense. Con este espíritu, nosotros los liberales nos hemos unidos con el Partido Neodemócrata y lo hemos hecho porque consideramos que

podemos hacer más por los canadienses a través de la cooperación que del conflicto” (Dien, 2008).

Sin embargo, debe señalarse que el grave problema al que se enfrentó el mensaje de Stéphane Dion fue que estaba programado para salir al aire inmediatamente después del mensaje del primer ministro conservador Stephen Harper, pero como no estuvo listo para su transmisión se demoró poco más de treinta minutos, por lo que perdió audiencia masiva, ya que mucha gente optó por cambiar de canal y no esperar media hora a la respuesta liberal. Además, la calidad de la imagen del mensaje de Dion fue muy mala: fuera de foco, con una toma en primer plano del rostro de Dion muy cerca de la cámara, la que no favoreció la intención de su discurso. Estos detalles contrastaron con la profesionalidad técnica del mensaje del primer ministro conservador.³⁴ Debido a esta pifia,

[...]el destino de Dion se selló el 3 de diciembre, justo cuando naufragó en su mensaje televisivo después del mensaje [del primer ministro] Harper. Su oficina envió tarde el video para su transmisión, y la grabación se vio totalmente *amateur*. Se notaba que Dion había estado trabajando directamente en el texto sin tiempo suficiente para hacer un trabajo de edición y grabación profesional, de modo que cuando el equipo no funcionó apropiadamente, la grabación tuvo que ser hecha con la cámara de un teléfono celular (Flanagan, 2009a: 324).

Después de transmitido a todo el país (el día 3 de diciembre), se filtró la información de que el propio Dion comenzó a grabarlo tan sólo una hora antes de su emisión. El problema se originó porque Dion tenía que grabar dos mensajes, uno en inglés y otro en francés, pero la alocución en francés fue repetida cuatro veces por el mismo Dion frente a la cámara. Éste fue el motivo que retrasó la grabación, edición y entrega del video a las principales cadenas televisivas del país, algunas de las cuales tuvieron que alargar durante más de treinta minutos sus programas para esperar la llegada del mensaje liberal. Otras cadenas, ante la falta del video, simplemente decidieron concluir su transmisión especial y seguir con la programación cotidiana.

Toda esta confusión provocó que los líderes del Partido Neodemócrata (Jack Layton) y del Bloque Quebequense (Gilles Duceppe) decidieran improvisar sendos mensajes en vivo respaldando la coalición y su intención de gobernar bajo esa modalidad. Esto sucedió una vez que sus contrapartes liberales no les podían explicar por qué el video de Dion no había salido aún al aire. Esta última filtración de información generó nuevos argumentos de las élites liberales en contra de Dion, pues lo acusaron de que la entrega tardía del video y su mala calidad distrajeran la atención del verdadero mensaje.

³⁴ Para un comparativo entre ambos videos véase Harper y Dion, 2008.

No obstante lo anterior, Stéphane Dion siguió adelante con el plan de crear un gobierno de coalición, contando aún con el supuesto apoyo de su partido y con el respaldo del Partido Neodemócrata y el Bloque Quebequense. Dion dejó en claro que emitiría un voto de falta de confianza al primer ministro a partir de la primera intervención de la oposición en la Cámara de los Comunes (programada para el día lunes 8 de diciembre). Esta acción obligaría a la gobernadora general a transmitirle el cargo de primer ministro de un gobierno de coalición, ya que Dion fungía como líder de la fracción parlamentaria opositora. Sin embargo, para cumplir su cometido, Dion debía aguardar el regreso de la gobernadora Jean, que se encontraba en medio de una gira de trabajo por Europa.

Por su parte, fueron tres las opciones a las que se enfrentaba la gobernadora general. La primera era disolver el Parlamento y convocar a un nuevo periodo electoral federal, situación que sería muy complicada pues el nuevo gobierno llevaba sólo dos semanas en funciones. La segunda opción era pedir la renuncia al primer ministro y entregar el poder al líder de la oposición en la Cámara de los Comunes. Por último, la tercera era emitir una prórroga parlamentaria hasta que existieran nuevas condiciones de gobierno, hecho que favorecería al gobierno conservador, pues lo mantenía en el poder por decreto de la representante de la Corona.

Consciente de estas opciones y con la premura del tiempo que corría en su contra, el primer ministro conservador Stephen Harper se adelantó a la moción de censura anunciada por Dion, y aprovechando el regreso adelantado de la gobernadora general (el día 4 de diciembre), concertó una cita para pedirle a ella una prórroga de actividades parlamentarias (hasta el día 26 de enero de 2009), y así dar tiempo a su gobierno para presentar una nueva propuesta fiscal. Con ello, el gobierno conservador tendría la oportunidad de revisar las fallas de la primera entrega del paquete presupuestario, y lo más importante, daría un golpe político mortal a la figura de Stéphane Dion, ya que sería muy difícil que siguiera adelante tras el fiasco del video presentado un día antes. Además, con la prórroga, la gobernadora general ignoraría la solicitud expresa de Dion de disolver el Parlamento.

Todo lo anterior no solamente evitó la caída del primer ministro conservador Stephen Harper, sino también provocó la salida abrupta de Stéphane Dion como líder liberal, toda vez que al interior de su partido, la alianza puesta en marcha con neodemócratas y con la venia del Bloque Quebequense fue un hecho que terminaba poniendo en riesgo el *statu quo* de las élites del país. En este sentido, “el reto político [para los conservadores] fue obtener el voto aprobatorio de los liberales respecto del proyecto presupuestario, decisión que los separaría del Partido Neodemócrata y el Bloque Quebequense, resquebrajando así la coalición opositora” (Flanagan, 2009a: 324).

De esta manera, la aprobación de la gobernadora general a la solicitud expresa del primer ministro *tory* en el sentido de suspender actividades parlamentarias sig-

nificó en los hechos aplastar la coalición opositora, ya que Stéphane Dion no estaría en posibilidades de contener la presión interna en su contra. Las críticas hacia el líder liberal se hicieron más agudas; resultó paradójico incluso que las más fuertes se generaran precisamente desde el interior de su propia agrupación partidista, ya que estas diatribas en su contra se propagaron tal y como lo expresó John Manley, exministro de Finanzas durante la administración de Chrétien al señalar: “Como liberal, considero que el primer paso para mi partido es reemplazar a Stéphane Dion como líder, por alguien más cuyo principal trabajo sea reconstruir el Partido Liberal en lugar de encabezar una coalición con el Partido Neodemócrata” (Now Public s.f.). Inclusive el propio Manley iría más allá al afirmar que el intento de Dion por asumir el cargo después de haber sido derrotado en las elecciones anteriores, era en sí mismo en un delirio.

Así, mientras liberales reconocidos a nivel nacional vertían este tipo de comentarios, las cúpulas partidistas exigieron su dimisión inmediata, lo que se constituiría, en los hechos, en una especie de “golpe de Estado” desde las élites en contra de su propio líder. Ante tales niveles de rechazo cupular, Stéphane Dion hizo pública su renuncia el día 8 de diciembre de 2008. Mientras, Michael Ignatieff y Bob Rae aceleraban negociaciones para adelantar la llegada de una nueva dirigencia al partido (Canada.com, 2008c).

Ese mismo día, Dominc LeBlanc, uno de los tres aspirantes, decidió declinar a favor de Michael Ignatieff quien, por cierto, insistió en designar al nuevo líder mediante una votación cerrada entre los setenta y siete diputados y los cincuenta y ocho senadores liberales del Parlamento. Esto significaba que Ignatieff empujaría a una votación cerrada y cupular, ya que era consciente de que no gozaba de las preferencias de las bases liberales ni de sus delegados provinciales. Esta postura contrastaba con la de Bob Rae, quien pidió un proceso más abierto en la designación del nuevo líder, e incluso señalaba: “Considero que está en el interés de cualquier personaje interesado en ejercer el liderazgo del partido, que se involucre a las bases a través de un proceso democrático” (CBC 2008b).

Sin embargo, la férrea negativa de las élites liberales para ampliar a las bases la designación del nuevo líder llevó a Bob Rae a declinar en favor de Michael Ignatieff, en un intento por no dividir aún más al partido. Tras la renuncia de Rae, la mayoría de las élites liberales dentro del Parlamento, ya fuera en el Senado o en la Cámara de los Comunes, decidieron imponer de facto a Michael Ignatieff como nuevo líder de su partido.

De esta forma, Ignatieff inició su gestión como líder liberal a partir del 10 de diciembre de 2008, con el dilema que representaba seguir adelante con un acuerdo que no compartía él ni las élites, en el sentido de crear un gobierno de coalición con el Partido Neodemócrata y el apoyo del Bloque Quebequense. Por consiguiente, la única opción que le quedaba a Ignatieff era clara: debía aceptar el presupuesto, y

con ello, respaldar al gobierno conservador, desechando así la moción de censura convenida con los otros partidos opositores en la Cámara de los Comunes bajo el liderazgo de Stéphane Dion.

Esta animadversión de las cúpulas para crear un gobierno de coalición tenía eco entre la mayoría de la población canadiense, pues fuera de la provincia de Quebec, los ciudadanos del resto del país no parecían estar de acuerdo con un gobierno coaligado entre liberales, izquierdistas socialdemócratas y separatistas quebequeses. De la misma manera, Michael Ignatieff nunca se mostró del todo como promotor de dicha idea entre sus allegados, mientras que Bob Rae sí llegó a expresarse como impulsor de la coalición (Brooks, 2012: 322). Incluso, en un intento por calmar la molestia de sus seguidores debido a la imposición cupular de Ignatieff, Bob Rae tuvo que afirmar: “Yo conozco a Michael Ignatieff, es una persona de buen juicio y un ser humano generoso... Él va a ser un gran primer ministro” (Harris, 2008).

En esta dinámica, la imposición de Ignatieff como líder del Partido Liberal, junto con la salida obligada de Stéphane Dion, dejaron en claro la existencia de graves problemas dentro de esta agrupación política, pues más allá de los errores cometidos por Dion, lo cierto era que se había impuesto desde las élites del partido a un líder que no era bien recibido por las bases liberales del resto del país.

Aunado a lo anterior, y pese a las estrategias empleadas por las cúpulas para despojar a Stéphane Dion de sus atribuciones conferidas en la convención nacional anterior, el propio Dion pasaría a la historia por ser el primer líder liberal que no logró alcanzar el cargo de primer ministro, inaugurando así una etapa en la que el Partido Liberal ya no fue visto por los canadienses como la opción natural de gobierno.

Finalmente, debe agregarse que para el caso de Stéphane Dion, son muchas las razones que ayudan a explicar su salida anticipada del liderazgo liberal. Su llegada fue más una manifestación de rechazo hacia Ignatieff que un acto de adhesión a su candidatura por parte de las bases. Además, la falta de recursos económicos suficientes, la carencia de un equipo fuerte que lo respaldara, la poca agresividad al inicio de su gestión, las malas estrategias de su Plan Verde, la nula respuesta ante los ataques a su persona provenientes de los conservadores, fueron todos factores que determinaron su futuro político en el corto plazo.

Sin embargo, pese a todo ello, la caída de Dion obedeció más a su intención de revolucionar el anticuado sistema político canadiense al intentar encabezar un gobierno de coalición. Esto fue lo que generó una profunda molestia e incomodidad en amplios sectores políticos y empresariales conservadores del país, incluido su partido, debido a que estos grupos no se encontraban dispuestos a aceptar un giro en la política y en la economía, pues implicaba mayores cargas fiscales para dar respuesta a las crecientes demandas sociales, como prometía su gobierno de coalición al lado de neodemócratas.

Así, debe agregarse que ante las críticas externas, Stéphane Dion tuvo que sufrir la disidencia al interior de su propia agrupación política, una vez que el ala conservadora del Partido Liberal se manifestara en desacuerdo con coger al lado de la izquierda canadiense. Por este motivo, en cuanto la gobernadora general decidió emitir una prórroga legislativa, estos mismos grupos cupulares liberales decidieron relevarlo de inmediato imponiendo a Michael Ignatieff, considerado por muchos como un político improvisado, miembro de una influyente y acaudalada familia de la época de la Rusia zarista.

En suma, resulta muy curioso saber que con la designación de Michael Ignatieff como cabeza del Partido Liberal, esta agrupación política decidió retomar vestigios del pasado, pues seleccionó a su líder, en pleno siglo XXI, de la misma forma y bajo los mismos parámetros cupulares en que los liberales del siglo XIX designaron a Wilfrid Laurier (Brooks, 2012: 322). Es decir, se acudió a un viejo pasado para legitimar un cuestionado presente.

LIDERAZGOS DESDE LA OPOSICIÓN: EL ANUNCIADO LIDERAZGO DE MICHAEL IGNATIEFF Y SU DRAMÁTICA CAÍDA (2008-2011)

La oficialización de Michael Ignatieff como líder del Partido Liberal se dio el 10 de diciembre de 2008. Sin embargo, es oportuno señalar que previamente, como líder de la bancada liberal durante la XXXIX Legislatura, Ignatieff contrastó con sus compañeros de partido por su adhesión personal a la política del gobierno conservador en lo relativo a prolongar la presencia militar canadiense en Afganistán. Al mismo tiempo, entre su círculo de colaboradores más cercanos llegó a trascender en un momento que él realmente no estaba de acuerdo con la idea de conformar un gobierno de coalición con la izquierda canadiense (CBC 2008g).

El nombramiento de Michael Ignatieff como líder liberal fue, en primera instancia, de carácter temporal, pues se pretendía no alterar el calendario de las próximas elecciones internas programadas para el mes de mayo de 2009. Hasta ese momento, los anteriores líderes interinos del Partido Liberal optaban por asumir un bajo perfil y mantenerse en el cargo sólo como una encomienda hasta la elección del nuevo líder.

Sin embargo, en el caso de Ignatieff quedaba claro que su nombramiento como líder del Partido Liberal planteaba objetivos ambiciosos en el corto plazo. En primer lugar, debía desarticular la posibilidad de encabezar un gobierno de coalición con el Partido Neodemócrata, y al mismo tiempo, encabezar una oposición que hiciera frente con éxito a un gobierno minoritario conservador. Del mismo modo, debía lograr una adecuada negociación del ejercicio presupuestario de 2009 con el gobierno *tory*, pues su continuidad dependía de ello.

Debe agregarse que la designación de Michael Ignatieff tenía el claro objetivo de alargar su gestión más allá de la convención liberal de Vancouver, de mayo de 2009. Lo anterior significaba romper con una larga tradición partidista en donde los líderes interinos se hacían a un lado, para dar paso al nuevo líder electo en convención. En estas circunstancias, Ignatieff, al ocupar de facto el cargo de líder del Partido Liberal, asumió al mismo tiempo el papel de líder de la oposición, que comenzaría a ejercer a partir del día 10 de diciembre de 2008. Ya en su primera conferencia de prensa como líder de la oposición, Ignatieff dejó entrever su posición respecto a la alianza opositora: “Estoy preparado para encabezar un gobierno de coalición, si eso es lo que la gobernadora general me pide que haga” (CBC 2008d). Por tanto, más allá del interés del partido o de la coalición conformada por su antecesor, Michael Ignatieff dejaba en claro que, en caso de encabezar un gobierno opositor, lo haría sólo por mandato de la gobernadora general y no para cumplir acuerdos partidistas. Sobresale lo ambiguo de la declaración, ya que precisamente la decisión de la gobernadora general en el sentido de otorgar una prórroga parlamentaria a solicitud expresa del primer ministro *tory* pretendía impedir la llegada de un gobierno coaligado, tal vez porque éste no correspondía a la tradición política del país.

Las negociaciones entre liberales y conservadores serían el único medio para evitar la inminente caída del gobierno *tory*; si sucedía algo así, podría darse la llegada al poder de una fracción con fuerte carga ideológica de izquierda, puesto que la fracción neodemócrata participaría en el nuevo gobierno de coalición. Por este motivo, Ignatieff comenzó rápidamente a desmarcarse de su antecesor: “[...] he sido claro con las cúpulas, ningún partido puede tener la confianza del país si deciden votar en contra de un presupuesto que ni siquiera han leído [...] Yo no estoy enterado de tener negociaciones con Harper. Él sabe dónde puede encontrarme si necesita alguna ayuda [...] nosotros estamos obligados [a brindársela]” (Ewing, 2008).

Más tarde, cuando se realizaron las negociaciones por el presupuesto entre liberales y conservadores, el ministro de Finanzas Jim Flaherty presentó un nuevo presupuesto más cercano a la realidad económica imperante en Canadá, sin mención alguna de eliminar subsidios públicos a los partidos políticos, y con la promesa de proteger y crear más empleos para los canadienses. Al respecto, Michael Ignatieff condicionó su apoyo al gobierno *tory* siempre y cuando presentara informes cuatrimestrales a la oposición en el Parlamento, en los cuales se detallara el origen y destino de los recursos públicos.

Así, luego de que el primer ministro conservador accediera a las peticiones liberales, Ignatieff anunció su respaldo total al presupuesto del gobierno *tory* para 2009, argumentando que estaba poniendo “a prueba” al primer ministro conservador y que, si no cumpliera sus promesas, la oposición en su conjunto emitiría un voto de falta de confianza para derribarlo del poder (Dryden, 2010: 117-118).

Pese a ello, las condiciones impuestas por Michael Ignatieff para aprobar el presupuesto del gobierno conservador parecían muy laxas, pues el hecho de que se informe sobre los gastos de gobierno, así como el destino de los recursos públicos, es algo muy común en el ejercicio parlamentario en Canadá. Por lo tanto, los condicionamientos liberales parecían más bien herramientas para salir del paso frente a las críticas de los demás partidos opositores, así como de unos cuantos diputados liberales del Parlamento, quienes se manifestaron en desacuerdo con la dirigencia y las decisiones de Ignatieff. A fin de cuentas, la aprobación del presupuesto para 2009 realizada el 28 de enero, significó una bocanada de aire puro para el gobierno conservador, lo que representó de facto el rechazo de Ignatieff a encabezar un gobierno de coalición, destruyendo así la alianza opositora en la Cámara de los Comunes. Ignatieff explicó así esta decisión ante la opinión pública: “Estamos poniendo este gobierno a prueba [...] Los canadienses no quieren otra elección, y están cansados de los juegos de los políticos. Han esperado mucho tiempo que realicemos acciones para mejorar la economía, pero les hemos fallado por anteponer nuestros intereses partidistas” (Clark y Taber, 2009). Con estas palabras, el nuevo líder liberal dio paso a una nueva etapa para su partido, que se caracterizaría por el dominio de los sectores más conservadores y tecnócratas.

Más allá de la molestia y decepción que causó el posicionamiento de Michael Ignatieff al interior de las filas neodemócratas y del Bloque Quebequense, por ignorar un acuerdo pactado entre sus líderes, la decisión de Ignatieff sirvió a los propósitos más conservadores del país, pues cerró el paso a la posibilidad de tener un gobierno de coalición en Canadá con un fuerte contenido social y más orientado hacia el cumplimiento de compromisos sociales. La imposición de Michael Ignatieff como cabeza del Partido Liberal llevó en sí misma una serie de contradicciones profundas, ya que su asenso evitó la llegada de su propio partido al poder y coadyuvó al mantenimiento de sus contrincantes conservadores en el gobierno.

Así, la forma en que se desarrolló y culminó este proceso al interior del Partido Liberal en el periodo 2008-2009 lo hace un estudio de caso muy interesante acerca de cómo puede manejarse la política en el Parlamento canadiense y cómo sus élites, ya sean liberales o conservadoras, terminan operando con los mismos propósitos, a fin de salvaguardar iguales valores como grupos oligárquicos enquistados en el poder.

Mientras las cúpulas partidistas tanto liberales como conservadoras llegaban a acuerdos generales en cuestión de días, un sector de ciudadanos politizados del país vieron en dichas prácticas una clara muestra de que el Partido Liberal tenía más en común con el Partido Conservador que con las causas de justicia e igualdad social. Muestra de ello son las encuestas que durante todo 2009 evidenciaron una disminución ligera pero constante en la intención de voto hacia el Partido Liberal,

lo que contrastó con la posición del Partido Conservador o del Partido Neodemócrata, los cuales mantuvieron su nivel de aceptación (ThreeHundredEight.com, 2011),

Específicamente en cuanto a la aprobación del presupuesto del gobierno conservador, la votación correspondiente en la Cámara de los Comunes se dio el 3 de febrero de 2009, con el aval de la mayoría integrada por los diputados liberales y conservadores, frente al rechazo de los representantes neodemócratas y del Bloque Quebequense. Es importante destacar que seis diputados liberales de las provincias de Terranova y Labrador decidieron no dar su apoyo al presupuesto por considerarlo desfavorable para su provincia, y la votación final quedó con doscientos once votos a favor y noventa y uno en contra (CBC 2009d). Con esta votación y en medio de aplausos y ovaciones se cerró el capítulo de la disputa parlamentaria por el presupuesto 2009 en Canadá, que involucró incluso de manera directa a la propia gobernadora general Michaëlle Jean como representante de la Corona británica.

Desde el inicio de sus labores como cabeza del Partido Liberal, Michael Ignatieff fue adoptando posiciones más coincidentes con el gobierno conservador en un gran número de asuntos de interés nacional, como su apoyo a la explotación y desarrollo de la industria de las arenas bituminosas en Alberta, al tiempo que rechazó patrocinar los Juegos Olímpicos de invierno de Vancouver con dinero federal. En suma, Ignatieff parecía seguir la vieja fórmula liberal de apoyar a los gobiernos *tories* hasta que cometieran un error (Flanagan, 2009a: 326).

El tema de la permanencia militar canadiense en Afganistán hasta después de 2011 (lo que podría considerarse la primera gran controversia entre Ignatieff y el primer ministro Harper en 2009), generó puntos divergentes entre ambos líderes partidistas. Incluso, durante la visita de Estado del presidente de Estados Unidos, Barack Obama a Canadá (febrero de 2009), Ignatieff aprovechó la oportunidad para reiterar su posición frente al mandatario estadounidense en el sentido de no mantener tropas en territorio afgano después del plazo originalmente convenido.

Esta estrategia buscó un impacto positivo mediático entre los ciudadanos canadienses porque Ignatieff quería diferenciarse de la postura oficial del gobierno conservador de Ottawa, el cual insistía en prolongar la presencia de las fuerzas militares canadienses en Afganistán, no obstante lo impopular que era el tema entre la población, debido, sobre todo, al número creciente de bajas. Si bien las tropas canadienses tuvieron presencia en Afganistán desde 2002, no fue sino a partir de 2006 que el reporte de militares caídos en acción fue ocupando mayores espacios mediáticos a nivel nacional. Por ejemplo, durante 2006, se pudieron contar treinta y seis soldados caídos en acción, más un diplomático; en 2007 fueron treinta bajas; en 2008, treinta y dos, y en 2009 se repitió la cifra de treinta y dos pérdidas (iCasualties.org, s.f.). Por esta razón, el tema de la presencia militar de Canadá en el

extranjero se ubicó como un asunto central en los debates nacionales, y comenzó a cuestionarse la pertinencia de mantener o no tropas en países inmersos en conflictos internos de carácter militar.

En un acto que terminaría por separar más al líder liberal respecto de la izquierda canadiense, llegó a trascender que Ignatieff, en un intento por distraer la atención y superar las críticas hacia su persona, manifestó su convicción de que las tropas canadienses debían extender su presencia en Afganistán más allá de los plazos conferidos originalmente. Durante su intervención en el Club Imperial de Toronto, afirmó: “¿Para qué estamos ahí desde el principio? Fue para preparar a los afganos para que pudieran defenderse a sí mismos [...] ser autosuficientes [...] hay aún más trabajo que hacer” (Taber, 2010a). Incluso, en otra parte del discurso, Ignatieff se dio tiempo de acusar al primer ministro conservador de ser muy suave al pretender que la misión fuera interrumpida de manera abrupta.

Con estas declaraciones, Michael Ignatieff no hizo otra cosa que reforzar la imagen que se tenía de él como un político proestadunidense, que cambiaba sus puntos de vista según el momento imperante, lo que significaba, además, una clara ausencia de convicciones sólidas. Desde luego que este tipo de discursos sorprendían a la opinión pública en general, ya que pocos meses antes Ignatieff se había manifestado en contra de extender la presencia militar canadiense en Afganistán, debido al creciente número de bajas en aquel país.

Debe llamar la atención el ímpetu y vehemencia de Ignatieff al momento de insistir en la necesidad de extender la presencia militar canadiense en territorio afgano. Fue tan firme la posición del líder liberal que llegó incluso a superar la postura oficial del primer ministro quien, aunque estaba a favor de continuar con la presencia militar canadiense en Afganistán, aún mostraba algunas reservas en cuanto a los tiempos precisos para mantener a sus tropas en aquel país (Ceasefire.ca, 2010).

Después de esto, la siguiente preocupación de Ignatieff se centró en legitimar su liderazgo a través de un voto unánime de los delegados liberales en la elección interna programada para finales de abril de 2009. Por eso, y con el propósito de lograr la cohesión, sobre todo después de los malos resultados electorales en los procesos federales previos, Michael Ignatieff logró presentar una candidatura unificada gracias al retiro de todos sus posibles contendientes. Así, la convención nacional de Vancouver (del 30 de abril al 3 de mayo de 2009) dio a Ignatieff la oportunidad de legitimar y extender su interinato, pues obtuvo en una sola ronda el 97 por ciento de los votos de los delegados.

Es importante señalar que en estas elecciones internas el número de votantes fue muy reducido, si se compara con los procesos internos previos, lo cual parece obedecer a que los delegados provinciales que no apoyaban a Ignatieff —al no tener otra opción de voto— prefirieron no asistir al evento con la finalidad de no legitimar,

con su participación y presencia, la imposición en los hechos de un candidato afín a los intereses de las élites más conservadoras del partido. Sólo así puede entenderse que a esta elección interna hayan asistido menos de la mitad de los cuatro mil ochocientos delegados que participaron en el proceso anterior, en noviembre de 2006 (Parliament of Canada, s.f.b). Uno de los acuerdos más sobresalientes del evento fue haber cambiado la forma tradicional en que los delegados de todo el país emitían su voto en una primera ronda. Es decir, en el nuevo esquema aprobado durante la convención liberal de 2009, denominado “un miembro un voto”, los delegados podrán emitir su voto de manera libre desde la primera ronda. Además, podrían sumarse como electores todos los miembros registrados del partido que desearan asistir a la convención, sin necesidad de ser delegados provinciales. Esto significó que, a partir de las siguientes elecciones internas del Partido Liberal, el voto de un delegado tendrá el mismo valor que el voto de cualquier miembro partidista presente en la asamblea.

De este modo, ya como líder electo del Partido Liberal, Michael Ignatieff retomó su estrategia como cabeza de la oposición en la Cámara de los Comunes para insistir en el tema de no extender la misión militar canadiense en Afganistán, para hacer contrapeso a su imagen pública de político proestadunidense, sobre todo después de que en 2006 Ignatieff mismo se había manifestado al interior de la Cámara de los Comunes como un activo diputado liberal en favor de mantener tropas de su país en Afganistán.

Junto con esta nueva postura, Michael Ignatieff intentó presionar al gobierno conservador a fin de disminuir el déficit presupuestario, señalando que el gobierno *tory* estaba perdiendo gradualmente el rumbo económico del país. Por esta razón, y ante la nula respuesta positiva a sus demandas por parte del gobierno, el líder liberal comenzó a amagar al primer ministro con la posibilidad de emitir un voto de censura a su gobierno, si es que éste no cumplía con sus demandas. No obstante, el gobierno conservador no se dio por aludido y continuó ignorando las amenazas de Ignatieff, hecho que generó nuevos conflictos entre el partido en el gobierno y la alta oposición liberal. Por este motivo, entre agosto y septiembre de 2009 comenzó a tratarse en los medios de comunicación la posibilidad de que la mayoría opositora (Partido Liberal, Partido Neodemócrata y Bloque Quebequense) pudieran adelantar elecciones para finales de año, en una especie de castigo en contra del primer ministro ya que éste, al no darse por aludido, manifestaba su actitud retadora hacia la oposición en la Cámara de los Comunes para que ésta adelantara las elecciones.

Así, Michael Ignatieff comenzó a hacer gestiones entre los liderazgos opositores para alcanzar un acuerdo mayoritario que hiciera posible lograr un voto de censura en contra del primer ministro en funciones. Sin embargo, el gran problema era que debía negociar y convencer a los mismos líderes (Gilles Duceppe del Blo-

que Quebequense y el neodemócrata Jack Layton) quienes pocos meses antes, se habían sentido traicionados por el nuevo líder liberal, precisamente cuando Ignatieff decidió no respetar el acuerdo firmado por su antecesor (Stéphane Dion) para alcanzar un gobierno coaligado con el Partido Neodemócrata.

En tales circunstancias, Ignatieff decidió poner en marcha una estrategia ante los medios de comunicación, en la cual insistía en que el gobierno conservador tenía las horas contadas; el líder liberal hacía esto sin tener acuerdo alguno con los otros dos líderes opositores. Esta dinámica dio inicio el 1° de septiembre de 2009, cuando en medio de una reunión liberal nacional, Ignatieff se plantó frente a la prensa que cubría el evento y de manera improvisada lanzó la frase: “El tiempo [del primer ministro] Harper terminó. Nosotros, desde el *caucus* liberal, hemos determinado dejar de apoyarlo” (Dryden, 2010: 140).

Lo anterior envió el mensaje claro a la opinión pública de que el Partido Liberal ya se encontraba enfilando su estrategia rumbo a una elección adelantada, pese a la ausencia de un acuerdo formal entre los partidos de oposición. Esta actitud confrontadora de Ignatieff buscaba alinear a los otros dos partidos opositores a su lado para empujar juntos rumbo a una elección adelantada. El principal problema era que varias casas encuestadoras afirmaban que ningún partido se encontraba en posibilidades de alcanzar el 40 por ciento necesario para conformar un gobierno mayoritario, sin contar que la mayoría de la población veía innecesario poner en marcha un nuevo proceso electoral en tan poco tiempo (Dryden, 2010). De manera paralela, la izquierda canadiense neodemócrata no dio muestras de pretender sumarse a la estrategia liberal de adelantar elecciones.

En este estado de cosas, la ofensiva de Ignatieff para impulsar un voto de censura en contra del gobierno, no encontró apoyos suficientes al interior de la Cámara de los Comunes, y él y su partido se quedaron sin la fuerza necesaria en el Parlamento. El fracaso de la estrategia liberal se concretó el 1° de octubre de 2009, cuando en plena sesión parlamentaria, el líder neodemócrata Jack Layton señaló que sus treinta y siete diputados se abstendrían de emitir un voto de censura en contra del primer ministro conservador.

Ante eso, el Partido Liberal, con el apoyo del Bloque Quebequense, sólo pudo alcanzar ciento diecisiete votos a favor de su propuesta para lograr un voto de censura en contra del gobierno *tory*, mientras que el Partido Conservador obtuvo ciento cuarenta y cuatro votos en contra. De esta manera, las cuarenta y siete abstenciones, entre las que se incluía el voto neodemócrata y el de algunos diputados liberales y quebequenses, impidieron la convocatoria a elecciones anticipadas (CBC 2009e).

A partir de esta derrota parlamentaria, la imagen de Michael Ignatieff fue decayendo de manera acelerada, pues se le consideró como un político oportunista, poco hábil en el manejo de los tiempos y sin interés en los problemas de la gente, debido a

sus intentos por llamar a elecciones en medio de un proceso económico delicado en Canadá. Esto provocó que la intención de voto hacia su partido experimentara una caída gradual y sostenida, de la que ya no lograría recuperarse durante el resto de su gestión.

De hecho, encuestas levantadas durante la primera quincena de noviembre de 2009 por Nanos Research Poll³⁵ manifestaron una tendencia cada vez más preocupante para el Partido Liberal, ya que mientras el primer ministro conservador contaba con el 29.3 por ciento de la confianza de los encuestados, Michael Ignatieff había caído a un 10.9 por ciento, en tanto el líder neodemócrata, Jack Layton, alcanzaba el 16.4 por ciento. Asimismo, mientras el primer ministro conservador gozaba de una aprobación del 30 por ciento como líder con visión a futuro, Michael Ignatieff se hundía a un 14.8 por ciento (Nik on the Numbers, s.f.). La explicación para esta caída en su imagen puede encontrarse en su forzada intención por adelantar elecciones sin motivos de peso. Incluso el exdiputado liberal Ken Dryden afirma:

[...] el pueblo no quería otra elección. [Los ciudadanos] rechazaron a Ignatieff tal y como habían rechazado antes a Dion, pero ahora era peor. Dion era más fácil de rechazar y difícil de elegir, pero por su propia timidez y su estilo de incomodidad, era en cierta medida agradable. Pero si a alguien no le gustaba Ignatieff, [daba la impresión de que de ese alguien] querría lastimarlo [...] ¿Pensaban que setenta y siete asientos era algo malo [con Dion]? ¿Qué tal les suenan cuarenta [con Ignatieff]? (Dryden, 2010: 140).

De esta manera, la situación adversa para el Partido Liberal fue generando inconformidad al interior del partido respecto a la forma en que Ignatieff venía ejerciendo su liderazgo, ya que se le consideraba un personaje desprovisto de buenos asesores, lleno de soberbia y malas decisiones. El inicio de sus problemas se dio incluso desde antes de su ascenso como líder liberal, pues a nivel mediático se sobredimensionó su figura académica y proyectó una imagen muy similar a la de Pierre-Elliot Trudeau. Sin embargo, ya en la práctica política, Ignatieff tuvo que batallar con sus antecedentes proestadunidenses —respecto a las intervenciones en Irak y Afganistán—, lo cual fue alejándolo de la opinión pública frente a los problemas internos.

Quizá una de las manifestaciones de mayor rechazo hacia Michael Ignatieff al interior del Partido Liberal fue la carta de Janine Kriber, académica de la Universidad Laval, miembro del partido y esposa de Stéphane Dion. En este documento, hecho público a través de redes sociales en noviembre de 2009, Kriber afirmó que los miembros del partido habían sido engañados por Michael Ignatieff y que podrían haber evitado tal engaño tan sólo de haberse tomado el tiempo para leer sus escri-

³⁵ Nanos Research Poll es la casa encuestadora oficial de CTV News, *The Globe and Mail*, *Canada's National Newspaper* y *Policy Options Magazine*, entre otros.

tos académicos. “[Kriber] también dijo que el partido pagaría las consecuencias por negarse a conformar una histórica coalición de izquierda en un intento por quitar del poder a los conservadores el pasado diciembre” (Banerjee, 2009).

En esta misiva, Kriber expuso que estaba convencida de que el trato dado a Jean Chrétien por parte de Paul Martin y su administración había significado el inicio del fin para el Partido Liberal. Al mismo tiempo, responsabilizó a las élites liberales de Toronto por ser partícipes de la situación imperante, al no aceptar el 26 por ciento del voto popular durante el liderazgo de Dion, y ser muy permisivas con el 23 por ciento de intención de voto bajo el liderazgo de Ignatieff. Lo más sobresaliente de esta carta (la cual, por cierto, fue bajada de la página de Kriber al día siguiente, pero cuya constancia es de pleno dominio público a través de diversos sitios web), es que a través de ella la autora logró retratar con dureza la precaria realidad partidista, proyectando y previendo incluso una debacle liberal histórica en el corto plazo.³⁶

Si bien, fuentes cercanas a Stéphane Dion señalaron que él mismo no tuvo nada que ver con la elaboración y difusión del documento de su esposa, la negativa de responder por parte de las cúpulas partidistas puso de manifiesto la existencia de sectores disidentes al interior del Partido Liberal, los cuales irían expresando cada vez menos su apego al nuevo líder y a sus decisiones.

Después de estos duros golpes fue evidente que Michael Ignatieff debía establecer una nueva estrategia basada en el constante asedio al gobierno conservador, y al mismo tiempo, tratar de ganar la confianza del Partido Neodemócrata y de su líder Jack Layton, ya que sin el apoyo de éste y los votos de su partido, cualquier estrategia futura sería estéril debido a la restringida cantidad de diputados liberales en la Cámara Baja canadiense. Por lo tanto, era urgente para Ignatieff alcanzar acuerdos comunes con Jack Layton, pues muchos liberales comenzaban a cuestionar su nula capacidad para convencer a la izquierda de superar el pasado inmediato y encarar juntos la amenaza que representaba un gobierno conservador de mayoría. Esta alianza opositora se hacía necesaria para estar en condiciones de enfrentar con mayores posibilidades de éxito al gobierno de Stephen Harper que, dicho sea de paso, iba fortaleciendo más y más su posición, gracias a la poca cohesión entre las fuerzas políticas opositoras al interior de la Cámara de los Comunes.

Así, quedaba claro que para alcanzar una nueva etapa de colaboración y confianza entre los partidos de oposición, Michael Ignatieff debía hacer olvidar con acciones contundentes que su primera tarea como líder liberal había sido romper un acuerdo con los otros líderes opositores para destituir al gobierno conservador, el cual, una vez alcanzado su fin de mantenerse en el poder, no tuvo reserva alguna en incumplir los acuerdos alcanzados de manera previa con Ignatieff.

³⁶ Para una lectura completa del documento referido, véase Star, 2009.

Debe recordarse que para que pudiera presentarse el Discurso del Trono de enero de 2009, Michael Ignatieff llegó a un acuerdo con el primer ministro conservador Harper en cuanto a reconocer su plan presupuestario, pero con la condición de que el gobierno *tory* presentara informes trimestrales al pleno de la Cámara de los Comunes. Sin embargo, la propia dinámica parlamentaria hizo que la solicitud de Ignatieff pudiera ser ignorada por el primer ministro, pues de una u otra forma este tipo de ejercicios se encuentran presentes de manera permanente en las discusiones partidistas dentro de la Cámara Baja canadiense. Lo anterior hacía que su formalización y presentación trimestral o cuatrimestral, tal y como lo había exigido Ignatieff, fuera un evento superfluo que fácilmente podía ignorarse desde el gobierno conservador, ya que no existía ninguna ley que lo obligara.

El líder liberal tenía que encontrar los caminos para acercarse al sector neodemócrata del Parlamento y así coordinar esfuerzos y enfrentar con mayores posibilidades al gobierno conservador. Por este motivo, durante el periodo de receso parlamentario del 30 de diciembre de 2009 al 3 de marzo de 2010, Michael Ignatieff organizó una serie de encuentros con los líderes del Bloque Quebequense y del Partido Neodemócrata para conformar una oposición coordinada que debilitara al gobierno *tory*, argumentando su incumplimiento de transparencia en materia económica y presupuestaria.

Sin embargo, cuando estos esfuerzos comenzaban a tomar forma, surgió a la luz pública el escándalo de presuntas torturas a prisioneros talibanes por parte de tropas canadienses desplegadas en Afganistán. Aunado a lo anterior, el probable encubrimiento de dicha información por parte del gobierno volvió a poner en el centro del debate el tema de la presencia militar de Canadá en aquel país. Esta situación descarriló las negociaciones al interior de los partidos opositores, ya que Michael Ignatieff dejó clara su posición al apoyar la permanencia militar de Canadá, con lo que hizo coincidir de nueva cuenta su discurso con el del primer ministro conservador. No obstante, se acordó crear una comisión investigadora del Parlamento, con el fin de llegar al fondo del asunto.

Por este motivo y previendo una intensa actividad parlamentaria en contra de la decisión unilateral del primer ministro, éste solicitó (el día 30 de diciembre de 2009) a la gobernadora general Michaëlle Jean, una nueva prórroga parlamentaria prevista hasta el 3 de marzo de 2010. El argumento en esta ocasión fue la celebración de los Juegos Olímpicos de invierno "Vancouver 2010". La solicitud fue aceptada de inmediato por la gobernadora general, lo cual provocó la molestia de todos los partidos opositores, quienes afirmaban que la verdadera intención de esta nueva prórroga era interrumpir las investigaciones del comité parlamentario encargado de revisar el caso de las torturas en Afganistán, así como el presunto encubrimiento de estos sucesos ante la opinión pública por parte del gobierno conservador (Dryden, 2010: 142).

Ante el cúmulo de críticas desatadas por esta nueva suspensión de actividades en el Parlamento canadiense, y con el ánimo de coincidir con los otros dos líderes opositores, Michael Ignatieff declaró ante los medios de comunicación del país: “[La prórroga] es acerca de una cosa solamente: es para evitar el escrutinio parlamentario, justo en el momento en que este gobierno se encuentra cuestionado respecto a sus conductas de encubrimiento en el escándalo de los detenidos. [El primer ministro] está demostrando su indiferencia ante las instituciones democráticas de nuestro país” (Whittington, 2009).

Este tipo de discursos por parte de Ignatieff no tenían el resultado ni el impacto esperado, ya que a diferencia de sus contrapartes del Bloque Quebequense y del Partido Neodemócrata (Gilles Duceppe y Jack Layton), el líder liberal había decidido apoyar la extensión de la presencia militar canadiense en Afganistán por tres años más, coincidiendo de nueva cuenta con el gobierno conservador. Lo más delicado del asunto radicaba en que el propio Ignatieff había declarado su apoyo para mantener a las tropas en aquel país, sin al menos haber logrado un consenso al interior de su propio partido.

Sin embargo, pese a este tipo de ambigüedades, la prórroga parlamentaria decretada por la gobernadora general, a petición del primer ministro conservador, generó una serie de protestas en varias ciudades canadienses durante la tercera semana de enero de 2010. El motivo principal que provocó esta molestia entre los sectores canadienses más politizados fue la percepción de que, si bien esta suspensión parlamentaria era constitucional, su puesta en marcha era un evento excesivo e innecesario. De tal forma, este contexto de protestas callejeras fue lo que hizo que el líder liberal intentara reactivar las coincidencias entre su persona y los otros líderes de la oposición: los medios de comunicación mostraron por primera vez la imagen del elitista Ignatieff rodeado de gente común en la calle dirigiendo un mensaje que coincidía con el de los demás líderes opositores.³⁷

Esta respuesta favorable de la gente en torno a una causa común impulsó a Ignatieff a redactar y presentar un escrito público a través de su cuenta en la red social Facebook, en el cual invitaba a la población a unirse a las protestas y a establecer líneas de acción en común, sin distinción de colores partidistas (Ignatieff, 2010). Como una manifestación de esta estrategia, el Partido Liberal y el Partido Neodemócrata decidieron retomar sus labores dentro del Parlamento, no obstante que éste se encontrara cerrado debido a la prórroga impuesta desde el gobierno conservador.

Con esta actitud, se intentó enviar una señal ante la opinión pública en el sentido de que los partidos de oposición podrían superar sus anteriores diferencias en

³⁷ Para mayor información al respecto, véase Brown y Delacourt, 2010.

favor de nuevos objetivos, para así sumar fuerzas en contra del cada vez más poderoso gobierno conservador. Sin embargo, este esfuerzo entre liberales y neodemócratas se diluiría rápidamente al darse a conocer que los miembros del Partido Liberal dejarían de trabajar en el Parlamento durante la celebración de los Juegos Olímpicos de invierno para poder asistir a los eventos deportivos con boletos obsequiados por el gobierno conservador y pagados por los contribuyentes. Esta decisión generó una nueva divergencia entre miembros de ambos partidos, sobre todo, después de que el líder neodemócrata Jack Layton señalara que todos los miembros de su partido adscritos al Parlamento no aceptarían las entradas a los eventos y que, de asistir, lo harían en todo caso a título personal como cualquier ciudadano canadiense, es decir, con recursos propios y no públicos.

Otro elemento que vino a sumarse a la serie de divergencias entre liberales y neodemócratas fue la negativa de Ignatieff a apoyar una propuesta de Layton que buscaba limitar las capacidades de los futuros primeros ministros en su facultad para solicitar prórrogas parlamentarias. Lo anterior obedecía a que, tal y como se ha señalado con anterioridad, Ignatieff se veía a sí mismo como un potencial primer ministro y no se encontraba dispuesto a renunciar a sus prerrogativas parlamentarias, en caso de asumir el poder.

Una vez reanudadas las actividades del Parlamento el día 3 de marzo de 2010, los tres partidos de oposición buscaron aprovechar la animadversión popular que había generado la prórroga parlamentaria para presionar al gobierno conservador a fin de que revelara toda la información del papel de las fuerzas armadas canadienses en los casos de torturas contra combatientes afganos. En esta situación, la fracción opositora dentro de la Cámara de los Comunes solicitó a través de su líder formal (Ignatieff) una desclasificación de los documentos respectivos, alegando que no comprometían la seguridad nacional y, por otra parte, la solicitud se acogía a la libertad de información garantizada en la práctica constitucional canadiense.

Por este motivo, y ante la fuerte presión mediática, el gobierno conservador optó por negociar por separado con cada uno de los partidos de oposición, en un intento de dividirlos, eliminando de paso un probable llamado a elecciones adelantado antes del receso de verano en 2010. Como resultado de estas negociaciones, el gobierno *tory* redactó y presentó un documento el 16 de junio de 2010, a tan sólo dos días del inicio del receso parlamentario, por medio del cual los firmantes se comprometían a integrar una comisión revisora y a designar un representante por partido, para así tener acceso a toda la información concerniente al tema de los abusos físicos en contra de detenidos afganos y su traslado a cárceles secretas.³⁸

³⁸ Para una revisión del documento titulado “Memorando de entendimiento sobre los documentos de los detenidos afganos”, véase Harper, *et al.*, 2011.

Cabe señalar que el nivel de discrecionalidad requerido por el gobierno conservador como condición para permitir a los representantes opositores revisar los documentos incluía una prohibición para hacer notas escritas en el lugar, además de que los miembros de la comisión debían cumplir con estrictos códigos de silencio, ya que se les obligaba a acatar y no cuestionar cualquier información revelada por el gobierno a la opinión pública, o incluso, a sus propias bancadas dentro del Parlamento.

Tales condiciones provocaron que la oposición canadiense no llegara de nueva cuenta a un consenso, pues Jack Layton se negó a firmar la propuesta conservadora, por considerar inaceptables las mencionadas restricciones. Esto dejó solos a Michael Ignatieff y al líder del Bloque Quebequense (Gilles Duceppe), quienes con su firma avalarían el acuerdo propuesto por el gobierno, que sería conocido a partir de entonces como “Memorando de Entendimiento”; en él, la oposición liberal y quebequense se obligaba a guardar secreto de todo lo encontrado en las revisiones de la comisión, dejando a las autoridades judiciales nacionales e internacionales los dictámenes y juicios respectivos. Esto se concretó a pesar de la molestia y la exigencia por parte de sectores politizados de la sociedad civil canadiense, que demandaban claridad y transparencia pública en dichos reportes.

En este sentido, y sólo para dimensionar las características del acuerdo, debe subrayarse que los miembros de la comisión aceptaban y garantizaban por medio del apartado 13, fracción 8, el cumplimiento de todos los puntos descritos, incluso aún después de la disolución del cuadragésimo Parlamento en funciones.

Con la aceptación de estos términos, de nueva cuenta se puso de manifiesto que Michael Ignatieff no se encontraba dispuesto a ceder ante las demandas del Partido Neodemócrata, pero sí lo hacía ante las condiciones del gobierno conservador, situación que en los hechos terminó alejando cada vez más a liberales y neodemócratas en la búsqueda por alcanzar estrategias opositoras comunes para hacer frente al Partido Conservador en el poder. Con dichas características alrededor de su gestión como líder de toda la oposición en la Cámara de los Comunes, Michael Ignatieff fue desarticulando sus propias capacidades políticas, pues durante todo el año 2010 había sido evidente un empeoramiento en las relaciones entre el Partido Neodemócrata y el Partido Liberal.

De esta forma, las críticas neodemócratas que cuestionaban las decisiones de Ignatieff como líder de los intereses opositores en el Parlamento terminaron debilitando su figura a nivel nacional. Esta percepción pública de que la oposición se encontraba fragmentada en tres partidos que difícilmente llegaban a acuerdos provechosos para la ciudadanía, y peor aún, que se encontraba abiertamente enemistada (neodemócratas y liberales), se reforzaría una vez que el propio Partido Neodemócrata dio a conocer, a través de su página web, una lista detallada en donde se demos-

traba que Michael Ignatieff había faltado al 70 por ciento de las votaciones dentro del Parlamento en su calidad de líder de la oposición durante el año 2010 (Mascoll, 2011). Pese a la seriedad de tal acusación, y en una actitud abiertamente displicente, Michael Ignatieff desestimó tales señalamientos, afirmando de forma lacónica que sus ausencias obedecían a compromisos fuera de la ciudad. En respuesta, el Partido Neodemócrata insistió en que la mayoría de dichas faltas no estaban justificadas frente al Parlamento, y que de ninguna manera podían explicarse las citadas ausencias legislativas. Este tema en particular, y sobre todo la actitud con la que Ignatieff abordó el asunto, terminó generándole un enorme costo político en el corto plazo.

Posteriormente, Michael Ignatieff decidió emprender una gira nacional en autobús durante el receso parlamentario del verano de 2010 (del 18 de junio al 19 de septiembre), pues intentaba así mejorar su imagen pública de político inconsistente, ambiguo y contradictorio, alejado de los intereses del ciudadano común. Desde el inicio de su gira, Ignatieff dejó en claro que su discurso sería más agresivo y directo en contra del primer ministro conservador, pues lo comparó con el diablo mismo al afirmar: “Se reconoce el tufo a azufre cuando él se acerca” (Lilley, 2010). Sin embargo, este tipo de ocurrencias le generaría severas críticas en Canadá, pues el presidente venezolano Hugo Chávez usaba diatribas similares al referirse a su homólogo estadounidense George W. Bush.

Durante esa gira de verano, conocida como Cross-Canada Tour, Michael Ignatieff concentró su discurso en promover una reforma a los planes de pensión y a cuestionar las políticas económicas del gobierno *tory*, pues lo tachó de insensible ante las necesidades de las clases medias. A través de una presencia mediática constante buscó generar aceptación entre el ciudadano común, justo cuando sus demás rivales políticos disminuían su actividad pública porque se encontraban en periodo de descanso veraniego. Sin embargo, de manera contraria a lo esperado, la imagen de Ignatieff en los medios de comunicación como producto de esta gira no reflejó un incremento en la aceptación de los electores hacia su partido, ya que, tal y como lo demostraban los datos levantados a nivel nacional por la casa encuestadora Harris/Decima (a finales de agosto de 2010), el nivel de aceptación del Partido Liberal y su líder apenas alcanzaba un 28 por ciento, frente a un 34 por ciento del Partido Conservador y su primer ministro (Gregg, 2010).

Estas cifras expresaban que el Partido Liberal había incrementado sus números sólo un 2 por ciento bajo el liderazgo de Michael Ignatieff, si se tomaban en consideración los resultados electorales de 2008 en que los liberales habían alcanzado el 26 por ciento de los votos. Así, el Cross-Canada Tour y sus encuestas inmediatas enviaron un claro mensaje al liderazgo liberal, en el sentido de que “Los conservadores tenían sólidas mayorías con sesenta de los trescientos ocho asientos, principalmente en zonas rurales y del oeste canadiense. El separatista Bloque

Quebequense generalmente obtenía al menos cuarenta de los setenta y seis asientos. Entonces, los liberales necesitaban más del 60 por ciento de lo que tienen para alcanzar un gobierno de minoría. Pero su organización partidista en Quebec ha sido un campo de batalla lamentable por años” (*The Economist*, 2010).

La razón de este limitado impacto positivo de Michael Ignatieff, sobre todo después de su intensa gira por todo el país, parecía obedecer a las contradicciones en sus posicionamientos manifestadas desde su ascenso como cabeza del Partido Liberal, pero también a su limitada capacidad para ofrecer respuestas convincentes en materia económica, ya que justo en esos momentos el Partido Neodemócrata había girado su discurso precisamente hacia ese rubro tan sensible para la opinión pública. Es decir, mientras Ignatieff hablaba de reformar los planes de pensiones, el debate nacional propuesto por Jack Layton se centraba en ofrecer propuestas de carácter económico a las clases medias canadienses, las cuales se encontraban temerosas de una nueva recesión.

A fin de cuentas, quizá la mayor contribución de la Cross-Canada Tour fue precisamente servir como un simulacro de campaña electoral en la que, con Ignatieff como protagonista, pretendió sin éxito avasallar a sus contrincantes políticos, aunque éstos ni siquiera se tomaron el tiempo para defender ni contrastar sus planteamientos porque se encontraban de vacaciones y alejados de los medios de comunicación. También fue un ensayo para medir la capacidad de aceptación de Ignatieff entre la sociedad, pues era evidente que se aproximaba una nueva campaña electoral federal. Esta percepción era resultado de la estrategia política del gobierno conservador, ya que responsabilizaba a la oposición en su conjunto por la ausencia de acuerdos parlamentarios o económicos de trascendencia. Por lo tanto, las posibilidades de éxito de Ignatieff, en el corto plazo, se vislumbraban muy complicadas, debido a la poca confianza que despertaba su figura entre los votantes.

Una vez retomados los trabajos parlamentarios (a partir de la tercera semana de septiembre de 2010), los temas de debate giraron en torno al aborto, la reforma a los planes de pensión, acuerdos de libre comercio con otros países, prevención de pornografía infantil, ampliación de seguros médicos, archivos penales y de guerra, cambios en el esquema de los discursos del trono, entre muchos otros asuntos recurrentes. Así, entre esta serie de temas parlamentarios sobresaldría, con un bajo perfil en un principio, la intención de adquirir de forma directa y sin licitación sesenta y cinco aviones de combate F-35, asunto que fue dado a conocer por primera vez a mediados de 2010 por el diputado liberal Ujjal Dosanjh. Con el paso de las semanas, Michael Ignatieff se apropió de este tema y se lo adjudicó como bandera política debido al elevado costo que representaría para los contribuyentes la compra de los artefactos militares, sin contar que dicha adquisición se haría cuando el país se encontraba debatiendo la viabilidad de incrementar los fondos de pensión y los servicios médicos vigentes a través

del Medicare. Así pues, el debate parlamentario que dominaría el escenario político en los meses siguientes sería precisamente cancelar la compra de los artefactos militares, para redirigir tales recursos económicos a favor del Medicare.

Muy rápidamente (en octubre de 2010), el tema de la compra de los aviones F-35 ocupó importantes espacios en la prensa nacional, una vez que el primer ministro conservador señalara que Michael Ignatieff era un político que no se interesaba por la integridad física de los hombres y mujeres de las fuerzas armadas canadienses que se encontraban sirviendo al país en el exterior, de modo que su oposición a la mejora y modernización de equipo era una muestra de que los liberales no tenían ningún interés en dotar a las fuerzas armadas canadienses de mejor logística aérea para proteger a sus militares desplegados en tierra (Ibbitson, 2010).

Claramente, este debate pronto se identificaría como el más importante por sus alcances político-electorales en el mediano plazo, pues Michael Ignatieff intuyó que gracias a esto la oposición se integraría finalmente a su lado para derribar, mediante un voto de censura, al gobierno de minoría conservadora, situación que permitiría a la oposición convocar a nuevas elecciones generales. Un elemento más se agregaba al debate de los F-35: la auditora general Sheila Fraser afirmó que el posible gasto de los dieciséis billones de dólares canadienses por dichos aparatos militares conllevaba riesgos significativos en cuanto a la entrega y a los costos de fabricación, ya que el precio tendería a incrementarse con el paso de los años, tal y como había sucedido en los casos de Noruega, Holanda y Gran Bretaña, países que ya habían decidido tomarse un tiempo antes de confirmar la compra de los mismos aviones de combate a Estados Unidos. Fraser advirtió también que la adaptación de las aeronaves a las condiciones climáticas canadienses era un asunto que elevaría hasta en un 70 por ciento los costos originales del equipo militar adquirido, como había ocurrido en otras ocasiones. Si bien Fraser no utilizó un lenguaje acusatorio en esta ocasión en contra de funcionarios públicos, sí dejó en claro, desde su perspectiva, que los ministerios de Defensa y Obras Públicas habían subestimado la elevación en los costos de producción de las aeronaves para el corto plazo, hecho que garantizaba un incremento significativo para los contribuyentes (Chase, 2010).

Al mismo tiempo, justo cuando iba incrementándose el ambiente de encono entre el gobierno conservador y la oposición, la delegación canadiense al interior de la ONU sufría una dolorosa derrota el 12 de octubre de 2010, pues perdieron frente a Portugal el derecho a ocupar un asiento no permanente dentro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Este hecho, inédito en la historia política canadiense, irritó sobremanera al gobierno conservador, el cual acusaría y responsabilizaría de tal derrota a Michael Ignatieff, después de afirmar que el líder liberal había boicoteado con sus críticas, dentro de la Cámara de los Comunes, la candidatura canadiense en pleno proceso de votación al interior de la ONU.

Las acusaciones de Harper partían de la suposición de que Michael Ignatieff había señalado que, debido a los desaciertos de la administración conservadora en el plano internacional, Canadá no merecía ocupar un asiento en el Consejo de Seguridad. Esta acusación fue presentada en voz del propio ministro del Exterior de Canadá, Lawrence Cannon, a través de diversos medios de comunicación en todo el país.

Ante el nivel de acusaciones en su contra, y previendo el clima de linchamiento político y mediático hacia su persona, Michael Ignatieff tuvo que salir del paso y afirmar: “Niego cualquier presión en este caso [...] Canadá sí merece un lugar en el Consejo de Seguridad” (CBC 2010a). Lo más grave de estos señalamientos en contra de Ignatieff era que podían resultar muy negativos para la causa liberal en el corto plazo, ya que la participación de sus fuerzas armadas en misiones multilaterales ha llegado a ser un elemento identitario y de orgullo nacional en el imaginario colectivo canadiense.

Como era de esperarse, Michael Ignatieff fue el centro de los ataques conservadores, una vez que desde el gobierno fue creándose una imagen en la cual se mostraba al líder de la oposición liberal como un político descuidado en temas de seguridad interna y a quien no interesaba la integridad física de los soldados en servicio fuera del país. Se le señalaba también como un traidor a los principios multilaterales canadienses, ya que no le importaba debilitar a su propio gobierno frente a gobiernos extranjeros dentro de la ONU, todo con tal de medrar políticamente las derrotas del país a su favor, esto último, en clara alusión a la derrota canadiense para ocupar un asiento no permanente en el Consejo de Seguridad.³⁹

Así, Michael Ignatieff estuvo ante dos escenarios opuestos a finales de 2010. Por un lado, había sido capaz de coaligar a la oposición frente a un tema delicado a nivel nacional, como era el gasto sin licitación de dieciséis billones de dólares, en momentos de recortes presupuestarios en otros rubros sociales, situación que colocaba a Ignatieff como el interlocutor natural frente al primer ministro a nivel nacional. Pero, al mismo tiempo, la estrategia conservadora dirigida a menguar la imagen

³⁹ Es oportuno señalar que el revés de Canadá en la ONU obedecía más bien a la serie de posicionamientos asumidos por el gobierno conservador canadiense en diversos temas de carácter internacional en recientes fechas, como es su acercamiento a Israel, cuya primera consecuencia es la animadversión de los países de la Liga Árabe. Del mismo modo, sus coincidencias constantes con Estados Unidos —frente al resto de los países latinoamericanos— en asuntos hemisféricos no ha ayudado a reposicionar políticamente al gobierno canadiense frente a sus contrapartes dentro del continente americano. Estos dos asuntos explican por qué, al menos para los casos de los países musulmanes al norte de África, Medio Oriente y Asia y la mayoría de los países de América Latina, Canadá ha dejado de ser un candidato natural a ocupar tan delicada posición en el Consejo de Seguridad, pues su voz se ha convertido en un reflejo de sus contrapartes estadounidenses e israelíes. Para mayor información acerca del cabildeo efectuado por países latinoamericanos en contra de la candidatura de Canadá en dicho proceso, véase *The New York Sun*, 2012.

de Ignatieff iba cosechando éxitos, ya que la opinión pública hacia su persona no mostraba mejora alguna.

Para esos momentos, Ignatieff se encontraba consciente de lo mal lograda que estaba su imagen frente a los electores, y en una estrategia arriesgada, decidió apoyar de facto, mediante un acuerdo directo con el primer ministro el día 17 de noviembre de 2010, y sin el consentimiento ni consenso de la dirigencia partidista liberal, la extensión de la misión militar canadiense en Afganistán por tres años más.⁴⁰ Con este hecho, Michael Ignatieff asumía que su decisión personal era la posición oficial del Partido Liberal en su conjunto frente al primer ministro.

Este apoyo fáctico dividiría a las élites liberales, pues no todos compartían la visión de Ignatieff, ni mucho menos su estilo vertical para tomar decisiones importantes, ya que resultaba muy grave que muchos de los diputados y senadores liberales se hubieran enterado del asunto a través de la prensa.

En este mismo sentido, al interior del Partido Liberal llegó a trascender que la decisión de Ignatieff obedecía a que él mismo era consciente de que llevar ese tema y someterlo a votación interna habría significado su rechazo, pues la mayoría de los diputados liberales no compartían la posición de su líder (Taber, 2010b). Ahora, si bien Ignatieff ya había dado a conocer en junio su cambio de postura respecto a extender la misión militar canadiense en Afganistán, sí debe llamar la atención que haya decidido apoyar al primer ministro conservador, justo en momentos en que la relación entre ambos parecía más tensa.

Del mismo modo, tal y como era de esperarse, los dos partidos opositores, en este caso el Bloque Quebequense y el Partido Neodemócrata, no apoyaron la decisión del líder de toda la oposición en la Cámara Baja, y criticaron de nueva cuenta el estilo unipersonal del liderazgo de Ignatieff.

Más adelante, en pleno receso parlamentario de fin de año, Michael Ignatieff estableció de nueva cuenta una estrategia mediática agresiva en contra de sus adversarios políticos justo cuando se encontraban de vacaciones navideñas. Durante esta etapa, el líder liberal afirmó que 2011 sería un año de elecciones federales, y en este sentido su partido se manifestaba como la única opción real para quitar al gobierno conservador del poder, ya que —según él— votar por el Bloque Quebequense o por el Partido Neodemócrata sería inútil y equivaldría a votar por el primer ministro *tory*.

Durante una de estas entrevistas, al ser cuestionado sobre su decisión personal de apoyar al gobierno conservador para extender la misión militar en territorio afgano, Ignatieff insistió en que el primer ministro no había asumido con claridad su

⁴⁰ El regreso de las tropas canadienses procedentes de Afganistán estaba programado hasta ese momento para llevarse a cabo durante el mes de julio de 2011.

responsabilidad al respecto, dando a entender, así, que fue gracias al propio Ignatieff que el gobierno conservador había decidido finalmente mantener las tropas de su país por más tiempo en Afganistán (CTV News, 2010).

Con este tipo de declaraciones, el líder del Partido Liberal daba la impresión de haber comenzado de manera anticipada una campaña electoral en solitario, misma que ante la ausencia de contrincantes políticos, ofrecía su discurso como un ejercicio de monólogos con muchas preguntas y pocas respuestas, ya que utilizaba los mismos temas que había abordado durante su gira de verano.

Posteriormente, una vez puestas en marcha las actividades parlamentarias de 2011 (a partir de la tercera semana de enero), los temas que mayores debates generaron dentro de la Cámara de los Comunes fueron la adquisición de los aviones de combate F-35, la propuesta del gobierno federal para criminalizar a los consumidores y productores domésticos de plantas de marihuana (conocida como Bill S-10),⁴¹ así como también el plan del gobierno conservador para la construcción de cárceles de alta seguridad.

Respecto a la propuesta Bill S-10, lo que más atrajo la atención fue la intención del gobierno de aumentar las penas a productores domésticos de marihuana, lo que redundaría en mayores gastos al Estado, porque a mayor cantidad de gente consignada por delitos menores (como es la producción doméstica de plantas de *Cannabis*), aumentaría la necesidad de construir nuevas cárceles en todo Canadá, no obstante que los índices delincuenciales en el país mostraran tendencias a la baja. Por ello, no se justificaba la edificación de nuevos y modernos inmuebles carcelarios con cargo a los contribuyentes.⁴² Ignatieff encabezaría los esfuerzos opositores para exigir al gobierno conservador cuentas claras de todo el proyecto de ampliación carcelaria.

De esta manera, el 9 de febrero de 2011, el Partido Liberal hizo oficial su oposición a la propuesta conservadora Bill S-10, argumentando para ello dos razones. En primer lugar, la propuesta homologaba a los pequeños productores domésticos de marihuana con productores mayores, situación que podría llevar a miles de jóvenes canadienses (de entre dieciocho y veinticinco años) a pasar seis meses encarcelados por poseer en sus casas más de seis plantas de marihuana. El grave problema radicaba en que este tipo de castigo era equiparable con el que se aplicara a aquellos productores sorprendidos en posesión de doscientas plantas para su distribución y

⁴¹ La propuesta Bill S-10 fue presentada en el Senado el 5 de mayo de 2010 por la líder en el gobierno del Senado Marjory LeBreton, de la fracción conservadora; ahí se discutió y se turnó para su posterior debate en la Cámara de los Comunes. Sin embargo, la propuesta se extinguió cuando el cuadragésimo Parlamento fue disuelto el 26 de marzo de 2011. Para una revisión de los puntos que contiene véase Dupuis y Mackay, 2010.

⁴² Para conocer el caso de una de estas súper cárceles en construcción en Toronto, véase McClelland, 2011.

venta. En segundo lugar, el Partido Liberal había decidido no secundar la propuesta Bill S-10 ante la negativa del gobierno a mostrar de manera clara y ante los diputados de la oposición los costos reales para la construcción de las nuevas cárceles. Este hecho derivó en intensos debates entre los miembros de la Cámara Baja, ya que los partidos opositores afirmaban que para alcanzar las metas de construcción planteadas, el gobierno debería invertir entre diez mil millones y trece mil millones de dólares (Liberal Party of Canada, 2011a).

Pero, en definitiva, el tema que polarizó los debates parlamentarios en 2011 fue la posible compra de los aviones de combate F-35, cuya entrega estaba programada para realizarse a plazos entre el 2016 y el 2022. Debe recordarse que el gobierno conservador calculó en un principio destinar alrededor de dieciséis billones de dólares para tal fin, pero según diversos estudios, tanto dentro como fuera de la Cámara de los Comunes, se estimaba que el costo se elevaría drásticamente con el paso del tiempo. Lo anterior se agravaba cuando se dio a conocer que, según informes emitidos por el Ministerio de Defensa de Canadá, el precio original, pagadero a veinte años, efectivamente era el de los artefactos, pero sin incluir su mantenimiento, el entrenamiento de los pilotos y sus salarios; tampoco se habían incluido los motores ni el combustible que requerirían. Todo ello significaba que el precio original de los aviones-caza F-35 podría duplicarse fácilmente a más de treinta billones de dólares a pagar en treinta años (CBC, 2012).

No obstante este nivel de información, el gobierno conservador insistió en que las aeronaves eran el modelo menos caro de los F-35, y que el costo original, además de los motores, incluía también su mantenimiento y reparación. Ante esta afirmación, y en medio de cifras que iban y venían, los partidos de oposición encabezados por Michael Ignatieff solicitaron al primer ministro información precisa acerca de la compra y la licitación de los artefactos. A pesar de esto, el gobierno conservador hizo caso omiso de dichos planteamientos opositores, con lo que causó profundo malestar entre la oposición. En esta dinámica, el encono político fue incrementándose rápidamente, pues de manera reiterada la oposición iba recibiendo (entre los meses de enero y marzo) negativas constantes por parte del gobierno para transparentar y hacer del conocimiento público sus gastos.

En el mes de marzo de 2011, se apreciaba que no se llegaría a acuerdo alguno entre el primer ministro conservador y la oposición (liberal, neodemócrata y quebequense), ya que, mientras el gobierno *tory* afirmaba que el costo de los F-35 quedaría en dieciséis billones de dólares, la oposición insistía en que el costo sería el doble, es decir, treinta billones que tendrían que pagarse en los siguientes treinta años, lo cual representaría una carga extra de una década para los contribuyentes.

Estos datos se dieron a conocer una vez que el oficial del Presupuesto del Parlamento, Kevin Page, emitiera un informe independiente realizado con especialistas

de varios países, en el cual señalaba que el costo de los F-35 aumentaría un 4 por ciento cada año, lo que significaba que el precio final por cada una de las aeronaves sería de cuatrocientos cincuenta millones de dólares, y no de doscientos cincuenta millones como insistía el primer ministro y su gobierno. Esto, según Ignatieff, significaba que cada canadiense (hombre, mujer y niño) terminarían pagando mil dólares individualmente, para poder cumplir con el proyecto de compra de las sesenta y cinco aeronaves de combate (CTV News, 2011).

Como es de suponerse, el nivel de encono partidista fue aumentando, pues con cada solicitud de la oposición para conocer los datos y cifras oficiales de la posible adquisición de los F-35, llegaba una respuesta negativa del gobierno conservador, quien afirmaba que la solicitud requerida por los demás partidos políticos ponía en riesgo la seguridad nacional, y por ende, constituía un intento opositor por violar la confidencialidad del gabinete cercano al primer ministro. Con dichas actitudes, quedó de manifiesto que ambas partes ya no darían marcha atrás, pues las posturas esgrimidas por los protagonistas parecían ir encaminadas a la disolución del Parlamento y a una convocatoria de nuevas elecciones federales.

Previendo esta situación y en un intento por mejorar la imagen del Partido Liberal, Michael Ignatieff publicó, a principios de marzo de 2011, un nuevo libro rojo, tratando así de revivir viejas fórmulas liberales. Este nuevo documento, titulado *Tu familia. Tu futuro. Tu Canadá*, retomaría de manera general una serie de ideas y planteamientos esgrimidos por Ignatieff a través de los medios de comunicación. Sin embargo, este material, a diferencia de sus símiles anteriores, no presentó grandes propuestas ni soluciones a corto plazo.⁴³

Debe llamar la atención que, a pesar del lanzamiento de este nuevo libro rojo, las encuestas mostraban que durante el mes de marzo de 2011, el Partido Liberal y su líder Michael Ignatieff atravesaban el peor de los momentos para convocar a nuevas elecciones, precisamente porque la agrupación liberal, según varias casas encuestadoras como Canadian Elections Polls (Heard, s.f.b), Ekos Research, Nanos Research o Harris-Decima (Elections Almanac, s.f.), mostraban que los liberales estaban al menos diez puntos por debajo del Partido Conservador. Estos datos no sólo garantizaban una derrota electoral inmediata, sino también el riesgo de fortalecer aún más la presencia conservadora en la Cámara de los Comunes, que alcanzaría quizá un gobierno de mayoría.

Esta posición desfavorable compartida por el resto de la oposición fue capitalizada por el gobierno conservador, que ante el cúmulo de contradicciones de Ignatieff, y también gracias a la falta de cohesión, fue ganando espacios políticos a través de propuestas que, si bien eran polémicas, al menos significaban algo concreto, aunque

⁴³ Para una revisión del documento, véase Liberal Party of Canada (2011b).

fuera comprar aviones ultramodernos a precios exorbitantes o construir cárceles de alta seguridad en un país con índices delictivos muy bajos.

Todo lo anterior sucedía al tiempo en que la oposición continuaba enfrascada en polémicas, revanchas, poca coordinación y falta de acción frente a problemáticas identificadas. En otras palabras, mientras que el primer ministro conservador Stephen Harper proponía mayor seguridad para Canadá mediante la adquisición de equipo militar de vanguardia, así como mayores penas a productores de estupefacientes y mayores castigos a delincuentes, Michael Ignatieff se enfrentaba a sus propias contradicciones con un discurso acusatorio y monótono en contra del gobierno, con una retórica que insistía en ampliar los servicios sociales, pero sin concretar cuáles serían sus planes y metas. Las alocuciones de Ignatieff no parecían ya innovar nada respecto a los discursos de las grandes figuras liberales de antaño.

En esta dinámica, resulta claro que el escenario preparado por Michael Ignatieff mediante sus giras nacionales anticipadas, así como a través de sus campañas mediáticas durante los recesos parlamentarios previos, no dio los resultados esperados. Una de las principales causas que podrían explicar estos malos dividendos parece obedecer a los cambios constantes de opinión del propio Ignatieff, así como a sus decisiones contradictorias.

De este modo, un considerable sector de la población que tradicionalmente votaba por el Partido Liberal no se encontró convencido de otorgar su voto a alguien como Ignatieff, quien un día pretendía lucir como todo un líder de la oposición, y al otro negociaba acuerdos en secreto con el primer ministro conservador, al que tanto criticaba.

Ante esta situación, el gobierno conservador no tuvo mayor problema para exponer a la oposición en su conjunto como un grupo de políticos incapaces para ponerse de acuerdo. Fue por esta razón que el primer ministro no se tomaba ni siquiera el tiempo para exponer las razones de su negativa para hacer pública la información que le requerían sus detractores políticos. Todo este contexto fue debilitando cada vez más al representante y líder de toda la oposición en la Cámara de los Comunes, ya que era precisamente Ignatieff el político que personificaba la falta de capacidad para enfrentarse como mayoría opositora a un gobierno minoritario.

Todo lo anterior generó un ambiente en donde se percibía que el primer ministro conservador buscaría por todos los medios la convocatoria a nuevas elecciones, valiéndose de su condición de gobierno minoritario, gracias a que desde el poder, el Partido Conservador era consciente de que sus constantes negativas a las solicitudes de la oposición, en el sentido de clarificar las cuentas públicas, terminaría empujando a la oposición al único camino posible para destrabar la parálisis parlamentaria que dominaba el escenario político canadiense: el llamado electoral.

Así, después de una nueva negativa del primer ministro conservador para transparentar las cuentas públicas ante el pleno de la Cámara de los Comunes, la mayoría

opositora (Partido Liberal, Partido Neodemócrata y Bloque Quebequense) decidieron emitir, el 25 de marzo de 2011, un histórico voto de falta de confianza hacia el gobierno. Como resultado de este voto, Stephen Harper solicitó al gobernador general recién nombrado (David Lloyd Johnston) la disolución del Parlamento, y al mismo tiempo, la convocatoria para nuevas elecciones federales el día 2 de mayo. Así quedó marcado el camino para un nuevo proceso electoral federal en Canadá, que en los hechos significaba el cuarto llamado a elecciones en tan sólo siete años.

Las campañas electorales comenzaron con cifras poco prometedoras para Michael Ignatieff y el Partido Liberal, ya que se encontraban con alrededor de diez puntos menos en preferencia electoral respecto del primer ministro conservador, lo que se traducía en alrededor del 25 por ciento de la intención del voto. Es interesante señalar que dichas cifras eran similares a las obtenidas por el Partido Liberal a finales de diciembre de 2008, justo cuando Ignatieff asumió el control de facto de su partido, y por ende de toda la oposición. Ello significaba que después de veintisiete meses de gestión como líder de su agrupación, y pese a sus esfuerzos mediáticos, Ignatieff no había sido capaz de reposicionar a su partido entre la opinión pública, asunto que, por cierto, había sido el objetivo oficial de las élites liberales al momento de obligar a dimitir a su predecesor Stéphan Dion.

Dentro de este contexto, desde el principio de su campaña electoral Michael Ignatieff insistió en que no buscaría una alianza partidista para crear un gobierno de coalición bajo ninguna circunstancia. Este hecho llama la atención, si se considera que tal opción era la única alternativa posible para conformar un gobierno, en vista de los bajísimos niveles de aceptación hacia su partido en todas las encuestas. Al respecto, y para salir del paso ante las constantes preguntas de los medios de comunicación, quienes insistían en el tema de un posible gobierno coaligado, Ignatieff señaló tajante: “No vamos a conformar ninguna coalición con otros partidos [...] en nuestro sistema, las coaliciones son una opción legítima y constitucional. Sin embargo, yo considero que la discusión de tema por tema, así como la colaboración con otros partidos, es la mejor opción para los parlamentos con gobiernos minoritarios” (CBC 2011d).

Así, una vez establecidos los lineamientos de la campaña liberal respecto al tema de un posible gobierno de coalición, fue haciéndose más claro que Michael Ignatieff y su partido no manifestaban mejoría alguna con el paso de las semanas. Ante esta realidad, Ignatieff decidió implantar una campaña más agresiva en contra de la figura del primer ministro, al señalarlo como mal intencionado, oportunista y mentiroso. Tal estrategia se hizo evidente a partir de que Ignatieff acusó al gobierno conservador de intentar recortar once billones de dólares del presupuesto en salud, todo para cumplir con sus promesas de campaña de reducir el gasto público para el 2014 (CBC News, 2011).

De acuerdo con esta estrategia más agresiva, el Partido Liberal, por medio de sus candidatos en todo el país, señaló que en realidad el gobierno conservador pretendía cortar recursos al servicio de salud, para así estar en posibilidades de construir cárceles y comprar aviones de combate ultramodernos.

Esta etapa de la contienda electoral pretendía tener impacto entre los votantes, de cara a los dos debates que se avecinaban los días 12 y 13 de abril, el primero en inglés y el segundo dirigido a la población francoparlante, principalmente en la provincia de Quebec.

En cuanto al tema de los debates, varios analistas canadienses señalaban que Michael Ignatieff era el único candidato novato, situación que podría generarle un entorno muy adverso debido a su inexperiencia en esos menesteres. Pero también debía considerarse que sus tres oponentes: el primer ministro conservador Stephen Harper, el líder del Bloque Quebequense Gilles Duceppe y Jack Layton, líder del Partido Neodemócrata, eran políticos muy experimentados en este tipo de exposiciones mediáticas. Por ello, diversos medios de comunicación destacaron una serie de declaraciones de Ignatieff en las que afirmaba: “Yo nunca he hecho esto antes. Soy el único de los tres líderes que no lo ha hecho, así que voy a ir. ¿Qué más te puedo decir? [...] Voy allá con un sentimiento de aprensión. Tengo mucho que aprender” (Raj, 2011b). Sin embargo, quedaba la duda de si en verdad Michael Ignatieff se encontraba tan nervioso, o era más bien una estrategia para desubicar a sus rivales, ya que se le reconocía como un excelente polemista y conferencista gracias a su experiencia académica en diversos foros internacionales.

Finalmente llegó el día del primer debate, y de inmediato Ignatieff estableció una estrategia muy agresiva en contra del líder conservador Stephen Harper, buscando por todos los medios crear un impacto positivo entre la audiencia. No obstante, Ignatieff nunca logró someter a su rival *tory*, y, por el contrario, hizo lucir al primer ministro como un polemista hábil para enfrentar con éxito todo tipo de embates.

Sin embargo, justo cuando el líder liberal increpaba con mayor fuerza al primer ministro, llegó un golpe contundente por parte del líder neodemócrata Jack Layton, quien señaló que Michael Ignatieff no podía aspirar a ser primer ministro por haber faltado al 70 por ciento de las votaciones dentro del Parlamento, acusándolo así de faltista. Lo más grave de este señalamiento fue que Ignatieff no supo qué responder y se vio muy nervioso, pero más que todo molesto e incómodo;⁴⁴ a partir de ese momento, el discurso de Ignatieff menguó en intensidad. Lo más trascendente de los señalamientos del neodemócrata en contra del líder liberal fue que Ignatieff había desestimado dichas acusaciones con anterioridad, por lo que tampoco podía acusarse a Jack Layton de utilizar una estrategia sucia.

⁴⁴ Para seguir el debate completo véase (Harper, *et al.*, 2011).

Una vez concluido el debate, tuvo dos consecuencias a corto plazo. Se vio a un Michael Ignatieff poco contundente en sus intervenciones para dejar mal posicionado al primer ministro, ya que sus acusaciones se habían dado a conocer previamente a través de varias entrevistas, situación que permitió a su oponente conservador preparar respuestas cortas y contraatacar sin problema. La otra grave consecuencia —que además terminaría siendo contundente en contra del propio Ignatieff—, fue su incapacidad para justificar el 70 por ciento de sus inasistencias a sesiones del Parlamento en momentos clave como eran las votaciones. Éste fue, sin duda alguna, el instante que marcó el inicio de una caída abrupta en las encuestas de opinión para los liberales, justo a partir de la tercera semana de abril. Desde entonces, Michael Ignatieff fue consciente de que su partido se encontraba en una situación alarmante, por lo que decidió adoptar una estrategia desesperada, enfocando sus ataques ahora en contra del líder del Partido Neodemócrata, en un lánguido esfuerzo por no perder más votos. Este hecho terminó condenando a todo su partido, pues puso de manifiesto que el nuevo objetivo del líder liberal ya no era obtener la mayoría en la Cámara de los Comunes, sino mantener al menos su posición como primera minoría.

Esta nueva estrategia, haciendo a un lado los discursos duros en contra del gobierno conservador, y centrandolo ahora sus ataques hacia los neodemócratas, terminó por alejar a muchos de sus votantes, pues a tan sólo una semana de la elección, las encuestas manifestaban que la intención del voto hacia el Partido Liberal menguaba en proporción directa al aumento para el Partido Neodemócrata.

Al respecto, la casa encuestadora Trendlines Research manifestaba que, a solamente unos cuantos días de las elecciones, la intención del voto hacia los liberales había disminuido dramáticamente, pasando de ochenta y dos a sólo veintitrés curules, lo que significaba una disminución del 26.6 al 7.8 por ciento de posibles asientos en la Cámara de los Comunes, mientras que el Partido Neodemócrata había aumentado su proyección de cuarenta y dos a ciento dieciséis asientos, lo que significaba un incremento porcentual del 13.6 al 33.1 por ciento del total de la Cámara Baja. Tales datos daban la seguridad de que a un solo día de las elecciones, el Partido Liberal, con Michael Ignatieff a la cabeza, se encontraba con la certeza de sufrir el resultado electoral más desastroso de toda su historia.⁴⁵

Ante este escenario, el día de las elecciones llegó finalmente, y tal como las predicciones de las casas encuestadoras señalaban, Michael Ignatieff y el Partido Liberal no sólo perdieron la elección, sino que además quedaron ubicados como la tercera fuerza política detrás del Partido Neodemócrata, el cual ocuparía el lugar de primera minoría opositora, lo que significaba encabezar y representar a toda la oposición parlamentaria en la Cámara de los Comunes.

⁴⁵ Porcentajes obtenidos a través de la gráfica (Hutter, s.f.).

El resultado final del proceso electoral federal de 2011 para integrar la XLI Legislatura en su Cámara Baja determinó que los conservadores alcanzaran ciento sesenta y seis asientos, por ciento tres de los neodemócratas. Por su parte, los liberales se limitaron a treinta y cuatro curules, por cuatro del Bloque Quebequense y una del Partido Verde (Parliament of Canada, 2011).

Cabe señalar que este proceso electoral en particular resultaría histórico por diversas circunstancias. En primer lugar, por otorgar la mayoría al Partido Conservador por vez primera desde 2003, año de su más reciente refundación. Asimismo, el Partido Liberal, como ya se dijo, tuvo en estas elecciones el peor resultado de su historia, al quedar relegado a una tercera posición. Simultáneamente, las elecciones de 2011 permitieron que por primera vez un partido de izquierda y con fuertes tendencias socialdemócratas (el Partido Neodemócrata), se constituyera en la primera oposición dentro del Parlamento. En lo que corresponde al Bloque Quebequense, quedaría reducido a una expresión mínima después de obtener sólo cuatro diputados, condición que los relegó a una simbólica cuarta posición dentro del Parlamento.

Por último, este proceso electoral se caracterizó también por ser la primera vez en que un Partido Verde tendría representación oficial en la Cámara de los Comunes, gracias al asiento ganado por su propia líder Elizabeth May en el distrito de Saanich- Gulf Islands, en Columbia Británica. Es decir, puede afirmarse que cada uno de los partidos políticos representados en la Cámara de los Comunes en la cuadragésima primera legislatura tendrá sus propias razones para no olvidar las elecciones generales de mayo de 2011.

La falta de credibilidad y coherencia frente al electorado por parte de Michael Ignatieff lo llevaron a perder incluso su propio asiento dentro de la Cámara de los Comunes en la circunscripción de Etobicoke-Lakeshore, Ontario, en buena medida, también porque su lugar de residencia se ubicaba en otro lugar, en el centro de Toronto (Yorkville). De hecho, durante la campaña, diversos medios destacaron que Ignatieff no fue visto por los residentes de su propia circunscripción en mucho tiempo (Godfrey, 2011). Quizá los habitantes de Etobicoke vieron esto como algo ofensivo, pues Ignatieff había preferido vivir en un barrio más céntrico y exclusivo que el que supuestamente representaba al interior del Parlamento y en el cual sus habitantes nunca lo habían visto por la calle.

Debe mencionarse también que la debacle liberal en estas elecciones no sólo alcanzaría a Michael Ignatieff, ya que también arrastró consigo a otras figuras liberales como Ken Dryden, Martha Hall Findlay, Gerard Kennedy y Mark Holland, todos ellos candidatos en algún momento para dirigir a su partido y que perdieron sus respectivos asientos en estas mismas elecciones (CBC 2011c). Esta caótica derrota hizo muy difícil distinguir a las figuras liberales sobrevivientes; sin embargo, entre

ellas destacaron Bob Rae y Justin Trudeau, este último, hijo del ex primer ministro Pierre-Elliott Trudeau.

Un hecho que debe llamar la atención es que Stéphane Dion, a pesar de haber experimentado la terrible campaña de desprestigio en su contra desde el gobierno conservador —y pese haber sido destituido por las élites liberales en su momento—, fue uno de los pocos liberales que lograron mantener su asiento, en su caso, por el distrito de Saint-Laurent Cartierville en el centro de Quebec. Esto es reflejo de que Dion tiene una imagen muy favorable entre sus representados, ya que su constante activismo parlamentario y su contacto permanente con la comunidad que representa lo han hecho una figura dominante para su distrito.

Con tales elementos alrededor, y tan sólo un día después de los resultados electorales, un Michael Ignatieff totalmente abatido convocó a una conferencia de prensa en donde anunciaría su decisión de renunciar a la dirigencia del partido: “Los líderes tienen que ser lo suficientemente grandes como para aceptar la responsabilidad histórica de sus derrotas, así como yo lo hago. Para eso son los líderes. Acepto mi responsabilidad de lo que ocurrió, y quiero agradecer a todos aquellos quienes me han apoyado” (CBC 2011b). Durante la misma conferencia de prensa, Ignatieff terminó mencionando que él sabía muy bien que lo que les disgustaba más a los canadienses, además de un perdedor, era un perdedor resentido.

En estas circunstancias, Michael Ignatieff cerró su participación en la política del país que lo vio nacer, pero del que había salido desde muy joven. Al mismo tiempo que presentó su renuncia, Ignatieff convocó a una reunión extraordinaria para la semana siguiente, con la finalidad de elegir un liderazgo interino.

Así, el Partido Liberal puso fin a un ciclo autodestructivo que inició desde las pugnas internas de Paul Martin en contra de Jean Chrétien, a finales de los años noventa, mismo que terminaría con la repatriación de un académico que pasara cerca de treinta años fuera de su país (Michael Ignatieff), el cual sería calificado por sus opositores políticos como nieto de funcionarios aristócratas zaristas y princesas rusas (Yuen, 2011), y quien ciertamente desconocía la realidad de Canadá tras pasar décadas fuera de su país.

Sin embargo, justo es señalar que el verdadero problema de Ignatieff no era ser descendiente de aristócratas zaristas, ni tampoco ser reconocido como académico más que como político, sino más bien, el asunto más delicado fue el cúmulo de incongruencias y contradicciones en su labor como líder político desde su ascenso, pues debe recordarse que fue él precisamente el encargado de derrumbar de manera oficial la posibilidad de encabezar un gobierno de coalición en 2009, desde el momento en que decidió respaldar el presupuesto del Partido Conservador, con lo que dio la espalada a sus entonces aliados neodemócratas. Esta postura, que manifestó en los hechos una cercanía mayor de Michael Ignatieff con la derecha

conservadora más que con la izquierda socialdemócrata, lo marcó desde el inicio como un político en realidad muy conservador y tradicionalista —de acuerdo con sus antecedentes familiares—, y no como un personaje innovador y atrevido, dispuesto a dar un giro a las tradiciones políticas que una parte del país demandaba. Tal situación quedaría de manifiesto a través de la serie de acuerdos fácticos y autócratas que llevó a cabo con el primer ministro Stephen Harper, quien en sus momentos de mayor apremio encontró en Ignatieff a su mayor aliado y apoyo para continuar en funciones.

Esta situación puede considerarse como uno de los elementos que generaría mayor molestia entre amplios sectores electorales canadienses, pues los tradicionales votantes liberales vieron que su partido tenía más cosas en común con el Partido Conservador que con las demandas de mayor atención social que planteaba la izquierda en Canadá, en voz del Partido Neodemócrata. De esta manera, la opción que representaba el Partido Liberal como fuerza opositora frente al gobierno conservador fue precisamente uno de los elementos que diluyeron muchas de las bases de apoyo liberal en todo el país.

Al final, una vez oficializada la salida de Ignatieff, la cúpula liberal conformada por los treinta y cuatro diputados sobrevivientes a los resultados electorales del 2 de mayo, junto a los cuarenta y cinco senadores liberales, decidieron de nueva cuenta, en cónclave, nombrar como líder interino a Bob Rae. Este nombramiento sería efectivo hasta las próximas elecciones internas, a realizarse en abril de 2013. Sin embargo, desde el momento en que se hizo oficial el liderazgo de Rae, diversos sectores liberales afirmaron que su gestión era un nuevo intento de las cúpulas para imponer un líder interino, con el objeto de extender su mandato en el siguiente proceso interno. Ante este tipo de serias acusaciones, Bob Rae declaró: “No me hago las ilusiones en lo absoluto [...] este trabajo es para ayudar a reconstruir el partido. Eso es algo que no puedo hacer yo solo; es algo que va a requerir la cooperación de muchísimos otros canadienses y de otras muchas personas del partido” (Raj, 2011a)

Rae insistió en todo momento que su gestión habría de ser interina y que no contendría en el siguiente proceso interno, en un esfuerzo por convencer a la ciudadanía de que su liderazgo sería un regreso a la institucionalidad partidista, la cual fue rota desde el nombramiento mismo y posterior elección de su predecesor. En esa dinámica, Bob Rae decidió emprender una complicada labor de reconstrucción partidista a nivel nacional, con objeto de atraer los poco más de dos millones de votos perdidos en un periodo de siete años (2004-2011), razón por la cual su gestión se caracterizaría por iniciar con una serie de giras por todo el país (Grenier, 2011).

La parte final del año 2011 dejó ver a un Bob Rae pasando a un segundo plano nacional, ya que su figura como líder del Partido Liberal dejó de representar a toda

la oposición. Por si eso fuera poco, el nivel de desconfianza dentro y fuera del Partido Liberal por las anteriores pugnas y conflictos entre sus líderes y figuras, obligó a Bob Rae a firmar un documento público con su promesa escrita de no contender en los comicios internos del año 2013.